

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

---

LOS MAESTROS

AGUSTIN ALVAREZ

PAGINAS ESCOGIDAS



1965

LA PLATA - REPÚBLICA ARGENTINA

COLECCION  
LOS MAESTROS

1. RODOLFO RIVAROLA

*Páginas Escogidas*  
(agotado)

2. AGUSTÍN ALVAREZ

*Páginas Escogidas*

# AGUSTIN ALVAREZ

PAGINAS ESCOGIDAS



UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

---

LOS MAESTROS  
AGUSTIN ALVAREZ

PAGINAS ESCOGIDAS

PINCIROLI CABO



1965

LA PLATA - REPÚBLICA ARGENTINA

Queda hecho el depósito  
que previene la ley 11.723.

IMPRESO EN LA ARGENTINA — PRINTED IN ARGENTINA

# UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

## *Presidente*

Dr. Roberto Ciafardo

## *Vicepresidente*

Ing. Conrado Ernesto Bauer

## *Guardasellos*

Dr. Herberto Prieto Díaz

## CONSEJO SUPERIOR

*Decanos:* Ing. Héctor C. Santa María; Ing. Conrado E. Bauer; Dr. Bartolomé Fiorini; Prof. Joaquín Pérez; Dr. Guillermo G. Gallo; Dr. Luis E. Pianzola; Dr. Mario E. Teruggi; Cont. Pedro Delfino; Dr. Héctor Luis Fasano; Arq. Alfredo J. Kleinert. *Director del Observatorio Astronómico (Int.):* Dr. Simón Gershanik. *Delegados de los profesores:* Ing. Alfredo M. Leguizamón; Ing. Enrique P. Villarreal; Dr. Jorge Lascano; Prof. Ricardo Nassif; Dr. Alfredo Manzullo; Dr. Ricardo R. Rodríguez; Dr. Enrique M. Sívori; Dr. Natalino V. Vittone; Dr. Manuel G. Escalante; Dr. Alejo M. Fournier. *Delegados de los graduados:* Ing. Alfredo N. Bettendorf; Ing. Raúl R. De Luca; Dr. Leopoldo Russo; Prof. Lázaro Seigelschifer; Dr. Cecilio Alberdi; Dr. Néstor O. Dron; Geól. Jorge Rafael; Cont. Miguel A. García Lombardi; Lic. Ricardo P. Ochoa; Arq. Enrique Fernández. *Delegados de los estudiantes:* Carlos Llerena; Oscar Colombo; Reynaldo Arrarás; Víctor A. Nethol; José M. Barrena; Alejandro C. Jmelnitzky; Leonardo Malacalza; Aldo H. Rossi; Saúl J. Nusblat; Uriel Jáuregui.

## *Secretario General*

Dr. Osvaldo Balbín

## *Prosecretario General*

Sr. Elioser Ciro A. Rossotti

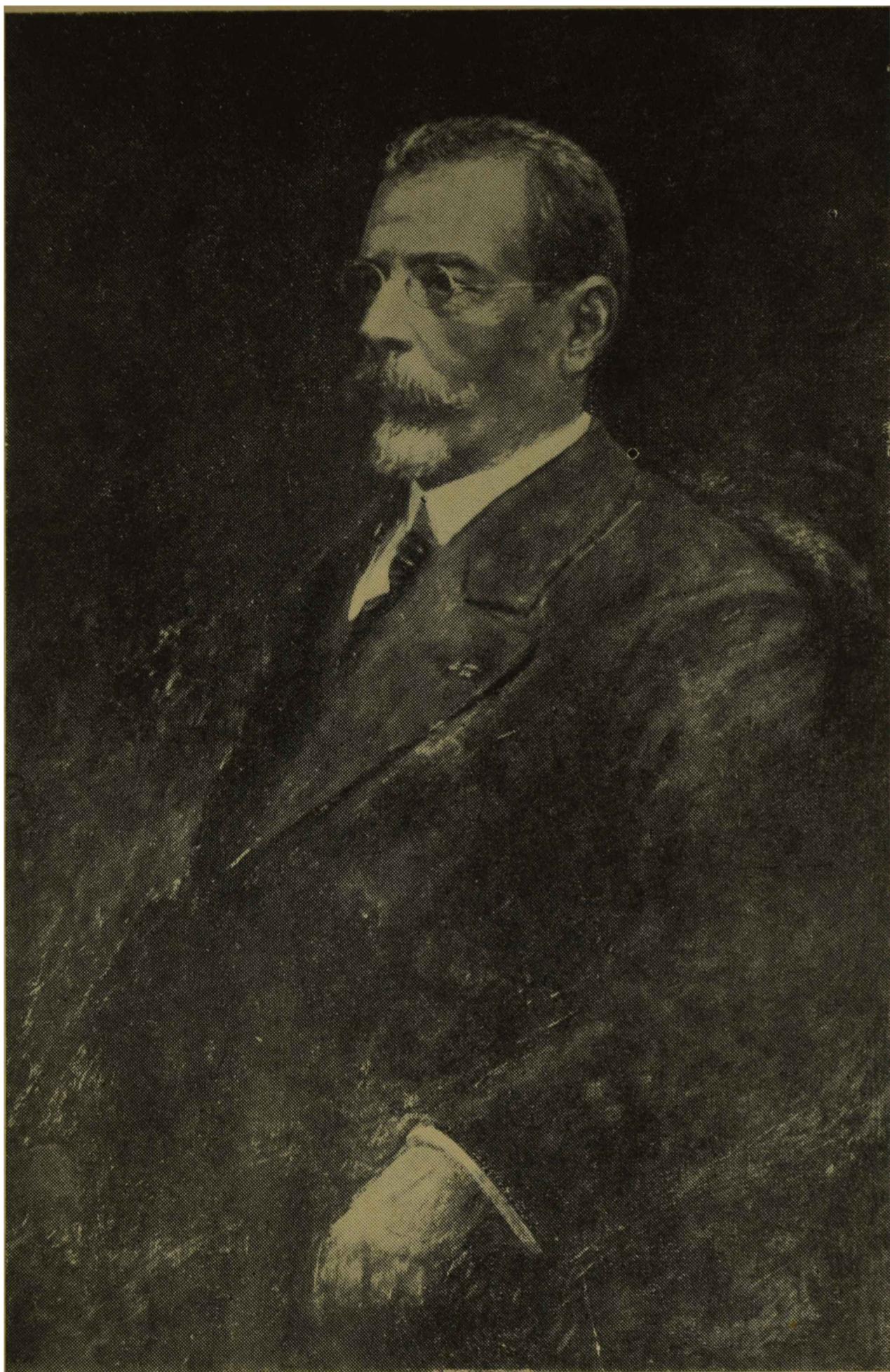
## *Director de Administración*

Dr. Hugo E. Scafati

## *Tesorero General*

Sr. Rafael F. Arriola





Retrato del Dr. Agustín Alvarez —óleo de Antonio Alice— que se conserva en la sala del Consejo Superior de la Universidad.



## PRESENTACION

El 29 de marzo de 1894 apareció en *Tribuna*, el diario de los de Vedia, una curiosa ADVERTENCIA, que comenzaba así: “Empezamos a publicar en folletín un estudio político social de actualidad en que se encontrarán desmenuzadas y desentrañadas muchas de las cuestiones que agitan los espíritus entre nosotros, y aun, de paso, algunas de las que empiezan a conmover con dinamita a la madre Europa. El autor es un periodista que ‘se ha salido de la procesión para verla pasar’; legislador de ocasión, que, tomando en serio su oficio de circunstancias, se ha creído en el deber de estudiar los males del país y los específicos en boga, con más prolijidad que sus mandantes, y a ese fin, con el auxilio de los grandes maestros y de la historia argentina del doctor López, ha hecho la autopsia a los más importantes desatinos que andan en circulación en el comercio intelectual”.

Y terminaba, después de otras consideraciones en el mismo tajante estilo, con estas palabras de contrapelo: “Los primeros párrafos serán naturalmente pesados, pues para metodizar el asunto y hacerlo práctico, en vez de estudiar los macanazos por las hojas y las flores, como los botánicos, ha preferido hacerlo como los agrónomos: por la tierra que los produce y por el fruto que sueltan, con lo que ya se deja ver que el título será: *El arte de hacer barbaridades. Historia natural de la razón*” El autor era Agustín Alvarez —ex-militar con actuación en la conquista del Desierto, abogado, profesor, ex-juez, diputado nacional por Mendoza, su provincia natal—, que a la sazón contaba 37 años. Los sucesivos artículos —jugosísimos y al par desaliñados— conformarían finalmente su primer libro, *South America*, que vio la luz ese mismo año con aquellos subtítulos, sustituidos más tarde por el de *Ensayo de psicología política* cuando Ingenieros hizo reeditar la obra por “La Cultura Argentina”, esa bella empresa cultural

que él fundara con la colaboración inestimable de Severo Vaccaro, publicista y hombre de negocios.

Ya está aquí, de cuerpo entero, el sociólogo y el moralista cuya filosofía y cuya pluma se irían acendrando con su rápida maduración intelectual. A ese libro le seguiría, un lustro más tarde, *Manual de patología política* —recopilación de ensayos sobre crítica a las costumbres que continúa la línea de *South America*—, y sucesivamente: *La educación moral* (1901), en cuyos tres capítulos —“tres repiques”, los nombra el autor— se pone al rojo vivo estigmas de la sociedad de la época; *¿Adónde vamos?* (1902), breviarío moral cuya lectura Leopoldo Lugones recomendaba a la juventud; *La transformación de las razas en América* (1908), suerte de exégesis del pensamiento expuesto por Sarmiento en *Conflictos y armonías de las razas en América*; al año siguiente aparece *Historia de las instituciones libres*, donde estudia la evolución de las ideas morales proyectadas al ejercicio de la libertad y del gobierno, desde la antigüedad hasta la realidad del mundo americano; y finalmente, en 1913, *La creación del mundo moral*, su última obra —pues falleció un año después—, especie de epítome de su prédica de siempre: su sentido de la vida, sus ideales de la bondad y la belleza, de la justicia y la libertad; su fe inquebrantable en el imperio de la inteligencia y la moralidad.

Agréganse cantidad de folletos y muchos trabajos dispersos en diarios, ya que colaboró asiduamente en *Tribuna*, ya mencionada; en *La Nación*, en sus últimos años, y aun en *The Times*, de Londres; y también en revistas: *Anales de la Facultad de Derecho*, de Buenos Aires; *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, *La Gaceta de Buenos Aires*, *Anales de la Sociedad Científica Argentina* —institución esta de la que fue presidente— y *Caras y Caretas*, entre otras. “Alvarez escribió siempre de un modo fragmentario”, subraya Ernesto Nelson, aquel grande educador que el propio don Agustín trajera a nuestra Universidad para ejercer la dirección de uno de los dos pabellones del Internado anexo al Colegio Nacional —el famoso ULPI—, creado por Joaquín V. González. Y agrega: “Sus libros son como puñados de ideas, cada una de las cuales merece el honor de un surco separado. Nunca se dio el tiempo de componer un libro que ofreciese, debidamente enlazada, su filosofía. Si tal hubiese hecho, hace tiempo que alguien le habría proclamado el primer reformador, el primer pensador de su país”.

Tal vez sea por ello que Alvarez no haya sido comprendido en plenitud y que sus libros, en el presente, se conozcan, como ocurre con tanta obra insigne, más por el título que por el texto. Olvido injusto desde que no pocas páginas tuyas tienen, por su alto contenido ético, validez perenne, y si es cierto que buena parte de su producción es el resultado de un enjuiciamiento crítico de su tiempo, no lo es menos que, por eso mismo —la historia se repite—, su magisterio cobra a cada paso renovada actualidad. Es que como pocos —o, mejor, como nadie—, este agnóstico exploró y puso de relieve, concreta y crudamente, aspectos negativos de la psicología colectiva del hombre argentino. Y fustigó vicios y males de la sociedad.

El escribir fue para Alvarez tarea de fragua y yunque, pues antes que como satisfacción artística sentíalo como vehículo para su casi apostólica militancia docente. Su prosa, sobre todo la de su primera época, clara y fluida, a menudo chispeante de humor e ironía —con ropaje de socarrona gracia criolla—, adquiere con frecuencia un tono conversacional. Y, a propósito, Ricardo Rojas ha destacado la notable diferencia que hay entre las obras que Alvarez escribiera antes y después de su ingreso en la Universidad Nacional de La Plata. “En la atmósfera de la Universidad moderna —dice— encontró su clima moral. La idea alcanzó mayor concentración, el esfuerzo más continuidad, el estilo mejor arquitectura. El autor de artículos se hizo del todo autor de libros. ”

\*

El doctor Agustín Alvarez —cuyo busto, descubierto en 1957 con motivo del centenario de su nacimiento, se halla emplazado en el contrafrente de la Universidad— ocupó en la nueva institución, al abrir ésta sus puertas en 1906, las más altas dignidades. Ejerció la presidencia en forma provisional hasta tanto se hiciera cargo de ella Joaquín V. González; en seguida la vicepresidencia por cuatro períodos consecutivos y más tarde la función de Guardasellos vitalicio, para la que fuera designado en 1912. Al propio tiempo fue profesor en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, donde por años dictó derecho constitucional, historia constitucional e historia crítica de la Nación.

Estas páginas, escogidas entre las muchas que componen sus libros fundamentales, cuya edición —respetando los textos originales— propusiera a la Presidencia el secretario de publicaciones,

Dr. Noel H. Sbarra, ciñen en sí mismas un homenaje que la Universidad debía a la memoria de su vicepresidente fundador. El volumen se integra con una muy completa cronología de la vida y la obra del pensador mendocino, debida al Sr. Eduardo Pettoruti, quien ha prestado desinteresadamente su valiosa colaboración. El lector de ahora, sobre todo el joven, podrá tener así una idea más acabada de la personalidad y el pensamiento de ese singular e ilustre maestro que fue Agustín Alvarez, intelectualmente identificado con la fecunda y constructora "generación del 80"

DR. ROBERTO CIAFARDO  
Presidente de la Universidad  
Nacional de La Plata

# SINTESIS CRONOLOGICA DE LA VIDA Y LA OBRA DE AGUSTIN ALVAREZ

por

*EDUARDO PETTORUTI*

1 8 5 7

El 15 de julio nace Agustín Alvarez en la ciudad de Mendoza. Hijo de don Nicolás Alvarez Coria y Matilde Suárez que entroncaban en familias cuyanas la cepa colonial, a los cuatro años quedó huérfano por causa del terremoto ocurrido en 1861 en su ciudad natal. Ricardo Rojas en el tomo I de "Los Modernos" de su laureada "Literatura Argentina", consigna interesantes datos de sus familiares, y el mismo Agustín Alvarez en el capítulo "Antaño y Hogaño" de su obra "La creación del mundo moral" y en "Fe de erratas", capítulo de su libro póstumo "La herencia moral de los pueblos hispano-americanos" nos acerca íntimamente en los momentos de su trágica infancia. Por eso nos ha dejado entre sus páginas autobiográficas: "Yo he vivido ese open-door de insensatez medioeval, que era la herencia intelectual forzosa de los hispano-americanos en la época colonial, el cual y el terremoto del 61, han sido las dos grandes calamidades que han amargado las que debieron ser horas felices de mi infancia".

Al nacer Agustín Alvarez, es gobernador de Buenos Aires, el Dr. Valentín Alsina, quien en agosto aprovechó la repatriación de los restos de Bernardino Rivadavia para hacer grandes manifestaciones de carácter unitario. En este mismo mes y año se inauguró el primer ferrocarril argentino. En la provincia natal de Agustín Alvarez era gobernador interino don Juan Cornelio Moyano.

1 8 5 8 - 1 8 6 0

En estos cuatro años de la infancia de Agustín Alvarez se suceden los siguientes hechos: en marzo de 1858, reforma del plan de estudios en Mendoza; el día 25 de marzo de 1859, fallece el gobernador de esa provincia

J. C. Moyano, y es interventor el brigadier general Echagüe, a quien sucede como gobernador el coronel Nazar, sobrino del fraile Aldao; el 1º de mayo, la Legislatura de Buenos Aires declara la guerra a la Confederación; el 23 de octubre, en Cepeda, Urquiza derrota a Mitre; en noviembre renuncia el gobernador Alsina, a quien sucede Felipe Llavallol; el 4 de febrero de 1860 es presidente de la Confederación, Santiago Derqui, y el 1º de mayo, gobernador de Buenos Aires don Bartolomé Mitre, siendo su ministro de Gobierno, D. F. Sarmiento; el 12 de mayo la Convención provincial de Buenos Aires termina la revisión de la Constitución y el 12 de noviembre Antonino Aberastain hace asesinar, en San Juan, al gobernador Virasoro; el 3 de mayo de 1860 nace, en San Vicente (Prov. de Bs. As.) el filósofo de la libertad creadora: Alejandro Korn.

### 1 8 6 1 - 1 8 6 5

El 11 de enero de 1861, Aberastain es derrotado en Rinconada del Pocito y fusilado al día siguiente. El 25 de marzo se produce el terremoto de la ciudad de Mendoza, donde fallecen los padres y familiares de Agustín Alvarez, salvándose él y su hermano gemelo, Jacinto. (Léase "Fe de erratas" ya citado).

En este crudo período de la infancia de los hermanos Agustín y Jacinto Alvarez, se suceden los siguientes hechos: el 19 de junio de 1861 es depuesto el gobernador de Mendoza, coronel Nazar; el 17 de septiembre Mitre derrota a Urquiza en la batalla de Pavón; el 7 de noviembre renuncia el doctor Santiago Derqui; el 2 de enero de 1862 es gobernador interino de Mendoza don Luis Molina y el 12 de octubre asume la presidencia de la República Bartolomé Mitre y el Dr. Marcos Paz la vicepresidencia.

(En este período presidencial se fundan los colegios nacionales de Mendoza, Catamarca, Salta, Tucumán y San Juan); el 12 de noviembre de 1863 se produce la muerte del general Angel Vicente Peñaloza, llamado "El Chacho"; en Mendoza, por fallecimiento del gobernador Molina, sucede a éste don Carlos González; el 14 de abril de 1865 los paraguayos invaden Corrientes; el 1º de mayo se firma el tratado de la Triple Alianza y el 9 del mismo mes se declara la guerra al Paraguay.

### 1 8 6 6 - 1 8 6 9

Agustín Alvarez cumple sus estudios primarios en este período, mientras el 22 de setiembre de 1866 se produce la batalla de Curupaytí, donde muere el joven capitán Dominguito Sarmiento, hijo del ilustre autor de "Facundo"; el 1º de noviembre, Melitón Arroyo asume la gobernación de Mendoza y es depuesto el día 9 por Carlos J. Rodríguez quien, en abril de 1867, en la batalla de San Ignacio (San Luis), es derrotado y surge gobernador don Nicolás A. Villanueva; el 12 de octubre de 1868 don Domingo Faustino Sarmiento inicia su presidencia de la Nación Argentina.

## 1 8 7 0 - 1 8 7 5

Agustín Alvarez, en este período, cursa estudios secundarios en el Colegio Nacional de Mendoza, donde encabezó una revuelta estudiantil para obtener reformas de la enseñanza y cambio en las autoridades docentes. De estos años viene a su recuerdo la hermosa página anecdótica que nos ha dejado escrita: "Los gerundios de Mariano Rosas", capítulo sabroso por las fieles observaciones que hace el estudiante adolescente y que debe leerse en su libro "La herencia moral de los pueblos hispano-americanos".

En este período se producen los siguientes hechos: el 11 de abril de 1870 muere asesinado el general Justo José de Urquiza; el 22 de junio Sarmiento funda la Escuela Militar de la Nación; el 7 de octubre es gobernador de Mendoza don Arístides Villanueva; el 29 de enero de 1871 en el combate de Ñaembé cae derrotado López Jordán y el general Roca entra en la historia; desde este mes a junio, Buenos Aires sufre una terrible epidemia de fiebre amarilla, en la que mueren cerca de catorce mil personas; en 1872 Sarmiento crea la Escuela Naval de la Nación; el 11 de octubre es gobernador de Mendoza don Francisco Civit; el 24 de setiembre de 1874 se produce la revolución de Mitre contra Sarmiento y el 12 de octubre el Dr. Nicolás Avellaneda ocupa la Presidencia de la República.

## 1 8 7 6

En cuatro hojas de papel sellado, Agustín Alvarez, se dirige al ministro de Guerra y Marina, teniente coronel Eudoro J. Balza, solicitando una beca en el Colegio Militar, por verse en la "forzada alternativa de abandonar la carrera de mi vocación, por la militar que si bien me agrada no era la preferida". Era el propósito de Agustín Alvarez seguir sus estudios en la Facultad de Medicina, pero como no había dado examen de latín "idioma muerto que no se necesita para seguir la carrera de las armas y que no hace al individuo más ni menos competente" y como deseaba asegurarse un porvenir se encontraba en la necesidad de ocurrir ante el ministro para solicitar una beca en el referido Colegio. Es interesante esta presentación donde el juicio de la personalidad de Agustín Alvarez se destaca con relieves propios. El director del Colegio Militar, general Julio de Vedia, informa favorablemente el día 5 de mayo, desde Palermo: "se impondrá que el examen rendido por dicho joven demuestra una instrucción mucho más adelantada que la que generalmente poseen los candidatos que se presentan para ingresar en este Colegio". El día 8 de mayo, se le da de alta en la clase de cadetes, ingresando en el 3er. año y en mérito al certificado de alumno sobresaliente del sexto año del Colegio Nacional de Mendoza.

## 1 8 7 7

El 15 de noviembre, el cadete Agustín Alvarez asciende a cabo 2º D. Obtiene en el Colegio Militar la medalla de oro "a la conducta moral".

En este año, asume el cargo de gobernador de Mendoza, don Joaquín Villanueva y, desde julio, las fuerzas militares nacionales avanzaron sobre los indios desde las fronteras de Bahía Blanca, Puán, Carhué, Guaminí, Trenque Lauquen, sur de Santa Fe y sur y sudoeste de Córdoba y San Luis y desde las fronteras de Mendoza.

## 1 8 7 8

El 19 de agosto es ascendido a Teniente Segundo en la Compañía de infantería de Mendoza, batallón "Nueva Creación" que se mantiene 15 meses en campaña. En Mendoza asume la gobernación don Elías Villanueva.

## 1 8 7 9

El 16 de abril, el general Roca, ministro de Guerra del presidente Avellaneda, inicia su histórica campaña contra los indios. Agustín Alvarez participa en la Cuarta División de la Expedición a los ríos Negro y Neuquén al mando del coronel don Napoleón Uriburu, sale de su última posición avanzada el fuerte general San Martín (de los Andes). El 24 de noviembre ingresa en el batallón 7º de infantería de línea al mando del coronel Ignacio H. Fotheringham y dispuesto por Carlos Pellegrini ministro de Guerra y Marina del presidente Avellaneda.

Los capítulos publicados con los títulos "La Mechita", "Julio Olmos" y "Los peligros de la noche" (1880), en su libro póstumo *La herencia moral de los pueblos hispano-americanos* son parte de expresión de su vida en las campañas contra los indios que Agustín Alvarez supo vivir, sufrir, luchar, observar, sentir, pensar y meditar acerca de un mundo de pobreza, de ignorancia y serias deficiencias morales.

## 1 8 8 0

Siempre en el batallón 7º de infantería, Agustín Alvarez cumple tres meses de campaña (marzo-mayo) contra los indios en Azul y Guaminí. El 1º de abril, fue ascendido a teniente primero.

En este año Carlos Tejedor, gobernador de Buenos Aires, está en disidencia con el presidente de la República Dr. Nicolás Avellaneda quien el 2 de junio traslada el gobierno nacional al pueblo de Belgrano e instala su despacho en la municipalidad local. El 20 del mismo mes se produce el encuentro de las fuerzas de Tejedor y de Avellaneda en Barracas, en cuyo combate Agustín Alvarez es herido en el codo derecho. La anécdota por este hecho da cuenta del carácter de Agustín Alvarez. El 30 de junio, renuncia el Dr. Carlos Tejedor y se soluciona la cuestión capital. El 20 de setiembre se sanciona la ley y Buenos Aires es declarada Capital de la República Argentina. El 12 de octubre el general Roca se hace cargo de la presidencia de la República.

En este histórico año en que Agustín Alvarez bregaba por el triunfo del federalismo, Florentino Ameghino a los 26 años de edad, triunfaba en Europa con su sabiduría y sus originales colecciones paleontológicas y era honrado y premiado por los sabios naturalistas de aquel continente por sus teorías acerca del origen del hombre y de la vida, y el poeta Pedro B. Palacios, "Almafuerte", entregaba sus dos viriles poemas "Canto a la Juventud de Buenos Aires" y "Canto a América" en homenaje a los que combatieron en Barracas y a Ameghino por sus revelaciones científicas.

1 8 8 1 - 1 8 8 3

Durante todo el año 1881 hasta julio de 1883, Agustín Alvarez continúa prestando servicios como teniente primero en el batallón 7º de infantería de línea destacado en Buenos Aires. En febrero de 1881 es gobernador de Mendoza José M. Segura. El 19 de noviembre de 1882 el gobernador de Buenos Aires, Dr. Dardo Rocha, funda la ciudad de La Plata, flamante capital de esa provincia. En este año, comienza Agustín Alvarez a escribir artículos periodísticos y recibe una medalla de plata por la campaña de Río Negro y Patagonia.

1 8 8 3 - 1 8 8 4

En agosto de 1883 va a prestar servicios a Santiago del Estero donde desempeñó, además, el cargo de Comisario de la Intervención Nacional del Dr. Isaac M. Chavarría en dicha provincia. Desde diciembre de ese año hasta diciembre de 1884 participa en la campaña contra los indios en Villa Formosa (Formosa). El 9 de julio de este año último, Agustín Alvarez fue ascendido a capitán. Un día antes se había promulgado la ley nacional N° 1420, de enseñanza laica y tres meses después se sancionaba la ley de Registro Civil. El 15 de febrero del mismo año se hacía cargo del gobierno de Mendoza don Rufino Ortega.

En 1884 Agustín Alvarez comienza sus estudios en la Facultad de Derecho de Buenos Aires. Es un ávido lector enciclopédico y dedícase a leer libros de sociología con preferencia poniendo su atención en las grandes obras de los moralistas de todos los tiempos. "Breves observaciones sobre Régimen Interno Militar": fue la primera conferencia que pronunció, aparecida en folleto. Su vida de soldado en los cuarteles y campamentos de Azul, Guaminí, Villa Formosa, Santiago del Estero y en las expediciones al Río Negro, Neuquén, Patagones y Chaco, fue para él una escuela fecunda de observaciones. Allí conoció las penurias de la "excelente carne de cañón" y la amargura de la "leche de la humana clemencia", como solía decir Agustín Alvarez, y conoció al indio, hijo de la Pampa, y también al "indio" hijo de la ciudad, más corrompido y bárbaro que el salvaje, en su atroz culto del valor sin entrañas. Obtiene medalla de plata por la campaña del Chaco.

## 1 8 8 5 - 1 8 8 7

Estudiante de la Facultad de Derecho de Buenos Aires, continúa prestando servicios como capitán del batallón 7º de infantería en Buenos Aires. El 27 de marzo de 1886 es nombrado habilitado del primer batallón del 5º de infantería. El 12 de octubre de 1886 el Dr. Miguel Juárez Celman inaugura su período presidencial con el Dr. Carlos Pellegrini vicepresidente de la República.

## 1 8 8 8

Se recibe de abogado y publica un folleto: "La Policía; contravenciones y penas en Mendoza" (Tesis para el doctorado) y el 30 de mayo contrae enlace con Agustina Venzano con quien compartió la vida durante un cuarto de siglo como compañera, amiga, consejera, esposa y madre de seis hijos; dama distinguida y culta, colaboradora constante en la preparación de sus manuscritos y ordenación de sus traducciones, Mariano de Vedia en una carta a Agustín Alvarez la distingue como tal, y Rafael Alberto Arrieta en *La Ciudad del Bosque*, hace un hermoso retrato moral de esta ejemplar mujer. El 26 de julio Agustín Alvarez es ascendido a mayor mientras prestaba servicios en Mendoza. En este año de la muerte de Sarmiento, Agustín Alvarez tiene sus apuntes ordenados sobre las observaciones y meditaciones que le han sugerido las obras de Mariano Moreno, Echeverría, Sarmiento, Alberdi, Juan M. Gutiérrez, Nicolás Avellaneda, Hudson, Groussac, V. F. López, Mitre, Rawson, Vélez Sársfield y otros argentinos ilustres cuyos pensamientos los hará presente en todas sus obras para afirmar sus concepciones sobre su filosofía de la moral.

## 1 8 8 9

Es nombrado jefe de Policía de Mendoza. El 6 de enero, una revolución propiciada por el gobierno de Juárez Celman, asalta la casa del gobernador don Tiburcio Benegas, apresándolo junto con el ministro de Gobierno Dr. Serú y el jefe de Policía, Dr. Agustín Alvarez, que lo acompañaban en ese momento. En ese mismo mes Pellegrini dispuso la reposición del gobernador que renunció el 9 de junio ocupando el cargo don Oseas Guiñazú. El 3 de junio, Agustín Alvarez es designado Juez en lo Civil en Mendoza.

## 1 8 9 0

Siendo sargento mayor de infantería, de la Plana Mayor Disponible, solicita, el día 15 de enero, la baja y absoluta separación del ejército "por encontrarse imposibilitado por razones de salud y de intereses de familia". Se le concede la baja "con goce y uso de uniforme atendiendo a los años de servicios del recurrente y a la buena conducta que siempre ha observado".

El 29 de mayo es nombrado profesor de filosofía y nociones de derecho, en el Colegio Nacional de Mendoza. El 26 de Julio, en Buenos Aires, se produce la primera revolución democrática argentina en la que intervienen Leandro N. Alem, Bartolomé Mitre, Francisco Barroetaveña, etc. Agustín Alvarez está con el movimiento. Es un admirador de Alem quien le dispensa su amistad. En este año Agustín Alvarez colabora en la revista "La Agricultura" de Buenos Aires.

## 1 8 9 1

Juez y profesor, Agustín Alvarez, alejado de las actividades militares, continúa leyendo, lee mucho en inglés, su esposa le prepara fielmente las traducciones de los clásicos ingleses y don Agustín escribe para varios periódicos especialmente "Tribuna" de Buenos Aires, diario de Roca, que dirige de Vedia, en cuyos folletines van apareciendo los artículos que formarán el libro *South America*. En este año publica en folleto: "El asesinato de Joaquín Rosas" (h). En Mendoza es gobernador interino Pedro N. Ortiz.

Promueve en Mendoza el primer juicio político en la provincia, acusando al Juez del Crimen, Dr. Nicasio María, "que fue destituido por la legislatura el 14 de julio, e inhabilitado por cinco años, siendo poco después nombrado, miembro del Superior Tribunal de Justicia de San Luis".

## 1 8 9 2 - 1 8 9 6

El 30 de abril de 1892 es electo diputado nacional por la provincia de Mendoza, cargo que desempeñará hasta abril de 1896. Durante los períodos de 1893-1894 y 1895 fue en esa Cámara miembro de la Comisión Especial encargada de investigar en los asuntos administrativos del ejército y armada. En todas actúa como secretario. Joaquín V. González ilustra en sus ejemplares páginas donde recuerda al amigo, sobre la actuación de Alvarez en el Congreso Nacional en cuyos diarios de sesiones podrán leerse las palabras del joven de 35 años que ya ha experimentado, vivido, observado, sufrido una vida de permanente acción y estudio de las cosas de su tierra.

En 1892 durante la Intervención Nacional que preside don Francisco Uriburu es electo gobernador Dioclesio García que renuncia quedando a cargo de la Gobernación el Dr. Jacinto Alvarez hasta el 2 de setiembre que es electo don Pedro I. Anzorena. En este mismo año el hermano gemelo de don Agustín, Dr. Jacinto Alvarez, es ministro de Hacienda y luego de Gobierno de Mendoza. El 12 de octubre del mismo año se hace cargo de la presidencia de la República el Dr. Luis Sáenz Peña, padre de Roque Sáenz Peña, el presidente que dio al país la ley electoral que lleva su nombre.

El 30 de mayo de 1893, el general Emilio Mitre, al solicitar Agustín Alvarez su reincorporación al ejército por haber desaparecido las causas que "me obligaron a pedir mi separación absoluta del ejército", informa al respecto: ". .la especial preparación de este jefe, su título de abogado,

los buenos servicios que hasta su baja prestó al ejército y los que por sus condiciones de inteligencia, juventud y espíritu militar, puede prestar en lo sucesivo, me inducen a pedir a V. E. quiera servirse acordarle el alta que solicita". El presidente Luis Sáenz Peña y su ministro de Guerra y Marina, general Luis María Campos, acuerdan dicha alta el 28 de agosto, y en este mismo año, Agustín Alvarez publica, en folleto: "La Teoría de los sacrificios patrióticos en la Historia Interna".

El 30 de julio de 1893 se produce la revolución de la Unión Cívica Radical dirigida por Leandro N. Alem e Hipólito Yrigoyen. En 1894 es elegido diputado nacional el Dr. Alem y el 22 de enero de 1895 renuncia el presidente Luis Sáenz Peña a quien sucede el vicepresidente José Evaristo Uriburu.

En 1894, Agustín Alvarez publica su primer libro: *South America* con los subtítulos "El arte de hacer barbaridades", "Historia natural de la razón" (Folletines de la "Tribuna") Imprenta de "Tribuna", Buenos Aires, 1894, que José Ingenieros en su edición de "La Cultura Argentina" subtítulo "Ensayo de Psicología Política". En su prólogo "Advertencia", dice Agustín Alvarez: " .un estudio político social de actualidad en el que se encontrarán desmenuzadas y desentrañadas muchas de las cuestiones que agitan los espíritus entre nosotros, y aun, de paso, algunas de las que empiezan a conmover con dinamita a la madre Europa. El autor es un periodista que "se había salido de la procesión para poder verla"; legislador de ocasión, que, tomando en serio su oficio de circunstancias, se ha creído en el deber de estudiar los males del país y los específicos en boga, con más prolijidad que sus mandantes, y a ese fin, con el auxilio de los grandes maestros y de la historia argentina del doctor López ha hecho la autopsia a los más importantes desatinos que andan en circulación en el comercio intelectual. Trabajo hecho con recortes, extractos y transcripciones, al solo objeto de formar una opinión propia, no lleva ningún propósito literario, ni se propone fundar nuevas sectas, ni hundir ni levantar palabras ni personas, y en ese concepto el co-autor, diremos así, declara que la publicación la concede exclusivamente "para hombres solos y que no pertenezcan a ningún partido", y que fuera de eso no atenderá reclamos de los que se claven por curiosidad o imprudencia. " Nunca más actual este libro. Es un libro para hoy y lo será para siempre. Léanse los sabrosos capítulos: "La razón" en sus facetas justificativas, instintivas, egoístas, como atributo natural del hombre. "La razón natural de los caudillos", "La razón natural de los esclavistas", "Predominio de la razón natural en Sud América", "El exceso de honores y sus consecuencias", "Las banderas de principios", "Lógica de las barbaridades", "Regeneración", "Intransigencia de los regeneradores", "El culto de las palabras", "Exaltación de la autoridad por la grandilocuencia verbal", "La regeneración del país", "La negra honrilla", "Sentimiento religioso y sentimiento político", "Leyes perfectas y costumbres pésimas", "La igualdad para todos", "Pan y Circo", "El fanatismo regenerador", "Los que se creen mejores", "La salvación del pueblo", "Higiene: gobernar es sanear", "Los políticos improvisados" y por fin, el "Apéndice" sabrosa documentación.

## 1896 - 1898

El 1º de julio de 1896, se suicida el Dr. Leandro N. Alem. El 2, Agustín Alvarez es promovido a teniente coronel. El 6 de agosto, asimilado a coronel, es designado vocal letrado del Consejo Supremo de Guerra y Marina, elegido en reemplazo del Dr. Bonifacio Lastra. Desempeñó este puesto durante 10 años, hasta abril de 1906. En 1896 publicó, en folleto: "Causa Kruls-Castex (Acusación Fiscal).

En 1897-1898, residiendo en Buenos Aires, Agustín Alvarez escribe los artículos que va entregando especialmente al periódico "Tribuna", trabajos que prepara el libro complementario de *South America* y que se titulará "Manual de Patología Política". El 1º de marzo de 1898 es designado delegado de la Convención Nacional reformadora de la Constitución a reunirse en Santa Fe. El 21 de enero de 1897, en Mendoza se dicta una nueva ley de educación común.

En octubre de 1897 es electo gobernador de Mendoza el Dr. Emilio Civit quien ese mismo año renuncia para ocupar el cargo de ministro de Obras Públicas de la Nación. Queda a cargo de la Gobernación de Mendoza el Dr. Jacinto Alvarez hasta 1901, año en que es electo senador nacional. El 12 de octubre de 1898 el general Julio Argentino Roca asume por segunda vez la presidencia de la República. Es vicepresidente el Dr. Quirno Costa

## 1899

Vocal letrado del Consejo Supremo de Guerra y Marina de la Nación continúa colaborando en el diario "Tribuna" y este año recopila una serie de ensayos sobre crítica de las costumbres, el complemento de "South America", en un libro que titula *Manual de Patología Política*, que edita por intermedio de la imprenta Peuser, de Buenos Aires. Los primeros cinco artículos aparecieron en el diario precitado con el título de "Manual de imbecilidades argentinas", el siguiente había aparecido antes en "La Agricultura" y los restantes habían sido reservados para este libro a fin de que no carecieran de interés. El *Manual de Patología Política* fue escrito cuando don Agustín Alvarez tenía 40 años de edad, y en momento en que su autor estaba pletórico de aprendizaje enciclopédico: ya conocía perfectamente varios idiomas, especialmente el inglés, francés e italiano: fuentes para conocer en su propio idioma a los grandes moralistas y sociólogos de aquellos países y Norteamérica. Con gran humor y bonhomía, con sarcasmo, con abundantes anécdotas, risueño y severo, hondo y a veces cruel, muestra en cada capítulo del "Manual de Patología Política" las escabrosidades del carácter argentino. Ya en el primero que titula "Por la ventanilla", después de señalar que "es bueno escribir lo que se piensa para obligarse a pensarlo con más precisión", nos dice: "Después, lo más interesante y digno de ser estudiado en este país, no es el Río de la Plata, ni la Pampa, ni las montañas, ni la flora, ni la fauna, ni el suelo, ni la Constitución del año 13, sino el ciudadano ar-

gentino, el tipo de hombre que han producido en el suelo argentino los "ideales argentinos". Y en su segundo capítulo titulado "La leche de clemencia", que inspiró una página admirable a José Ingenieros en su estudio "La Etica Social de Agustín Alvarez", observa: "El valor para atropellar al prójimo y la ilustración para deslumbrarlo y engañarlo son las dos llaves del porvenir para un argentino, porque son las dos cualidades que allegan más consideración pública. No es necesario ser honesto; no es necesario ser culto; no es necesario ser cuerdo; no es necesario ser activo y útil y, en rigor, ni el talento y la ilustración son necesarios, pero es absolutamente necesario ser guapo, o siquiera deslenguado". Y en el sabio ensayo "Formas de Gobierno Vacías", nos sentencia: "Siempre estamos conjugando el verbo sacrificarse por el país y casi siempre resulta que, por equivocaciones bien intencionadas, el sacrificado es el país". Sobre "El miedo de tener miedo" hace Alvarez un magnífico estudio psicológico que tiene hoy evidente actualidad y que supera a los conceptos americanos de Arciniegas (entre la Libertad y el Miedo); así como en su ensayo "Condiciones materiales de la libertad política" al proponerse Alvarez poner en evidencia la incapacidad de los pueblos miserables para ser libres, suelta esta verdad: "Suprimir los descalzos, los mugrientos y los analfabetos será siempre el primer paso hacia la libertad; lo demás es farsa: farsa principista, farsa democrática, farsa idealista, farsa patriótica". Y continúan así los ensayos: "De arriba", página digna de Larra como apunta José Ingenieros; "Perdone la letra y el papel", "Lo que relumbra", "Megalomanía", "¿Qué es la libertad?", "La partitura", donde el escritor social y el moralista, el que escribe con hondo sentido humano y americanista, el "sociólogo criollo" como lo definió en un serio estudio Ernesto Quesada, dice más que originalidades, verdades puras a lo Sarmiento y Alberdi. En este Manual escrito hace más de medio siglo deben meditar los jóvenes de hoy.

## 1900 - 1901

El 12 de febrero de 1900 es designado miembro del Tribunal de Honor del Círculo de la Prensa. En estos años Agustín Alvarez escribe diariamente. Mariano de Vedia, el general Roca y Eduardo Wilde escriben cartas en las que destacan la labor intelectual de don Agustín. En 1901, Eduardo Wilde desde Washington le dice a Roca: "Acabo de leer muchos artículos de "La Tribuna" los últimos números traen preciosos artículos: Uno titulado 'Victoria Regia' de Agustín Alvarez es de mano maestra, —me ha hecho acordar de Sarmiento por el coraje y la novedad de la forma". En este mismo año Agustín Alvarez publica: *Ensayo sobre Educación* con el subtítulo: "Tres repiques", editado por la imprenta J. Peuser, de Buenos Aires. Los tres capítulos que contiene este libro, como dice claramente Maximio S. Victoria, explican con sagaz ironía, las taras estigmáticas de raza y de educación, el desequilibrio del momento, los errores y las transgresiones morales de la opinión, el ambiente espiritual de aquellos días y las grietas visibles

de una cultura desorientada e incompleta, por donde se filtraban la lluvia y la humedad destructoras de los muros ya envejecidos del agregado nacional, y, sobre todo, de su reciente y superficial revoque de civilización. Son sus sabrosos repiques “Los mirlos blancos”, “Boleadores de levita” y “La honestidad y la cultura” un conjunto de verdades que ponen luces sobre las mistificaciones, la mentira, el charlatanismo, la viveza criolla, y sobre los gobernantes que se creen providenciales y consideran infames a sus opositores. “Urge acentuar la educación moral en la escuela pública en el hogar y en la sociedad”, clama Agustín Alvarez en este actualísimo catecismo de religión moral, cuya página final es digna de ser transcripta: *“La mera instrucción nos ha perdido, pero la verdadera educación puede salvarnos. El objeto de la escuela es: en primer lugar, educar; en segundo, instruir. El maestro debe trabajar ante todo y sobre todo en habituar a los niños a decir siempre la verdad y huir de la mentira. La disciplina escolar debe recaer en primer lugar sobre las faltas a la rectitud, y en segundo sobre las faltas a las lecciones. Las escuelas normales deben preparar educadores y no instructores, bajo la base de que el fundamento del aprendizaje es el instinto de imitación, no pudiendo educar el que no está educado, porque la educación no es la enseñanza de reglas muertas por el maestro al alumno, sino la transfusión al alumno de la moral efectiva del maestro. Todo niño en quien no sea posible hacer nacer o prosperar el respeto de sí, la veracidad, la honestidad, el autodomínio, el espíritu de obediencia, debe ser despedido de las escuelas públicas y quedar sin instrucción costeada por el público. La sociedad no debe emplear el dinero de los buenos en aumentar la capacidad de los malos”*.

En este año 1901, es gobernador de Mendoza don Elías Villanueva y el 6 de setiembre se establece en el país el servicio militar obligatorio.

## 1902

En este año Agustín Alvarez colabora en los Anales de la Facultad de Derecho de Buenos Aires. Escribe para esa publicación los ensayos que en el mismo año reúne en un libro que edita la librería de Prudent Hnos. y Moetzel, de Buenos Aires, con el título *¿Adónde vamos?*, trabajos donde se renuevan las ideas de Echeverría, Alberdi y Sarmiento. Libro profundamente cristiano y hondamente moral. Leopoldo Lugones, el maestro de la metáfora, poeta y erudito, antes de su renunciamento a la libertad civil y aún después de ella, clamaba por la lectura de “¿A dónde vamos?” que aconsejaba a la juventud, no en su sentido literario, sino moral. En una encuesta que el escritor Constancio C. Vigil hiciera en una de sus revistas sobre *¿cuál es el libro cuya lectura recomendaría Ud., a la juventud argentina?* —“¿A dónde vamos?”, respondieron los más altos valores intelectuales del momento.

*¿Adónde vamos?* estudia: el ambiente moral, el espíritu cristiano y espíritu católico, la siembra de las ideas en el ambiente moral, los resultados históricos del dogmatismo y del libre examen, la insuficiencia de la cultura es un obstáculo al progreso, el fanatismo lleva las naciones a la ruina, la coac-

ción religiosa es obstáculo a la libertad política, evolución divergente del espíritu cristiano y del espíritu católico, la ignorancia y los falsos valores sociales, la intolerancia hereditaria, el fanatismo como fuente de injusticia, efectos morales y sociales del espíritu teocrático, pueblos nuevos con entendimiento viejo, inmoralidad implicada en la superstición, el ambiente moral y las revoluciones, la transformación de una raza depende de la variación de su ambiente moral, el rejuvenecimiento de las razas, y muchos capítulos más de palpitante fondo sociológico sobre crítica de las costumbres hispano-americanas. “Libro profundo, valiente, sereno”, dice José Ingenieros. Nicolás Besio Moreno define la doctrina filosófica de Agustín Alvarez en un magistral estudio que hace en el prólogo de la edición de este libro editado por la “Cultura Argentina”. Alvarez resume así los ensayos de “¿A dónde vamos?”: “Es necesario para nuestro progreso, excluir las ideas, los sentimientos, las supersticiones y las costumbres hispano-coloniales; el ambiente ético debe ser renovado en consonancia con el espíritu moderno, sustituyendo la fe en los milagros por la fe en el trabajo, la fe de la mentira teológica por la fe en la verdad científica, la fe en el privilegio por la fe en la justicia”

En este año es presidente de la Comisión, designado por el Gobierno de Mendoza para erigir la estatua de San Martín en Mendoza, que se inauguró en 1904.

### 1903

Es nombrado profesor de correspondencia y estilo militar en la Escuela de Aplicación para oficiales, y presidente de la Asociación Bernardino Rivadavia, de la Capital Federal. Publica una “Compilación y apuntes para la clase de correspondencia y estilo militar”, editada por la imprenta del Arsenal Principal de Guerra.

### 1904

El 9 de marzo, Agustín Alvarez es nombrado por el gobierno de Mendoza para representarlo ante el Ministerio de Obras Públicas de la Nación, con el objeto de formular y llevar a cabo las obras de saneamiento de dicha provincia. El 14 de junio es designado profesor de Derecho Internacional en la Escuela Superior de Guerra, cargo que ocupó hasta su muerte reemplazándolo en la cátedra el Dr. Manuel A. Montes de Oca.

Publica dos folletos: “El origen de las divisas” y “Las dos Buenos Aires”. El 21 de setiembre pronuncia una brillante oración con motivo del fallecimiento del general Gelly y Obes.

El 6 de marzo, se hizo cargo de la gobernación de Mendoza, don Carlos Galigniana Segura, y el 12 de octubre inició su presidencia de la República el Dr. Manuel Quintana con el vicepresidente Dr. José Figueroa Alcorta.

## 1905

El 8 de abril es designado por el Consejo Nacional de Educación en unión de otros miembros, encargado de estudiar los horarios escolares. Publica, en folleto: "La evolución del espíritu humano".

En este año, se produce la revolución de la Unión Cívica Radical (4 de febrero); se sanciona la ley de descanso dominical (Ley Palacios) y se crea la Universidad Provincial de La Plata, por Ley Nacional N° 4.699, sancionada el 19 de setiembre de 1905 y promulgada el 25 del mismo mes y año, por el presidente Quintana y su ministro de Instrucción Pública, Dr. Joaquín V. González, aprobando el Convenio del 12 de agosto de 1905, entre los gobiernos de la Nación y de la Provincia de Buenos Aires.

## 1906

Con la fundación de la Universidad Nacional de La Plata, Agustín Alvarez encontró ocasión para el pleno desarrollo de su personalidad. Dice Ricardo Rojas: "Notable es la diferencia que hay entre las obras de Alvarez escritas antes o después de su ingreso en la Universidad Nacional de La Plata. En la atmósfera de la Universidad moderna encontró su 'clima moral'. La idea alcanzó mayor concentración, el esfuerzo más continuidad, el estilo mejor arquitectura. El autor de artículos se hizo del todo autor de libros, o llegó a ser un completo 'ensayista' a la manera sajona".

El 7 de febrero es nombrado profesor titular de Historia de las Instituciones Representativas de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional de La Plata, y consejero académico de la misma Facultad. El 19 es designado delegado al Consejo Superior de la Universidad Nacional de La Plata y el 1° de marzo primer vicepresidente de la Universidad Nacional de La Plata, reelecto consecutivamente por cuatro períodos más: 14 de agosto de 1907, 5 de octubre de 1908, 1° de diciembre de 1909 y 2 de enero de 1911. Dejó el cargo al año siguiente en la misma fecha. Desempeñó la presidencia durante el ministerio del Dr. Joaquín V. González, fundador y primer presidente de la misma.

Es interesante dar a conocer la copia del acta de la Primera Sesión Constitutiva del Consejo Superior de la Universidad, realizada el 1° de marzo de 1906, en la que Agustín Alvarez al ser designado vicepresidente es quien desempeña la primera presidencia ejecutiva de la flamante Universidad. Dice así el acta: "En la ciudad de Buenos Aires, a un día del mes de marzo de mil novecientos seis, siendo las tres y media p.m., reunidos en el despacho de S.E. el señor ministro de Justicia e Instrucción Pública de la Nación, doctor Joaquín V. González, y presididos por el mismo, los decanos y delegados de la Universidad Nacional de La Plata, señores Rodolfo Rivarola, decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales; doctor Samuel Lafone Quevedo, decano de la Facultad de Ciencias Naturales; doctor Francisco Porr, decano de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas;

doctor Clodomiro Griffin, decano de la Facultad de Agronomía y Veterinaria; ingeniero agrónomo Antonio Gil, delegado de la Facultad de Agronomía y Veterinaria; ingeniero Benjamín Sal, delegado de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas; y el doctor Florentino Ameghino, delegado de la Facultad de Ciencias Naturales, dice el señor ministro: “Que la reunión tiene por objeto dejar constituido el Consejo Superior de la Universidad Nacional de La Plata, debiendo elegirse el vicepresidente, quien desempeñará las funciones de la presidencia hasta tanto se nombre el Presidente. Practicada la elección en votación secreta, resultó electo por unanimidad de votos para dicho puesto el doctor Agustín Alvarez, delegado de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales. ” *Agustín Alvarez* — E. del Valle Iberlucea, Secretario General.

El 17 de marzo, después de renunciar como ministro de Justicia e Instrucción Pública de la Nación, el Dr. Joaquín V. González es nombrado para desempeñar la presidencia de la Universidad por el presidente de la República Dr. Figueroa Alcorta y confirmado por el H. Senado de la Nación el 30 de junio.

El 24 de marzo, Agustín Alvarez es nombrado profesor de Derecho Constitucional en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de La Plata y el 27 de diciembre es elegido miembro del Consejo Escolar N° 7, cargo que desempeñó también en el período 1908-1909.

El 17 de abril de este año, el presidente de la República, Dr. Figueroa Alcorta, y su ministro de Guerra general Luis M. Campos, expiden el siguiente decreto: “Declárase en situación de retiro al señor General de Brigada Dr. don Agustín Alvarez; Vocal del Consejo Superior de Guerra y Marina, con goce del sueldo íntegro de su empleo por alcanzar el cómputo de sus servicios aprobados a 30 años, 2 meses y 11 días por B. M. N° 83, 1ra. Parte con fecha 17 de abril de 1906”. En este año, fallecen cuatro grandes personalidades argentinas: Bartolomé Mitre, Manuel Quintana, Carlos Pellegrini y Bernardo de Irigoyen.

## 1907

Agustín Alvarez es designado presidente de la Asociación Nacional del Profesorado y el 7 de octubre reelecto consejero académico y delegado al Consejo Superior de la Universidad Nacional de La Plata, y miembro de la Comisión de Interpretación del mismo (mayo 15). El 4 de marzo se hizo cargo de la gobernación de Mendoza el Dr. Emilio Civit.

## 1908

El 9 de noviembre es designado delegado del Instituto Geográfico Argentino al Congreso de Bibliotecas que se celebró en Buenos Aires bajo el Patronato del Ministro de Instrucción Pública. También llevó la represen-

tación de la Asociación Bernardino Rivadavia al mismo Congreso. El 7 de diciembre es designado delegado de la Universidad Nacional de la Plata y con fecha 15 el Instituto Geográfico lo nombra también delegado para intervenir en el 4º Congreso Científico y 1º Panamericano que se reunió en Santiago de Chile. El 8 de febrero fue designado miembro del Tribunal de Honor del Círculo de la Prensa.

En este año Agustín Alvarez publica en folleto: *El nuevo espíritu universitario*, y por intermedio de la imprenta de Granada y Cía., de Barcelona, edita su libro: *La transformación de las Razas en América* que tiene su principio, su unidad primigenia en ¿A dónde vamos?, ya que en esta obra se encuentra lo substancial de aquélla. Bien se ha dicho que “La transformación de las razas en América” es en realidad una exégesis del pensamiento sarmientesco en “Conflictos y Armonías de las razas”. Los ensayos que contiene esta obra se han reunido en los cinco capítulos siguientes: “La evolución del espíritu humano”, “Las ideas capitales de la civilización en el momento que pasa”, “Evolución intelectual de las sociedades”, “El diablo en América” e “Instituciones libres”.

1 9 0 9

El 28 de febrero es nombrado socio correspondiente de “The American Academy of Political and Social Sciences of Philadelphia”. El 18 de agosto es designado vicepresidente del Instituto Geográfico Argentino, reelecto el 30 de enero de 1911. El 3 de octubre es nombrado profesor suplente de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. El 3 de octubre es designado miembro de una Comisión Permanente nombrada por el primer Congreso de Sociedades Populares que se reunió en este mes. El 30 de noviembre es delegado titular de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de La Plata ante el Consejo Superior.

Desde este año comienza a colaborar en el diario londinense: “The Times”. Publica *Historia de las Instituciones libres* por intermedio de la editorial F. Granada y Cía., de Barcelona. En esta obra Agustín Alvarez estudia la evolución de las ideas morales, con referencia a la libertad moral y al gobierno social, Platón, Aristóteles, Pericles, la transición del paganismo al cristianismo, en Roma y en la Edad Media, en la Europa latina y en la Europa sajona, hasta llegar a la radicación de ambos tipos en el mundo americano, mostrando la función de la moral laica y de la moral religiosa en la práctica de las instituciones democráticas. En esta obra Agustín Alvarez aquilata los valores de su filiación temática y de su doctrina.

1 9 1 0

El 12 de enero es designado miembro de la Comisión especial nombrada por el Instituto Geográfico Argentino por indicación del Gobierno, para

confeccionar la Geografía de la República. El 11 de marzo es nombrado profesor de Historia Constitucional en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de La Plata y el Instituto Geográfico Argentino lo designa su delegado ante el Congreso Internacional de Americanistas a realizarse en Buenos Aires. El 28 de marzo ocupa la cátedra de Historia Crítica de la Nación de la Facultad de Derecho de la Plata. El 13 de abril es designado por la Universidad Nacional de La Plata, delegado ante el Congreso de Americanistas en Buenos Aires. El 6 de diciembre es reelecto nuevamente consejero académico titular de la Facultad de Derecho de La Plata. En agosto el gobierno de Mendoza lo nombra, por decreto, para la redacción de una breve Historia de la Provincia de Mendoza, con motivo del Centenario de la Revolución de Mayo de 1910. Realiza Alvarez un interesante trabajo sobre la Provincia de Mendoza desde 1552 hasta 1909 en su *Breve Historia de la Provincia de Mendoza* que trata: época colonial, régimen provisorio; emancipación y anarquía; y época constitucional. Este trabajo lo editó la Oficina Meteorológica Argentina, en Buenos Aires.

En este año, Agustín Alvarez colaboró en "La Nación", de Buenos Aires; Revista Argentina de Ciencias Políticas; Revista Militar; Anales de la Sociedad Científica Argentina y en el Congreso Científico Panamericano de Chile. Publicó: "El proletariado en la víspera de la revolución" (En la revista "Caras y Caretas", edición especial del Centenario). "Vida Constitucional" (En "La Nación", edición del Centenario).

El 12 de octubre inicia su presidencia el Dr. Roque Sáenz Peña. Es vicepresidente el Dr. Victorino de la Plaza. El 6 de marzo se había hecho cargo de la Gobernación de Mendoza don Rufino Ortega (h).

## 1 9 1 1

El 10 de abril es reelecto profesor de Historia Crítica de la Nación de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de La Plata. En el mismo mes es nombrado tesorero de la Comisión Ejecutiva Nacional nombrada para conmemorar el centenario del nacimiento de Sarmiento. El 24 de junio es designado miembro del primer Congreso Superior del Museo Social Argentino y vicepresidente del mismo, electo el 30 de abril de 1912. El 22 de setiembre es nombrado miembro de la Comisión de la Fiesta Nacional del Arbol. Agustín Alvarez fue uno de los iniciadores del "Arbor Day" en la Argentina. A él se debe la plantación de forestales en la calle Carlos Calvo, de Buenos Aires, donde residía don Agustín.

Publica en folletos: "Las ideas capitales de la civilización en el momento que pasa", "La Génesis del educador", "El Centenario de Sarmiento" (Discurso pronunciado en el Teatro Colón de Buenos Aires el 15 de mayo de 1911), "Las tribulaciones póstumas de San Martín" y "Por el Magisterio, para el País". En este año comienza a colaborar en la revista "Humanidad Nueva" y en "La Gaceta de Buenos Aires".

## 1912

El 8 de abril es designado presidente de la Sociedad Científica Argentina y realiza un gran homenaje al ilustre sabio naturalista Dr. Florentino Ameghino en el primer aniversario de su muerte. El 31 de mayo es reelecto nuevamente profesor de Historia Crítica de la Nación, de la Facultad de Derecho de La Plata. El 18 de octubre el Consejo Superior de la Universidad Nacional de La Plata lo nombra guardasellos vitalicio de dicha Universidad. El 8 de noviembre es designado delegado de la Universidad de La Plata al Congreso de Historia que se efectuó en Londres, en marzo de 1913.

## 1913

El 24 de marzo es designado socio correspondiente del Ateneo de Montevideo. El 13 de mayo es nombrado miembro de la Comisión Consultiva encargada de organizar el Congreso de Educación a celebrarse en Paraná, en 1914. El 4 de agosto es designado miembro del Tribunal de Honor del Círculo de la Prensa. El 5 de setiembre es miembro del Comité Argentino encargado de la representación de nuestro país en la Exposición de San Francisco de California.

Publica este año su libro más personal: *La Creación del Mundo Moral*, editado por Victoriano Suárez, de Madrid.

*La Creación del Mundo Moral* es fruto sazonado de la edad madura. Este fue cronológicamente, el último de sus libros, pues un año después de haberlo dado a luz, sobrevino la muerte del autor. Gracias a él, no quedó incompleta la obra del publicista, pues resumió en pulpa breve, sabrosa y fecunda, la vida de sus páginas anteriores. Breviario de su predicación, ese libro compendia sus ideales, dando sentido más profundamente humano a lo que hubo de simple glosa hispanoamericana en los otros libros. La anécdota ha sido superada por la meditación. El periodista y el profesor han sido superados por el filósofo. Por ese libro, Agustín Alvarez se hace digno de ser traducido para lectores de otros pueblos, y ser parangonado con moralistas ilustres de antiguas naciones y civilizaciones. Hasta hoy no han sido superadas las admirables páginas que inspirara esta biblia argentina a Alicia Moreau y, por ello, vale recordar algunas de sus palabras: "El mundo moral es, para Agustín Alvarez, el mundo de la bondad, la belleza y la justicia; el mundo de las ideas y los sentimientos, progénita de la libertad, el derecho, las ciencias y las artes, las lenguas, las literaturas, las ciudades y las nacionalidades. Los amos que más dañaron al hombre fueron sus dioses; creaciones de la humanidad ignorante, lo fueron tanto como ella; así dice Agustín Alvarez: "Ningún Dios ha sabido que la tierra fuese redonda antes que la expedición de Magallanes diese la vuelta al mundo ni que la tierra se moviera antes de que Galileo lo anunciara. Nunca con más justicia que esta, pudo decirse de una obra que es el reflejo de un hom-

bre. Es en ella que aparécenos aquel espíritu de élite, bueno, profundamente bueno, sin debilidades, justo, sin esperanza, sereno, sin austeridad, sabio sin pedantería, consciente de su fuerza sin vanidad, que supo, como muy pocos, criticar sin herir, sanear con vigor sin maltratar ni ofender, ayudar y aconsejar sin convertirse en tutor; y pudo, lo que es aún más raro en nuestro ambiente, mantener la integridad de su conciencia, sin detenerse en oportunidades ni conveniencias y tuvo la virtud de la sinceridad como fueron sinceras sus virtudes. Nunca como en esta fue más suyo su estilo; ese estilo claro y sencillo donde la imagen abunda, sobria, elegante, precisa y tan original e imprevista como adaptada a la idea expresada". Y de esta parte medular de la obra de Agustín Alvarez vale recordar las palabras de Roberto Giusti en su magistral ensayo sobre las concepciones del autor de *La creación del mundo moral* cuando nos dice: "Los ensayos donde mejor se explicó sobre el remedio fueron los que tituló *La creación del mundo moral*, su última obra. En ellos exaltó la vida sana y libre, la alegría, los progresos de la inteligencia y de la moralidad, la fe en el porvenir, y alentó a la vanguardia de la humanidad a perseguir eternamente el pájaro azul, a fin de que haya siempre —concluyó— "algo que hacer, alguien a quien amar, alguna cosa que esperar". Y por eso pudo subrayar sentenciosamente: "El reino de Dios no es para los más ilustrados sino para los mejores, y el mejor es el más abnegado. El sacrificio humilde, constante, voluntario, constituye, pues, la verdadera dignidad humana".

1 9 1 4

En marzo de 1913, estando en Londres sufre un ictus cerebral, del cual se recupera parcialmente, pero a consecuencia de un segundo episodio, el 15 de febrero fallece en Mar del Plata el Dr. Agustín Alvarez, militar, abogado, juez, legislador, maestro, escritor, sociólogo, moralista, educador, pensador, sembrador de ideas y ejemplo vivo de virtudes morales. Se asociaron al duelo: la Escuela Superior de Guerra, el Instituto Geográfico Argentino, la Sociedad Científica Argentina, el Comité del Libre Pensamiento, la Universidad Nacional de La Plata, la Asociación Nacional del Profesorado, la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de La Plata, el Museo Social Argentino, la Sociedad Forestal Argentina, que enviaron representantes y oradores, entre ellos: Estanislao S. Zeballos, Joaquín V. González, Carlos Gutiérrez, Agustín Virasoro, Julio González Iramain, Santiago Barabino, Juan B. González, Francisco P. Lavalle, Enrique F. Butty, Jorge W. Dobranich, Martiniano Leguizamón Pondal, Juan Briano, Juan Nielsen, Ricardo Levene, E. Herrero Ducloux, José Nicolás Matienzo, etc., y los diarios "La Nación", "La Prensa" y otros de Buenos Aires, La Plata, Mendoza, Rosario que publicaron sendos artículos biográficos.

1915 - 1920

José Ingenieros, fundador de "La Cultura Argentina" inicia en 1915 la publicación de las obras completas de Agustín Alvarez, llamando a los colaboradores y amigos escritores, poetas, hombres de ciencias que han estado más cerca del maestro para prologar específicamente cada tomo. Es así como se ha podido obtener brillantes páginas biográficas del autor de *¿Adónde vamos?* con sus contenidos doctrinarios y filosóficos estudiados a través de sus críticas costumbristas y de sus profundos ideales sobre la creación del mundo moral según sus experiencias, sus observaciones, sus meditaciones y sus virtudes y acciones ejemplares. De todo ello se ha podido comprobar que la posteridad ha sido justa con Agustín Alvarez pues, difícil será escribir páginas que superen a las ya escritas por ilustres escritores argentinos. Son magistrales las realizadas por Joaquín V. González, José Ingenieros, Ricardo Rojas, Alicia Moreau, Ernesto Nelson, Leopoldo Lugones, Julio R. Barcos, Besio Moreno, Rafael Alberto Arrieta, Roberto Giusti. . . donde están bien aquilatadas las imágenes que retratan la belleza moral extraordinaria del gran mendocino.

Emprendida la obra de reedición fueron apareciendo: *South America* con el subtítulo: "Ensayo de Psicología Política", precedido por un estudio de Ernesto Nelson; *Manual de Patología Política*, con una introducción biográfica de Evar Méndez; *Educación moral*; *Tres Repiques*, con notas marginales de Maximio S. Victoria: *¿Adónde vamos?* precedida con un estudio sobre el sistema filosófico de Agustín Alvarez, por el Ingeniero Nicolás Besio Moreno; *La Transformación de las razas en América* con una introducción de Arturo E. de la Mota; *Historia de las instituciones libres*, con una introducción de Julio Barreda Lynch (José Ingenieros); *La Creación del Mundo Moral*, con una introducción de Joaquín V. González.

En 1919 se dio a publicidad: *La herencia moral de los pueblos Hispano-Americanos*, con una introducción de Félix Icasate Larios, cuatro años después de la muerte del maestro. Da título al libro un corto ensayo que había adelantado Agustín Alvarez en la Revista de Filosofía que dirigía Ingenieros. Se resume en él el siguiente pensamiento: "En la América del Norte se aprendió a trabajar y a gobernar; en la del Sur se aprendió a rezar y a obedecer". Esta sentencia resume la actitud mental de Agustín Alvarez en su obra de moralista, de educador y de político. Integran el volumen una serie de ensayos y conferencias entre los que se destacan: "La inteligencia humana en la época colonial", "La teoría de los sacrificios patrióticos", "El culto del coraje", "Las tribulaciones póstumas de San Martín", "Sarmiento", "El sentido del progreso", "El nuevo espíritu universitario", "La génesis del educador", etc.

Todos los libros que acabamos de mencionar son de firme actualidad. Digamos, entonces, con el poeta e ilustre escritor fundador de la revista "Martín Fierro", Evar Méndez: "Leámoslo. Estudiemos y meditemos a Agustín Alvarez, el más digno de los maestros de la juventud y el más generoso.

El, es el pensador argentino contemporáneo que más ha contribuido a ilustrar las masas encaminadas hoy por rectos caminos, con ideales concretos, hacia la realización de nuestro bienestar social, fundamentado en base científica. Es, por lo tanto, uno de los precursores y colaboradores en la afirmación de nuestro estado libre y democrático como lo soñaron los hombres de Mayo y lo construyeron los titanes del 37 y del 53. Y, además es un admirable modelo para imitar, en la virtud de su vida y en su obra”.

1 9 3 1

Su hermano gemelo, el Dr. Jacinto Alvarez, que falleció el 3 de julio de este año, fue un médico de enorme prestigio en su provincia, donde su capacidad como clínico, lo convirtió, durante muchos años, en el consultante obligado de todos los casos difíciles. En su provincia natal fue diputado y senador provincial, presidente del Senado, ministro en diversas oportunidades, vice-gobernador y gobernador, ocupando también una banca de senador nacional (1901-1907). Cuando falleció, hacía años que se había retirado de toda actividad, gozando de la fortuna que adquiriera con una labor infatigable. Era propietario de viñedos y bodegas. Agustín y Jacinto fueron hermanos en la más entrañable acepción del término y ambos lograron apoyándose entre sí, llegar a ser varones útiles y de sobresaliente actuación, verdaderos “self-made-men”.

1 9 5 6

En la ciudad de La Plata, el día 22 de julio, se constituyó en asamblea pública, la Comisión Popular de Homenaje a Agustín Alvarez con motivo del Centenario de su nacimiento a cumplirse en 1957. La Comisión quedó así formada: presidente: Eduardo Pettoruti; vicepresidentes: Luis Contarelli, Lázaro Seigel, y Carlos González Costa, presidente de la Federación de Instituciones Culturales y Deportivas de la ciudad, presidente del Instituto Almafueretano y presidente del Instituto Belgraniano respectivamente; secretarios: Juan C. Correa, Héctor Pagella y Jorge A. Saraví; tesorero: José Fernández Campón y vocales: Delia M. de Fernández Campón, Sara del Carmen Ugazzi, Nicodemo Scenna, Francisco Cobas, Francisco Timpone, José Quintans, Aníbal Ortega, Nicolás Marinkev y Nicolás Láinz.

En el 99 aniversario del nacimiento de Agustín Alvarez y como principio de homenajes con motivo de su Centenario, la dirección de Radio Universidad de La Plata (LR11) programó dos audiciones: una semanal durante los meses julio-agosto para recordar la vida y obra de Agustín Alvarez y otra especial en que un hijo recuerda a su ilustre padre. El Dr. Agustín Alvarez (h) fue invitado para recordar al autor de *South America* en el mes de octubre. Hemos podido escuchar palabras nuevas y motivos nuevos. En pocas páginas escritas con claridad, sencillez y amor filial se ha sumado una serie de detalles íntimos de los valores morales del maestro que deben ser recogidos para el biógrafo que se espera del autor de *Educación Moral*

Como primicia anotaremos en esta cronología sintética algunos párrafos interesantes. Dijo el Dr. Agustín Alvarez (h) recordando a su ilustre padre: “El hombre de entrecasa era exactamente el mismo que dictaba cátedras, daba conferencias, presidía sociedades o administraba justicia” “ Era mi padre un hombre de estatura mediana, de constitución robusta, bien proporcionado, ni delgado ni obeso. Pulcro en su persona y sencillo en su ropa, carecía de toda preocupación vestimentaria que no fuera la del confort, y era enemigo del excesivo aliño. Con sentido práctico, prefería la ropa y el calzado holgados. Llano, afable, sensato y equilibrado había llegado a adquirir un extraordinario dominio de sí; jamás mi madre le vio un arrebató de cólera. Era un trabajador infatigable. Así como no recuerdo haberlo visto enojado, alterado o incontrolado en su lenguaje, tampoco recuerdo haberlo visto inactivo. En realidad, su descanso consistía en cambiar de actividad. Los domingos o feriados eran dedicados, por la mañana, a trabajos manuales que por lo común compartíamos sus hijos... las tardes de esos domingos o feriados estaban destinadas a paseos con sus hijos varones y que con distintos itinerarios, tenían un desarrollo casi siempre uniforme: ida a pie hasta el lugar de destino. regreso en tranvía. Estas excursiones ofrecían la oportunidad para amenas y provechosas lecciones de cosas. Por convicción, era abstemio y vegetariano. no conocía ni practicaba ningún juego de azar. Su educación sólo le había dejado una laguna, una zona poco cultivada en su espíritu: la referente al arte en general. Y casi es lógico que así fuera. ¿Qué clase de educación estética pudo recibir en Mendoza un niño desvalido, entre 1864 y 1875? ¿Y más tarde, un cadete del Colegio Militar de la Nación, entre 1876 y 1878? El cinematógrafo, que conoció cuando apenas estaba en los primeros balbucesos, contó inmediatamente con su simpatía. amigo de los niños y de los árboles, comprensivo y tolerante para con el error ajeno, inflexible para con la mentira o el engaño, fue sincero y leal en todas sus manifestaciones. Su vocación esencial fue la docencia, y en la Universidad Nacional de La Plata, a cuya creación y estructuración concurrió al lado de su entrañable amigo Joaquín V. González, halló indudablemente el clima más propicio para su espíritu”

1957

El 15 de julio, por resoluciones de los interventores rectores de la Universidad Nacional de La Plata, Ing. Alberto Casella y Dr. Santiago Fassi, se inauguró, en los jardines de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, el busto de Agustín Alvarez, con la presencia de familiares del maestro, del interventor Dr. Fassi, del presidente de la Comisión de Homenaje, Sr. Pettoruti, profesores y estudiantes. Seguidamente se realizó en el aula magna de la Facultad mencionada, un acto académico en el que intervinieron los doctores Alfredo A. Calcagno, Enrique V. Galli y el profesor Segundo A. Tri.

## PARA CONOCER LA OBRA Y LA PERSONALIDAD DE AGUSTIN ALVAREZ

Es extensa la bio-bibliografía de Agustín Álvarez. Véase año 1915-1920 de esta cronología; consúltense los autores citados. Además: "La ética social de Agustín Álvarez" en *Sociología Argentina* por José Ingenieros; "Los pensadores laicos", en *Literatura Argentina*, por Ricardo Rojas; "Principios Sociológicos", por Alfredo Colmo; "Perfiles del Apóstol", panorama de la vida y la obra de Agustín Álvarez, por Pedro C. Corvetto; (Véase en esta obra las citas de "Estudios y Monografías" sobre A. Álvarez). Además de los escritores precitados se han ocupado de Agustín Álvarez: Mariano de Vedia, Joaquín V. González, Rafael Alberto Arrieta, Roberto Giusti, Julio R. Barcos, Severo del Castillo, Julio V. González, Leopoldo Lugones; Manuel Lugones, Adolfo Posadas, Lucio V. Mansilla, Juan Mantovani, Alicia Moreau, Ernesto Quesada, Gregorio Uriarte, Pedro A. Torres, Amilcar Razori, Víctor Mercante, Antonio Sagarna, Lázaro Schallman, Grupo Diógenes de La Plata, Cicerón Aguirre, Alberto Casal Castel, Tomás L. Garrone, Humberto Butterfield, Manuel García Crespo, José Gabriel. Recomendamos consultar el estudio biográfico de Agustín Álvarez por Evar Méndez y "Perfiles del Apóstol" por Pedro C. Corvetto, donde se hallará detalladamente la bibliografía sobre Agustín Álvarez. Es de importancia consultar en: "Anales de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, 1ra. Serie 1902; "Humanidad Nueva", junio de 1914, Buenos Aires, número de homenaje a la memoria de Agustín Álvarez; "Agustín Álvarez y la creación del mundo moral", por Alicia Moreau, en *Revista de Filosofía*, año 1, N° 3, mayo de 1915; "Museo Social Argentino", número especial dedicado a la memoria de Agustín Álvarez, marzo-abril 1914; "Colegio Nacional Agustín Álvarez", número especial con motivo homenaje en julio de 1933. "Las fuentes de Agustín Álvarez" por Arturo A. Roig; "Cincuenta años de Filosofía Argentina", por Luis Farré; "Historia de la Literatura Argentina", dirigida por el profesor Rafael Alberto Arrieta; *Revista "Liberalis"*; "El positivismo argentino", por Ricaurte Soler, Panamá, 1959; y juicios de Carlos Sánchez Viamonte, Pablo Barrenechea, Eduardo Wilde, Leopoldo Lugones y Constancio C. Vigil. En la Biblioteca Pública de la Universidad Nacional de La Plata existe un fichero especial biobibliográfico sobre Agustín Álvarez y en el Colegio Nacional Agustín Álvarez de la ciudad de Mendoza se encuentra instalada la biblioteca personal del mismo, donada por sus hijos.

## SOUTH AMERICA \*

### ENSAYO DE PSICOLOGIA POLITICA

#### *Improvisación bien intencionada*

No en balde nos entusiasma el patriotismo y nos deslumbran y sacan de quicio los grandes títulos: benemérito de la patria, libertador del pueblo, salvador del país, padre del progreso, etc., etc. La geografía indígena va desapareciendo ante la invasión de nombres propios; y desde Rivadavia, que quería el poder para darse lustre, como dice el Dr. López, casi no hay hombre público, magistrado o “tribuno del pueblo” que no quiera dejar a la historia, aunque sea a puñetazos, mérito bastante para un par de estatuas de infantería.

El hecho es que vivimos conspirando con la fantasía contra la naturaleza de las cosas para enmendarle la plana a la naturaleza y perfeccionarla, obligándola a acomodarse a nuestra razón, que por lo mismo que es niña se cree perfecta y no quiere sino lo mejor.

No hemos detenido el sol, como Josué, ni decretado en verano lluvias de invierno; pero hemos decretado el progreso, el orden y la civilización, hemos decretado la regeneración del

---

\* Véase “Síntesis cronológica”, años 1894 y 1915. Texto de la edición *La Cultura Argentina*, año 1918, precedido por un estudio de Ernesto Nelson. Talleres Gráficos L. J. Rosso y Cía., Buenos Aires.

país, hemos decretado la salvación de la patria y el exterminio de los traidores, hemos decretado la opinión pública para uniformar las opiniones, suprimir disidencias y perfeccionar el sistema.. federal, y otras cosas que luego se verán. Es necesario, pues, pero de toda necesidad, que el orden, el progreso, la civilización, la libertad, la moral, las instituciones parezcan la obra personal, graciosa y patriótica de los *jefes del pueblo*, de los gobernantes o de los que pretenden gobernar, a cuyo fin obligan a las cosas a cambiar de rumbos, las meten por las teorías fantásticas, las abultan, las empujan, las agujonean y las engordan como a perro soplado, hasta que la naturaleza, volviendo por sus fueros, larga el cataclismo. Todavía estamos atacados del *furor patriótico*; del prurito sudamericano de perfeccionarlo todo; un poco más y un mucho peor que el *trop de zèle*. En los accesos de energía patriótica el personajismo galopante, la enfermedad sudamericana por excelencia, invade hasta la juventud escolar, y a las veces la epidemia gana los cuarteles y en un militarote de tres en libra engendra un dictador o un “gran ciudadano”

Pero no nos adelantemos. La primera teoría era la de Spencer, tan famosa; y la otra era la esencialmente criolla y democrática de que el gobierno, para mejorarse, debe renovarse con hombres nuevos; pero nuevos por los cuatro costados: por la edad, por la ilustración y sobre todo nuevos por no haber actuado antes, o sea por la *inexperiencia*. Se ve venir la consecuencia implícita: una razón natural más flamante. Faltando la edad, la experiencia, la ilustración y la práctica, no queda más recurso gubernativo que la conciencia, que es lo fundamental. (Págs. 44 a 46).

### *La regeneración del país.*

El patriotismo que mata, la buena intención que arruina, son calamidades peores que la peste, bien que sirvan, y acaso

por eso mismo, para tranquilizar la conciencia de un egoísta, que, con tal de evitarse hasta el remordimiento de los males que causa, llega hasta echarles la culpa a sus propias víctimas. Sacar del gobierno todos los beneficios posibles, cargar a los gobernados con todos los perjuicios consiguientes, y hasta con el remordimiento de los actos propios, es de lo más sudamericano que pueda darse, y bien que pueda parecer excesivo ante el falso concepto de la humanidad que han fabricado los filósofos de gabinete, se ajusta por completo a la máxima fundamental de la psicología positiva: el hombre busca el placer y huye del dolor con el menor trabajo posible. (Pág. 126).

### *Sentimiento religioso y sentimiento político*

Asegurar la libertad “una vez por todas” es la misma utopía que perseguían los alquimistas: comer una sola vez para siempre. *Si la libertad y el orden no se defienden todos los días un poco, por la naturaleza de las cosas se vivirá de ayunos y atracones, de despotismos y revueltas.*

La historia enseña cumplidamente que estos desventurados pueblos sudamericanos no disfrutaron nunca los beneficios de la libertad teórica escrita en sus cartas, y que sufrieron en cambio todas las consecuencias prácticas de su carácter y de su atraso real. La libertad no se realizó en la medida de la ley, sino en la medida de los hombres de carne y hueso. La felicidad del hogar, en efecto, no depende de la fachada de la casa sino de la educación y del carácter del *pater familias*. (Págs. 131 y 132).

### *El entusiasmo y la indignación*

Como el bitoque del entusiasmo y el de la indignación avicinan en el espíritu con la razón pura, cuando ésta se pronuncia,

abre simultáneamente los dos, cada uno para su lado correspondiente.

Cuando se resolvió antaño, por la razón pura de los unos y de los otros, sin la menor partícula de experiencia casi, que el sistema unitario y el federal eran lo mejor y lo peor respectivamente, y viceversa, desplegaron el entusiasmo federal y el entusiasmo unitario, la indignación anti-federal y la anti-unitaria a todo trapo, merced a lo cual llegaron en la primera embestida, o en la segunda a más tardar, a las consabidas y consufridas fórmulas extremas. Por que es claro, en la pura razón, que el que desea para su patria lo mejor es un benemérito patriota y que el que desea lo peor es un menguado y cobarde traidor. Para unos y para otros, pues, a poco andar ya no se trataba de *gobernar* al país, sino de *salvarlo*, cosa grave, muy grave, de gravedad mortífera, porque esto no admite control, contrapeso, equilibrio ni componendas, que en el caso son degradantes y sacrílegas, verdaderas traiciones eso de entenderse con traidores, a quienes el fuego sagrado del patriotismo manda imperiosamente perseguir y extirpar como a perros hidrófobos, para evitar el peligroso contagio.

En efecto, los ejércitos no se llaman ejército unitario y ejército federal, como en la guerra de secesión de la América del Norte, sino “ejércitos libertadores” Una revolución se llama por los unos “revolución libertadora” y por los otros “rebelión de los enemigos de Dios y de la Patria”, “rebelión de traidores” Los generales se llamaban “el libertador La Madrid”, “el libertador Lavalle”, “el libertador Paz”, “el libertador Oribe”, “el libertador Aldao”, “el libertador Quiroga”, “el libertador Urquiza”, que lo fue por partida doble. *Salvar al país*, ¿qué significa esta idea tan familiar en Sud América? La constitución norteamericana, ni en el preámbulo, ni en el texto, contiene cosa alguna que la implique; bien al contrario, el texto y el espíritu la desimplican.

*Salvar al país*, según el sentido histórico y corriente de la frase, es, *librarlo del peligro* de que sea gobernado por sus enemigos, enemigos del país, se entiende. Y estos enemigos no son los extraños, sino los propios compatriotas, porque la especialidad de Sud America consiste en que, países que tienen instituciones adelantadísimas, tienen a la par partidos que son *un peligro público*, partidos que son *considerados* como una desgracia nacional, como traidores a la patria, por el partido contrario, como salvajes inmundos, etc., etc.

Ahora, la constitución nacional dice: Nos, etc., *con el objeto de* constituir la unión nacional, afianzar la justicia, consolidar la paz interior, etc. ¿Pero, es posible constituir unión por los enemigos de la patria?

¿Es posible consolidar *paz interior* con los traidores a la patria? ¿Es posible promover el bienestar de los malvados y asegurar los beneficios de la libertad, para los inmundos salvajes, para los conculcadores de las leyes, para los violadores del honor nacional?

No, pues, y *diga* lo que quiera la constitución norteamericana, la *conciencia* caballeresca de los sudamericanos se sublevará contra los infames traidores a la patria, se negará a transar con el crimen y perseguirá por impulso irresistible, a sangre y a fuego, a los inmundos salvajes unitarios, a los oprobiosos violadores de las leyes sacrosantas.

Entonces, pues, mientras haya gobiernos y partidos oprobiosos, mientras haya partidos que sean un peligro para la honra del país, mientras haya partidos regeneradores que lleven en sí la perfección absoluta, mientras haya partidos que sean un oprobio, bien entendido, mientras *se considere o se les considere* como tales, no será posible constituir la unión nacional, afianzar la justicia, consolidar la paz interior, proveer a la defensa común, promover el bienestar general y asegurar los beneficios, etc., etc. Es decir, en resumen, que *no será posible en los hechos prácticos* la constitución nacional, *copiada* de la gran república del norte,

porque no cabe contrapeso ni equilibrio entre lo perfecto y lo inmundo, entre lo sabio y lo atrasado, entre la virtud y el crimen, entre el patriotismo y la traición a la patria, entre el honor y la deshonra.

“Las ideas, dice Holtzendorff, son los hechos de más alta importancia y significación de la vida política” “En las épocas importantes, dice Lasker, hay que escudriñar la fuerza propulsora del pensamiento. Todos los pueblos, los gobernantes y los gobernados, para resolverse a obrar, han sido arrastrados por *palabras y doctrinas*”

Y bien, pues: aquellas son las ideas, las palabras y las doctrinas que han arrastrado y siguen arrastrando a los latino-americanos en la vida política; esas son las ideas y los principios que han convertido la conciliación en crimen y la guerra sin cuartel en deber sagrado del patriotismo; esas son las ideas, las palabras y las doctrinas en cuyo mérito la enumeración de *finés políticos* del preámbulo de la constitución norteamericana viene a ser en *South America* un rosario de oprobios y de *crímenes contra la patria*, en cuyo mérito es imposible la alternación de los partidos en el poder, porque proponiéndose luchar *una vez por todas* y vencer el enemigo *para siempre*, lo ponen en la disyuntiva de aguantarse en el poder como pueda, y hasta donde pueda, so pena de dejar junto con el poder la patria, la fortuna y la familia. Es la doctrina de Pompeyo: “el que no está conmigo, está contra mí”, la cual no tiene más que dos salidas: el triunfo o la emigración.

Lo primero es lo primero: la salvación del país es ante todo, y los latino-americanos no podremos entrar a *governarnos* por la constitución de poderes contra-pesados, sino después que hayamos concluido de *salvarnos*, lo que sabe Dios cuándo sucederá.

“Porque bueno es advertir que el resultado de las violentas animosidades de los partidos ha sido siempre la indiferencia por el bien público y la honra nacional; que allí donde las facciones políticas están enardecidas, sus adeptos se interesan, no por la

masa general del país, sino por la parte de él en que militan, siendo a sus ojos los demás como extranjeros enemigos, o piratas a quienes *no debe darse cuartel*. El odio más profundo e inveterado que pueda inspirarles un pueblo extraño, es amistad si se le compara con el que sienten por esos enemigos domésticos con los cuales viven encerrados en corto espacio con quienes han establecido comercio de insultos y de los que sólo aguardan el día que triunfen tratamientos peores aun que los que pudiera imponerles un conquistador venido de luengas tierras. En Grecia se consideraba como punto de honra el permanecer fiel a su partido aún en detrimento de la patria”

Estas palabras de Macaulay, referentes a los partidos ingleses anteriores al siglo presente, apenas serán aplicables en la mitad de su extensión a los actuales *wigs y torys*; en esa proporción, por lo menos, han disminuido las animosidades de los partidos, no porque hayan desaparecido las pasiones humanas, ni apocádose el patriotismo, sino porque con el adelanto de la razón pública *ha variado la manera de considerar las cosas*, que es de lo que en definitiva depende toda la cuestión, pues, como dice Ernesto Renan, las pequeñas causas producen los grandes efectos.

El encono de los partidos, como en los individuos, depende de la gravedad de las ofensas, y la gravedad de las ofensas depende de la manera cómo se las considere. Un individuo me mete una bala en el cuerpo. Llamo a un cirujano, me la hago extraer, me curo *la lesión corporal* y quedo, moral, política y socialmente como antes, sino mejor. Si en vez de un balazo, el individuo ese me arroja a la cara un guante de seda, gamuza o cabritilla, esto se llama *ofensa al honor*, y el único remedio consiste, según las *leyes del honor*, en que yo le pegue un tiro a él o en que él me lo pegue a mí, con tal que sea en el terreno del honor o en sus inmediaciones.

Lo mismo en los partidos. Si se considera que el adversario no gobernará tan bien como uno mismo el país, pero que tampoco lo gobernará del todo mal, puede tolerársele; pero si se cree

que la única salvación del país es la que sólo nosotros podemos dar, y si, además, se cree que los adversarios son traidores a la patria, y que su triunfo sería un oprobio, teniendo, para mayor desgracia, fe profunda y entusiasta en tales errores, entonces no cabe sino lo que dice Macaulay, la guerra civil, hasta con el concurso del extranjero. Al analizar de paso la verdad, la conciencia, la creencia, la fe y entusiasmo, hemos insinuado cómo el entusiasmo depende de la profundidad de la fe, cómo la intensidad de la fe depende del absolutismo de la verdad, cómo el absolutismo de la verdad, depende de la supresión de los términos medios y de los matices por la ignorancia, la inexperiencia y la ofuscación, y del raciocinio de razón pura en pleno ideal fantástico; en resumen hemos indicado cómo se producen en el espíritu las convicciones que se traducen al mundo exterior por los hechos que constataba Macaulay.

Y a todo esto, casi se nos traspapela lo mejor de lo mejor, en materia de orden. (Págs. 177 a 182).

### *La oposición como complemento del oficialismo*

Cuarenta, cincuenta años, ¿cuántos hemos vivido *salvando al país* de nuestros adversarios, y limpiándolo a troche y moche de traidores que, por supuesto, éramos nosotros mismos? ¿Cuánto tiempo hemos pasado cultivando una sola clase de patriotismo y extirpando a la par la clase de patriotismo contrario?

Pues en una finca de Cataluña se pasaron el doble de este tiempo cultivando una misma especie de palmeras, sin alcanzarles jamás el fruto, ni lograrles otra cosa que la sombra, hasta que en la finca vecina palmeras de otra especie consiguieron levantar sus copas por encima de la barrera divisoria y pudo entonces el aire ambiente transportar el polen de la planta macho hasta los ovarios de la planta hembra.

Así son los partidos políticos, como las plantas unisexuales; solos, absorben la savia del terreno para dar sombra y palos,

nada más; ellos también necesitan el concurso de la planta del otro sexo para fecundar sus ideas unisexuales, que es como decir unánimes; ellos también, sin el consejo y el contrapeso del adversario, absorben la energía del país y no dan más que sombra para los suyos y palos para los ajenos.

Tal es la lección que se desprende de esta improvisada e incompleta colección de desatinos. El partido federal que durante diez y ocho años empleó todos los recursos del país en salvarlo, persiguiendo al partido unitario para desenvolverse sólo, fuerte, lozano y frondoso, no ha dejado nada, nada más que lágrimas y sangre, y cuando al cabo de los años un estado análogo se ha reproducido en el país, hemos vuelto a cosechar desastres. ¿Y qué decir de esas desventuradas hermanas de la zona ecuatorial que se desenvuelven en la más deplorable esterilidad porque los partidos viven aventándose mutuamente?

Dios ha querido, sin duda, que vivamos todos cuando ha organizado la razón de cada uno de tal modo que sea estéril y desastrosa sin el concurso de la razón contraria, que todo fruto provenga de un maridaje, así entre hombres y mujeres, como entre blancos y negros, güelfos y gibelinos, whigs y torys, que la esterilidad sea la pena del aislamiento y que toda conjunción de contrarios correlativos sea fructífera, aunque se verifique a arañazos y mordiscos, como el matrimonio de los gatos o el consorcio de los partidos contrarios, que se verifican sobre ese modelo clásico de la fecundidad.

Injurias, amenazas, calumnias y palos, no son, al fin, más que los relámpagos, truenos y rayos que acompañan como concomitantes forzosos a la benéfica lluvia que hace crecer las mieses, siempre que no pasen a ciclón arrasador de las vidas y haciendas, como ha sido hasta aquí la moda en Sud América y en Europa en los siglos pasados. Fastidioso y atroz todo esto, a más no poder, pero ¿qué hacerle si proviene de la constitución orgánica? Porque los políticos militantes somos, mal que nos pese, de la condición de los gatos, así en la manera de tramitar las pasiones, como en

la circunstancia de ser útiles por naturaleza y dañinos por accidente.

Ahora ¿quién tiene la culpa de aquello, el partido A o el partido B? ¿El gato o la gata? *Ai posteri l'ardua sentenza.*

Nosotros no la necesitamos, pues lo práctico, lo esencial, lo verdaderamente útil está en otra parte, que no la sentencia, porque la casa no tiene peleas de gatos sobre el tejado, tiene forzosamente *de par la nature*, en los cimientos, y los subsuelos madrigueras de mineros; así en ella, como en la casa política, tan desagradables como sean los gritos, tarascones y arañazos de las épocas de celo patriótico, son, sin embargo, y con tal que no pasen a mayores, el único medio regular de atajarles el pasmo a los ratones de *ambos sexos* y sistemas, diremos así; y antes será posible suprimir por ley los dolores del parto que no los truenos y relámpagos de una lucha electoral, y suprimir la lucha es condenarse políticamente a la esterilidad legítima del celibato, con todas sus bastardías, es suprimir la competencia que es la condición del progreso para los individuos, los partidos y las sociedades.

La oposición obra en efecto como estimulante y sus ideas, hombres, principios e iniciativas que sucumben, han hecho surgir en el partido dominante las mejores ideas, hombres, principios e iniciativas de entre las execrables, malas, regulares, buenas y excelentes que en otro caso hubiera podido dar indistintamente, o con más seguridad las malas que las buenas, porque son las que cuestan menor trabajo.

El individuo, el partido o la nación, no se visten, no se limpian, no desarrollan su energía, no se educan, no trabajan, no se arman sino por los extraños y para los extraños. Entre casa, el individuo anda en cueros o en mugre, según el clima; el partido aislado sin competidores y sin luchas, como el elegante de la ciudad que usa en el campo la ropa vieja y sucia y que no se lava ni se peina, por la economía de las fuerzas, vulgo pereza, falta de necesidad, se recluta entre lo más nulo porque el máxi-

mum de docilidad sólo puede encontrarse en el mínimo de valer. La nación sin competidores en la industria, el comercio y la cultura, es nación sin industria, sin comercio, sin cultura del propio modo que carece de escuadra la que no tiene enemigos marítimos, ni ejército territorial la que carece de adversarios territoriales, y puede decirse que las luchas de la antigüedad hicieron su grandeza y el triunfo completo su caída.

Este es el hecho fundamental; lo demás es mero accesorio. El que no tiene de quién cuidarse se descuida al galope. El cómo se eche a perder es lo secundario.

Por el momento lo que nos interesa es constatar que lo fundamental en el asunto ha sido popularmente registrado en el viejo refrán: *del enemigo el consejo*.

¿Por qué así? ¿Por qué el enemigo es mejor?

De ningún modo; simplemente porque está colocado en el punto de vista opuesto, desde el cual se ve, aunque no se quiera ver, aquello que desde el otro lado no se ve aunque se quiera ver.

Y además por una razón psicológica: porque somos cien veces más competentes para conocer los defectos ajenos que los propios, sea, expresado objetivamente, la paja y la viga, y porque, otra te pego, somos infinitamente más adecuados para el mal que para el bien, de aquí que las críticas del enemigo sean tan acertadas y eficaces; de que las hace para dañar. Pero no es así como quiera, sino en beneficio propio. Si señala el defecto, es al objeto de exhibir su superioridad, es para suprimir y levantarse.

Y la prueba más auténtica de que los hombres no se interesan en su perfección, sino en su encumbramiento, está precisamente en que se enojan contra el que los deprime aunque los perfeccione, y simpatizan con el que los ensalza aunque por allí mismo los pierda al fomentarles la infatuación, el orgullo y la madre de la zoncera, vulgo vanidad. A bien que los espíritus hueros son muy racionales en este punto, pues lo mismo que los globos, si nadie los sopla, no andan.

La adulación y la crítica son entonces la piedra de toque para descubrir a los chiflados.

Y lo gracioso es que andamos buscando siempre la intención del consejo o de la crítica para juzgar por ahí su utilidad, que es decir cabalmente por donde no está; y dado lo que acabamos de constatar, esas cosas nos parecen buenas o malas, bien o mal intencionadas, según que nos encumbren o que no nos encumbren.

Si para dar buenos consejos bastase la buena intención no habría necesidad de tolerar a los enemigos, ni régimen más sabio que la unanimidad constitucional, como la establece el decreto del gobernador de Salta que queda transcripto en el párrafo XI o la unanimidad federal de los restantes documentos.

En tesis general, como cada uno busca su propio bien y no el del prójimo, puede decirse que nos damos inconscientemente el mal consejo como lisonja y el bueno como sablazo; el veneno, almibarado, y el remedio, envenenado; que seguimos el consejo malo, porque nos lo dieron para bien, y rechazamos el bueno porque nos lo dieron para mal. También es verdad que si a éste lo siguiésemos, no nos lo darían.

Así se explica la aparente anomalía de los diarios de oposición que viven pidiendo cosas que, de dárselas, les arruinarían el periódico y el partido, y la de los oficiales que se arruinan por la necesidad de alabar todos los actos del gobierno, a causa precisamente de que el ataque de los enemigos ha hecho indispensable la defensa de los amigos, para neutralizar dentro de la soberanía popular al pueblo que critica y condena con el pueblo que aplaude y absuelve. Cada uno de ellos dice lo que debe hacer el otro, pero lo dice para que no lo haga, o porque sabe que no lo ha de hacer, o en fin, porque lo dice para sí, pues es claro que si el diario de oposición alabase al gobierno, el otro se quedaría sin oficio y viceversa, a menos de cambiar de roles.

Ahora, de éstos, el uno a todo le llama blanco y el otro a todo le llama negro, porque así lo ven desde el opuesto punto de vista de donde lo miran.

Y aquí viene a pelo la incomparable pamplina que tantas iras ha encendido y tantos desastres ha causado en Sud América: la *oposición sistemática*, que demuestra acabadamente la estúpida perversidad de los adversarios que todo lo encuentran malo, hasta lo bueno y lo mejor. Que critiquen lo malo y hasta lo regular, pase, pero que satiricen lo bueno, desacrediten lo mejor, presenten como malo lo excelente y le presten las alas de la publicidad, eso es atroz, horrible, eso subleva hasta la última fibra del patriotismo oficial y vienen ganas inaguantables de molerlos a palos y aventarlos al extranjero, como ha sido la costumbre cuando los gobiernos han sido bárbaros y continúa donde todavía lo son.

Aun se oyen por aquí amargas lamentaciones de este jaez: —¿Y cómo quiere usted que le hagan oposición?— Racionalmente, criticándome lo malo y aplaudiéndome lo bueno. —¿Y qué es lo que Ud. llama bueno?— Esto, aquello y lo demás. —Pues eso precisamente es lo que les parece peor. —Usted olvida la relatividad de todas las clasificaciones humanas; lo bueno y lo malo no tienen existencia absoluta; lo que no es bueno ni malo para alguien, no es ni bueno ni malo; lo que es bueno para unos y malo para otros, es bueno y es malo, todo a la vez, y su pretensión de que le encuentren bueno lo que le encuentran malo, como la pretensión de ellos de que Ud. les encuentre bueno lo que Ud. les encuentra malo, es un mismo macanazo, pero colosal, llevar al terreno de los hechos su indignación y la de ellos, sobre ese particular, sería una misma y estúpida necesidad, según lo tiene sobradamente acreditado la historia de ese continente.

Oposición o gobierno intermitente y la carabina de Ambrosio, que unas veces no da fuego y otras tampoco, son la misma cosa. Los partidos también tienen que ser o no ser demolidores o con-

servadores por sistema. Quejarse los gobernistas de que la oposición critique lo bueno y los opositores quejarse también de que los gobernistas aplaudan lo malo, pero, ¡santo Dios!, ¿habría partido de gobierno si la oposición sólo criticara lo malo, habría partido de oposición si los gobernistas sólo aplaudieron lo bueno? Y claro está que tomamos aquí ambos términos ambiguos respectivamente en la acepción de la parte quejosa. Es absurdo, pues, enojarse y pretender suprimir lo que es como es, por la naturaleza de las cosas. Lo esencial es que los partidos políticos son como las palmeras de la referencia, que no dan fruto si no se cultivan contemporáneamente las dos especies correlativas; la planta hembra y la planta macho, el patriotismo positivo y el negativo, el que edifica y el que destruye. De igual modo el organismo humano, que tiene funciones y órganos de asimilación y funciones y órganos de eliminación, en ejercicio simultáneo; y así como sin estas últimas el organismo individual se tornaría en montón de inmundicias, así los organismos sociales que vegetan sin luchas y desgastes concomitantes en Asia y Africa se ven carcomidos por todos los vicios y estacionados por la pereza y la apatía, que retienen lo que debe ser eliminado o renovado en el punto y momento en que envejece. Así también, las sociedades sudamericanas, que usan un sistema mixto de estacionamiento y eliminación excesivos y alternados que se pudren en masa en el orden sin contrapeso y sin estimulante, y se amputan al corte en la anarquía furiosa y desenfrenada, ocupan un lugar intermedio entre el Asia y la América del Norte, entre el quietismo y la movilidad orgánica febriciente.

En la raza amarilla los hombres nacen viejos por la apatía y la conformidad hereditarias; en Norte América nacen casi conformes con la situación política y enteramente descontentos de la situación personal; en la América latina nacen, al revés, más descontentos de la situación política que de la personal, y al mismo tiempo con una apatía *sui generis* que se traduce en el deseo de hacer las cosas *una sola vez para siempre* (Págs. 211 a 218).

## *El monopolio de la razón en política*

Y así como al terminar la lectura del infierno de Dante queda en el espíritu un sentimiento repulsivo contra la perversidad humana, así también, al salir del fárrago de manifiestos, discursos y proclamas que constituyen la documentación de nuestra historia interna, queda en el alma un sedimento de horror contra la razón, esta eterna enemiga de la paz, de la tranquilidad y de la cordura, madre de todos los pleitos, origen de todas las disidencias y tea de discordia que enciende la guerra doméstica en el hogar, la guerra intestina en las sociedades y la guerra nacional entre los países amigos antes de que naciera la razón que los distanció.

Porque es necesario tener cordura y juicio para tolerarse, para aguantarse, y es necesario tener razón para odiarse, para perseguirse, para matarse. Desgraciados los individuos que tengan razón y la usen, porque tendrán disgustos; desgraciado el militar que tenga razón, porque se insubordinará o se sublevará fatalmente; desgraciados los partidos que tengan razón, porque harán revolución si están abajo, y persecución si están arriba; desgraciadas las naciones que tengan razón, porque tendrán guerras nacionales!

Al lado de los más rudos caudillos se encuentran siempre el secretario leguleyo, adobador de manifiestos, y la camarilla sabia que amontona y siembra argumentos, para hacer brotar la razón de un escándalo. Todos nuestros políticos se guían por la religión del deber: haz lo que debas, proteste quien proteste, tal es su máxima. Sólo se cuidan de tener razón en su conciencia y las consecuencias les importan un pito; así, después de todos los desastres exteriores a ellos les queda siempre tranquilo el fuero interno. Si alguien duda siquiera, lo aplastan con un manifiesto de 14.000 razones, para demostrar que hicieron bien hecho lo que salió mal, a fin de que sepan los presentes y futuros que

sus desgracias han sido perpetradas en buena ley, que es decir con toda razón.

A nosotros, verbigracia, nos ha curado de razones uno de los gobernantes pleitistas, prototipo de la especie, que en dos años derrochó en pamplinas 800 mil pesos que eran para escuelas y obras de salubridad, que ayudó eficazmente a tumbar dos bancos y quebrar un estado, y que editó innumerables manifiestos, amén de costearse un diario para vomitar argumentos contra sus adversarios, pues a proporción que son grandes los zambardos así tienen que ser de largos los manifiestos justificativos y de abultadas las razones que los apadrinen.

Demos de barato que tengan razón. ¿Qué se adelanta con ello? Demos de barato que tengan la conciencia tranquila. ¿Qué ganan con eso los pueblos? Ni la razón hace por sí sola la dicha de nadie ni los gobernados duermen con la conciencia del gobernante. Es la paz, es la cordura, es la tolerancia, —cosas todas que la razón beligerante excluye—, lo que hace la felicidad del hogar, la tranquilidad de los partidos y la prosperidad de las naciones. “Todos los lugares de la tierra son hospitalarios para el hombre prudente” (Shakespeare).

Nada se adelanta con que los hombres tengan razón para hacerse mal; lo esencial es que no se lo hagan, ni con ni sin razón. Un país arruinado con toda la razón del mundo, no está por eso menos perjudicado.

“Los espíritus débiles, dice Macaulay, tienen siempre a la mano una serie de sofismas para calmar los escrúpulos que sienten y a cuya fuerza no quieren ceder”

“Algunos emplean toda su *razón* en evitar el mal que temen y destruyen así el bien presente de que podrían gozar” Casanova.

“La *razón* nos socorre en las grandes desventuras, pero es impotente contra los pequeños disgustos que destruyen al menudeo nuestra felicidad y nuestra salud”

“Tal es la flaqueza del entendimiento humano que las buenas causas se ganan casi siempre con *malas razones*” E. Renán.

“Como hay tantos entendimientos al revés, no conviene desperdiciar ninguna *razón*; tal vez la peor convenza”

“No hay error viejo, por lamentable que sea, que no estemos dispuestos a invocarlo como razón nueva” Macaulay.

“No debemos hacer lo que quiere el enemigo, por la sola razón de que él lo desea” Napoleón I.

“Sólo puede dar la *razón* el que la tiene”

En consecuencia, sólo puede ser razonable el que dé la razón; el que la pelee, será el que quiere adquirirla; por ende hombre irrazonable, o, digamos, hombre calamidad. Y es claro que cuando dos personas opuestas tienen razón a la vez, si ninguno la cede, es imposible que se entiendan.

Muy a menudo tener razón es tener una esperanza defraudada, una ambición contrariada, un vicio obstruido, una herida en el orgullo o una ofensa en la vanidad, y como la mayor parte de las razones no valen la pena de ser peleadas, y son a la vez tan difíciles y escasos la cordura y el buen sentido indispensables para guardar las *malas* razones en saco roto, la inmensa mayoría las pelea a todas, a las buenas y a las malas resultando en el hecho que las tres cuartas partes de las locuras se han consumado a causa de tener razón, y que, por ende, la razón es la madre legítima de la locura.

Esos hombres, en efecto, que tienen razones para todo, que creen que una razón puede justificar un abuso, neutralizar un desastre o consolar una desgracia, tienen la omnipotencia del mal, puesto que tienen la omnipotencia de la excusa. Ellos pueden hacer todo el daño que les convenga, sin el menor reparo, puesto que tienen la razón para jabonarse la conciencia, y la conciencia para fabricarse la razón.

De aquí, sin duda, que los que ejercen la industria de la razón, vulgo agobados, sean a menudo políticos más deplorables que los generales de caballería, pues si es malo sentarse sobre las bayonetas, aun es peor sentarse sobre los argumentos abs-

tractos, sobre el vacío, pues como en el foro hay libros, autores y razones para defender y para atacar a las dos partes siempre, cuando la práctica y el estudio nos habilitan para demostrar que todo es bueno o que todo es malo, indistintamente y según el lado que nos toque, ya somos incapaces para conocer lo bueno y lo malo. El que tiene razón siempre, lo mismo cuando acierta que cuando yerra, el que *tiene uso de razón* para cuando *no tiene razón*, está justo en situación análoga a la del que no tiene *uso de razón*, ni aun cuando tiene razón. Véase, pues, como el análisis comprueba lo que ya tiene tan demostrado la práctica, a saber: que ciertos abogados y procuradores son seres irracionales por excesivo uso de la razón.

La raza latina tiene la deplorable especialidad de estos políticos pleitistas, razonadores en el vacío del fuero interno, fabricantes empedernidos de manifiestos, programas y teorías, estadistas verbales que se desenvuelven en la pura fantasía, aislados de la realidad de las cosas por una impenetrable atmósfera de causas y efectos de conciencia y cuyo más alto representante fue el abogado Robespierre que instauró en 1793 el *culto de la Razón*, entre los escalofríos del Terror.

Porque la razón es un motivo interno que puede acomodarse a la oportunidad exterior o ser totalmente independiente de ella. El observador esclavo de los hechos, que prescinde de su razón para buscar *la razón de ellos*, puede, a veces, encontrarla. El razonador que constituye a su propia razón interna en señora del mundo exterior, tiene forzosamente que considerar a los hechos como esclavos sumisos de la divinidad superior que reside en su persona y tratarlos como a tales, castigando sus extravíos, los de los hechos, como *atentados a la razón*, con el rigor absolutista del jacobino, del comunista, del socialista, del anarquista.

Se ha exaltado en nombre de la razón las excelencias de la razón: se ha vituperado en nombre de la razón las sinrazones de la religión y nos hemos olvidado, nosotros a lo menos, nosotros que tanto lo necesitamos como pueblo joven y racionalista, nos

hemos olvidado de sacarle los cueros al sol a la razón, que tan sucios los tiene por estos barrios de Sud América.

“Se empieza a cometer locuras cuando se llega a la edad de la razón” D’Houdetot.

“A veces se es injusto por el modo que se tiene razón” Y hasta cruel, hasta malvado, hasta criminal. Hay maneras bárbaras de tener razón, como hay maneras cultas. Hay maneras jacobinas, como hay maneras comunistas y anarquistas.

Cuando se tiene razón a palos se desautoriza la razón propia, sin perderla, y se crea la razón del adversario. Y desde que las segundas injurias sean tan dolorosas y tan irritantes como las primeras, es inútil averiguar quién pegó primero: cuando se han pegado los dos, ya tienen razón los dos. Y hombres sueltos o partidos orgánicos, en siendo torpes ambos, usarán respectivamente su razón con tanta torpeza y demasía que la tramitación de la razón propia hará nacer fatalmente la razón ajena, por aquello que los jurisconsultos romanos caracterizaron tan exactamente en el viejo aforismo: *summum jus, summa injuria*.

Esta máxima es la condenación del radicalismo racional, pues el remedio completo, que *es lo mejor* en el espíritu, lleva aparejado en la realidad exterior un enemigo invencible que toma su razón de ser del hecho mismo que satisfizo a la razón primitiva. Es decir, por ejemplo, que los federales sacaron la suya del asesinato de Dorrego, e hicieron la de sus adversarios con las persecuciones y matanzas posteriores.

De los mismos medios empleados por el uno para satisfacer su razón, nace la razón del otro, y es lo que se ve al menudeo todos los días. Los carreros, verbigracia, en los incidentes callejeros cotidianos, reclaman su razón con medios tan injuriosos que sublevan sobre la marcha todo el arsenal de brutalidades del otro carrero, y a las segundas de cambio el litigio queda trabado en términos tan estrechos y tan extraños a su origen, que los facones suelen relumbrar en seguida para defender a

las inocentes y respectivas madres, a propósito de dos ruedas que chocaron por un error de cálculo.

“He observado, dice el general Vincennes, que en los incidentes que tienen lugar entre los carreros y las mulas, casi siempre tienen razón las mulas” Por suerte, las mulas no tienen *uso* de razón, y en consecuencia, aunque tengan razón aguantan con más o menos paciencia, los *medios* de que se valen los carreros para tener razón contra ellas, *quand même*. Pero ¡cuántos políticos, ¡santo Dios!, han tenido razón al estilo de los carreros, y cuán feliz hubiera sido este continente, y cuántas barbaridades ahorradas, si ellos también hubiesen tenido razón sin razones, la razón sin uso, la razón sin beligerancia, la razón de las mulas!

Y así como hay cerveza sencilla y cerveza doble, siendo la razón un artículo de primera necesidad y más importante aún que la cerveza, debía también dividírsele subjetivamente en dos clases: razón sencilla y razón doble, respondiendo a la distinción objetiva del pro y del contra, a la ley física de la acción y reacción, y a la realidad de las cosas, puesto que el viaje de la vida lo hacen los unos con razón de ida solamente, los otros con razón de ida y vuelta, y los demás, que en este caso son los menos, con razón de vuelta solamente.

Con arreglo a la teoría de Rohmer tendremos que, políticamente la juventud y la ignorancia que ven en las cosas un lado solo, el pro o el contra, tienen el uso de la razón de ida nada más, y constituyen la demolición extrema: comunistas, socialistas, anarquistas, radicales; los que se encuentran en el segundo tercio de la vida, y logran ver simultáneamente el pro y el contra tienen razón de ida y vuelta, son demoledores y conservadores a la vez, o sea liberales; los que se encuentran en el último tercio y que no ven más que el pro y el contra, pero en sentido inverso a los primeros, tiene razón solo de vuelta, y se llaman conservadores, absolutistas, etc., etc.

Por supuesto, los partidos excluyentes, que es decir, casi todos los de América del Sud, tienen razón sencilla solamente.

Nuestros mazorqueros, verbigracia, sólo tenían la razón de ida. Absorbidos en el pro, salvaron al país ahogando en sangre la reacción, o más bien absorbidos en el contra, puesto que representaron la reacción de ida sola contra el unitarismo de ida sola también, de Rivadavia y Agüero. Pero como el pro y el contra se engendran recíprocamente, la razón sencilla ejercida en cualquiera de ambos sentidos provoca en igual o mayor proporción la razón sencilla por el otro sentido y valga el precitado ejemplo de los carreros, y por si no alcanza vaya también el caso de los periodistas de pelea en provincia, que se instalan uno en el pro y el otro en el contra, y se apalean patrióticamente con razón sencilla.

Ciertamente, alguna diferencia hay entre la razón que usan un acopiador y un filántropo, una hermana de caridad y un estafador. Las dos razones son sencillas, puesto que van en una sola dirección, siempre y cualesquiera sean los contratiempos que les sobrevengan; pero, ¡en cuántas opuestas direcciones la una a la otra!

Un individuo, de los de razón sencilla, produce un acto que causa daño a otro, en el cual se despierta incontinenti la razón del contra; pero éste puede, además, inquirir si el primero tuvo razón, necesidad o motivo para hacer lo que hizo, encontrar que la tuvo, y neutralizar en su espíritu la razón defensiva con la razón ofensiva; o bien, si es también de los primeros, recibida la razón en la lesión, diremos así, la usará contra el ofensor, porque el uso de la razón sencilla, implica el procedimiento caballar: recibido el pinchazo se suelta la patada.

Por eso dice el proverbio árabe: “Si un perro te ladra, ¿tú también te pondrás a ladrar?”

Bien es cierto que cuando dos hombres se ladran, los dos tienen razón, puesto que cada uno ladra a los defectos del otro, únicos defectos que toma en cuenta. Sin duda, tomando en cuenta a la vez los defectos propios no se ladrarían, pero para esto necesitan el uso de razón por partida doble. Y aún pueden

ladrar a defectos supuestos, porque la razón, como la honradez, como la castidad, etc., etc., puede *usarla* el que no la tiene. (Páginas 222 a 230).

### *Los políticos improvisados*

Sin duda, la libertad política es tan necesaria al hombre como el aire a los pájaros, pero el hombre y la sociedad política sin pasado, sin hábitos adquiridos y conservados, sin experiencia acumulada, son *pájaros-niños* en la atmósfera de la libertad. Ya no necesitan la libertad, sino el timón, el gobierno práctico.

Macaulay ha podido decir que la libertad política es la mejor salvaguardia de los gobiernos, en un país donde las leyes se observan o se aprueban aún en el idioma normando antiguo que fue idioma oficial ochocientos años atrás: “Le Roy et la Roye s’aviseront; le Roy et la Roye le veulent”, y cuya última revolución, la de 1688, reinstaló el gobierno revolucionario, con todo el ceremonial anticuado de la edad media. Pero pretender que la libertad pueda de sí misma encarrilarnos a nosotros, innovadores, depuradores, reformadores, regeneradores, restauradores y demolidores de raza y profesión, a nosotros que perdimos la cola consuetudinaria en la juventud, como los guzarapos, y entramos a marchar a saltos por la vía del progreso, como el sapo adulto, es aventurarse demasiado; el mar no puede por sí solo traer a puerto el barco sin timón, ni el aire puede suplir las deficiencias gubernativas del pájaro sin timón.

No son las teorías, las formas, las doctrinas, las constituciones, no son los principios lo primero, como lo pensamos los sud y centroamericanos, no; lo primero es lo de atrás, la retaguardia, el arte heredado en el instinto, la aptitud rutinaria impuesta por la educación, la conducta del niño encarrilada por el hábito forzoso en la razón y la experiencia de sus mayores, como el arroyo en el cauce. Se heredan o se adquieren en la juventud

los vicios, como las virtudes, la lepra y la sífilis, como el despotismo y la anarquía, como el orden y la libertad. La disciplina del maestro hace la rectitud posterior del adulto y el pueblo que sin haber aprendido a gobernarse en la comuna se estrena en la dirección del conjunto, y espera lograr todas las perfecciones parciales imponiéndolas por ley desde arriba, o por la sola virtud de los principios, es como el particular que sin estudios preliminares pretendiera graduarse de sabio por la sola fuerza del título, o por la supuesta virtud intrínseca y objetiva de las ciencias mismas. En el organismo individual, como en el organismo social, es el pasado quien gobierna al presente, y desde que la cabeza no pueda ir mucho más adelante que los pies, todo aquello en que el programa manuscrito aventaje en teoría a lo realmente posible, es plata perdida, cuando no es también contraproducente, para peor, como suele decirse.

La libertad puede curar las heridas que ella misma ocasione en el espíritu práctico, conservador y perseverante de un anglosajón, a la manera en que los porrazos educan al jinete; pero la libertad no puede enseñarles nada o bien poca cosa, a los iluminados de las teorías, que tienen fe ciega en la eficacia exterior de los principios y de las formas sobre el medio ambiente, que en cada golpe cambian de pingo, o no vuelven a montar, o montan en coche. ¿Qué puede aprender, en efecto, el maturrango que entiende que el caballo lo ha derribado porque era malo, el caballo, no él; que toda la monta está en la elección de cabalgaduras; que adjudica a las teorías toda la responsabilidad de sus torpezas, de su ignorancia, de su ineptitud; que a cada porrazo cambia de constitución o de sistema de gobierno; que se niega a ensillar de nuevo a un estadista usado, cabalmente porque le ha conocido sus tretas, y anda siempre en procura de gobernantes orejanos o redomones, precisamente porque todavía no se las conoce? ¿Qué práctica, qué experiencia política, qué aprendizaje de la libertad puede resultar de semejante sistema?

Pues esto es *el reino de la razón* dentro de la democracia pura de *South America*, en que muchos pensadores han creído ver el porvenir de la humanidad, emancipada del pasado.

“El imperio de Chile” y “la república del Brasil” continuaron viviendo, sobre las *huellas* del despotismo el primero y sobre sus *formas* el segundo, a lo que debieron probablemente buena parte de la estabilidad subsiguiente. A nosotros nos restauró don Juan Manuel el orden, o sea las primeras letras, esas que en su tiempo entraban con sangre, y más o menos en todas partes, después de las saturnales revolucionarias, a semejanza de la revolución francesa, algún Napoleón gaucho ha liquidado el desorden a su manera. Algo hemos aprovechado nosotros, por suerte, en esa terrible lección de 20 años; y bien que muchos creen todavía que es el mar sin orillas donde se aprende a nadar, es satisfactorio constatar que nuestros gobiernos posteriores han desbarrado siempre en sentidos diferentes a los antiguos y consabidos.

“No conviene mostrar a un loco un trabajo a medio hacer, dice Gumpowicz, porque el loco se apresurará a completar la mitad que falta, y la hará mal” Es cabalmente lo que ha sucedido con la media libertad política existente en Sud América: nos hemos apresurado a enterarla prematuramente, completando con las teorías la mitad que faltaba en los hechos, perfeccionando con constituciones manuscritas los organismos imperfectos, como si la simple tenencia de una biblioteca bastase para curar la ignorancia, como si un albañil pudiera fabricar relojes en un taller de relojero: hemos enterado con la razón pura lo que nos faltaba de ciencia y experiencia práctica, y nuestras viviendas políticas han llegado a ser chozas de barro techadas con cristal de Bohemia y habitadas por gauchos de levita, colonias españolas con constituciones a la inglesa.

Ese es el quid de todas las restauraciones y regeneraciones de la América del Sud; los libertadores de pueblos, los salvadores del país, los protectores de la libertad, no se proponen más que eso: completar lo que han visto trunco.

Harta razón tiene Gumplowicz, porque si los locos ven la obra del progreso a medio hacer, cubrirán de palacios las ciudades, canalizarán los desiertos y los cruzarán con vías férreas; fundarán bancos garantidos, atraerán los capitales por millares de millones, forzarán la inmigración a toda máquina para poblar los desiertos a toda prisa y mandarán rematar en el extranjero hasta un lote de continente, siendo entendido que todos los prodigios en tramitación simultánea se terminarán, cueste lo que cueste, antes del 12 de octubre de 1892. En esta fecha pretendían entregar rematado el progreso material de la República Argentina, los locos que lo recibieron a medio hacer en 1886 y que se entregaron en cuerpo y alma a *depurar* su propio partido y a *regenerar* el país, a empujones. He aquí, por último, una contraprueba de que, hacer o proyectar siempre lo mejor, es señal evidente de locura, o dos pruebas, si se quiere, ya que a renglón seguido, cuando vino la reacción a medias, los radicales pretendieron enterarla, corrigiendo en un santiamén los defectos políticos y administrativos del país y de su gente, perfeccionando las instituciones, —o nos propusimos, mejor dicho, ya que esa fue aspiración general, no por más compartida menos descalabrada.

Fue en esas circunstancias que nos tocó hacer de “miembros dirigentes” de uno de los tantos partidos que habían surgido al calor de los macanazos de lo que llamábamos “régimen oprobioso”, incurriendo con la sola denominación en macanazo y medio, para principiar. Poco a poco, a medida que raleaban las barbaridades del viejo cuño y menudeaban las de cuño nuevo, empezó a flaquear el absolutismo de nuestras opiniones, la duda sobrevino por fin y hubimos de preguntarnos si no era necesario aprender alguna cosa para ser político y político dirigente por añadidura, o más propiamente por casualidad, esto es, para serlo a la de Dios que es grande. De la mejor intención habíamos visto salir monstruosidades y desatinos estupendos del patriotismo más rabioso. Por el camino del cielo, que lo era

la *política sabia, patriota y progresista* habíamos visto llegar al infierno a mucha gente, y suponiendo que nuestros colegas de dirección estuvieran más o menos en nuestras condiciones, la suerte de los dirigidos estaría regida por el siguiente dístico que escrito en letras gordas sobre el vestíbulo del colegio, habíamos leído y no entendido tantas veces:

Si un ciego lleva a otro ciego,  
en el abismo dan luego.

Nos dedicamos, pues, a registrar catálogos de librería en busca de algún tratado sobre el arte de dirigir partidos, hostigados por la responsabilidad de los desaciertos pasados y por el temor de los desaciertos venideros. Por supuesto, el prefacio de Taine a su grande obra sobre los orígenes de la Francia contemporánea, que queda en parte transcrito, fue para nosotros lo que es para un enfermo afligido el diagnóstico del médico que lo libra de aprehensiones para el futuro, lo aparta del género de vida en que contrajo el mal y lo obliga a someterse a un tratamiento especial, a un régimen nuevo. De este tratamiento, seguido con un lápiz y un cuaderno copiador a la mano, ha resultado este inventario de macanazos propios y ajenos porque en la inmensidad del campo es tarea muy pesada y costosa el cerrar los caminos; más fácil y más práctico es cercar provisoriamente los pantanos y los tembladeras, para librarse de empanamientos y tragaduras. Que otros busquen el camino del cielo; a nosotros nos basta colocar una cuantas boyas pintadas en el camino del infierno para evitarlo, nada más, ya que no sea posible ponerles cascabel a todos los locos bien intencionados, que son cabalmente los más peligrosos. (Págs. 246 a 251).

### *Fanatismo de la razón natural*

En resumen, la forma propia de la razón pura es la creencia perfecta, ciega y sorda; la forma propia de la razón experimen-

tada, o golpeada como suele decirse, es la duda, por lo menos, la creencia revocable, moderada y respetuosa. El criterio de la creencia es la disposición a obrar; el criterio de la duda es la investigación, el estudio. El que cree que *sabe*, no necesita investigar.

El que en algún respecto tiene una *creencia* no tiene en ese respecto *uso de razón* sino *uso de creencia*, y es bueno insistir sobre esto y no dejarlo de mano. Sin duda ha empleado su razón en formar su creencia, a la manera en que una deuda *flotante* se convierte en deuda *consolidada*; pero, así como el fruto no es el árbol, la creencia no es la razón, sino el producto de la *razón*. El que ha gastado su *plata* en edificar un *palacio* no tiene ya *esa plata*, que para él se ha convertido en ladrillos, mármoles, etc., etc.; lo que tiene es el palacio.

Es inútil, pues, darle razón a un fanático, porque el fanático no razona: fanatiza. Una cosa ya admitida como artículo de fe, como cosa cierta e incuestionable, inhabilita a la razón para conocer en todo lo relativo a ese ramo. Un mohometano político está inhabilitado, pues, para juzgar dogmas, principios, doctrinas, teorías, etc., porque en ese punto su razón está pronunciada de antemano e irrevocablemente por los dogmas y principios, etc., contrarios. Su manera de raciocinar, si así puede llamársela, en este punto, se reduce a nada más que averiguar si las verdades nuevas se avienen o no con las *dueñas de casa*, con su razón política consolidada en una serie de macanazos profundamente arraigados en el espíritu. Lo propio de la creencia perfecta es el absolutismo en la idea, el radicalismo o el incondicionalismo en la acción. La verdad absoluta no transige ni admite condiciones, y entonces cuanto más verdadera, cuanto más perfecta, cuanto más santa parezca una causa, una doctrina, un principio, tanto más grande serán las barbaridades que se hagan por ella, para ella y contra lo que la contraríe. “Rara es la miseria humana, dice Laixner, por la cual no se haya dado gracias a la Divina Providencia”

Y como ahora se ha dado en la gracia de explicar las barbaridades declarando locos a sus progenitores, sin duda para que de allí mismo resulte que los que tenemos uso de razón no somos animales peligrosos, antes que la historia se convierta en manicomio de celebridades, donde no sea posible estudiar ni aprender otra cosa que la patología del espíritu, hemos aprovechado nuestras vacaciones en hacer una ligera excursión al través de las barbaridades viejas y de las nuevas, y hemos llegado a la conclusión de que las locuras de los cuerdos, como la patada del buey manso, son las más feroces.

Y en efecto, en *South America*, el que huye de los locos de profesión y se entrega en cuerpo y alma a los patriotas restauradores regeneradores, protectores, libertadores, en una palabra, a los empresarios de lo mejor ante la razón pura, es como el que va al Chaco armado de un rifle para defenderse de los tigres: no logra ver ninguno, y entretanto se lo comen vivo las fieras al menudeo: los insignificantes, los despreciados y no temidos mosquitos, tábanos, gegenes y polvorines. (Págs. 252 y 253).

## MANUAL DE PATOLOGIA POLITICA \*

*Por la ventanilla \*\**

Es siempre necesario, para dirigirse, tener una hipótesis sobre lo que es bueno o malo, posible o imposible, en orden a los intereses del país, y los que no tienen apego a su ignorancia sienten, además, la necesidad de refrescar continuamente, con los nuevos datos, aquella regla provisoria, según el consejo de Lefebvre: “Obrar para saber, saber para obrar” A ese fin, y porque es bueno escribir lo que se piensa para obligarse a pensarlo con más precisión, fueron seleccionados e hilvanados estos trozos selectos de todas partes, para uso privado, para saber “por dónde van tablas”, y no para informar a otros de lo que probablemente les importa un bledo. Sólo para ver modo de reeducarme, pues voy entendiendo que la regeneración de los otros es una invasión al fuego ajeno, por depravación inconsciente del espíritu en un medio ambiente chiflado, teniendo cada uno la obligación de enderezarse y el derecho de recoger para ese efecto los traspies propios y los ajenos que le atañen, y no teniendo el prójimo el derecho de enmendar al prójimo. Esto no es más que un abuso

---

\* Véase “Síntesis cronológica”, años 1899 y 1915. Texto de la edición de *La Cultura Argentina*, año 1916, con una introducción biográfica de Evar Méndez. Talleres Gráficos L. J. Rosso y Cía., Buenos Aires.

\*\* Este corto artículo abre el libro a manera de prólogo.

bien intencionado y contraproducente, porque nadie puede enmendarse por mano de otro.

Por supuesto, ni siquiera estaba esto destinado a la publicidad. De eso es culpable en primer grado el amable director de la *Tribuna*, que tiene a su favor la circunstancia atenuante de la necesidad de llenar espacio con cualquier cosa.

Conste eso en primer lugar.

En segundo lugar, el mundo tiene ya una segunda edición de los evangelios en los consejos y en los ejemplos de los grandes hombres, y todo el que no esté acometido por lo que Groussac llama “el furor de chapucería”, que es el afán ridículo de las gentes chicas por hacer obras grandes, puede emplear útilmente su tiempo imitando a la abeja, que prepara su panal y cosecha la miel donde la encuentra. Después, lo más interesante y digno de ser estudiado en este país, no es el Río de la Plata, ni la Pampa, ni las montañas, ni la flora, ni la fauna, ni el suelo, ni la constitución del año 13, sino el ciudadano argentino, el tipo de hombre que han producido en el suelo argentino los “ideales argentinos” “Cada uno tiene en los demás una ventanilla para mirarse” En diferentes dosis nuestros defectos existen en otros pueblos y pueden así ser estudiados en cabeza ajena, y hay también la madera para el marco y las sombras para el fondo. (Página 31).

### *Megalomanía*

La inclinación a trazarse programas grandes es una forma incipiente del delirio de las grandezas: poco hombre para mucho programa; más vale el extremo opuesto: mucho hombre para poca cosa. No es necesario agrandar el propósito del hombre, sino el hombre del propósito. Esa es la sublime equivocación de nuestros locos de “altos ideales”, que andan importantes porque tienen un programa grande, como otros andan ufa-

nos porque tienen una levita de faldones largos. Y, del mal el menos, yo estoy por los de levita; son menos peligrosos y más útiles. A lo menos en esa prenda han ganado algo el fabricante de paños y el sastre. Pero en el programa de propósitos que es obra exclusiva de la fantasía que puede trabajar con más holgura cuanto el individuo en quien resida esté más a oscuras y más *en cueros* nadie ha ganado nada y todos estamos expuestos a perder mucho, porque esa clase de locura particularmente, es muy contagiosa en la raza latina.

Un pequeño bien realizado es siempre un bien y muchos bienes pequeños acumulados hacen un bien grande. Un gran bien frustrado o no alcanzado es un mal, y a menudo un mal grande. Es como una curación errada con remedios enérgicos. El tren de hacer mucho y el tren de hacer grande, son, prácticamente, los medios más seguros de no hacer nada. Si el fin no está proporcionado a los medios, o si los medios no están agrandados hasta la magnitud del fin, los medios no lo alcanzan al fin, se malgastan en tentativas frustradas, y en resumen, se malogra el fin y se malogran los medios, y, “el que quiere todo, muere de rabia” dice el refrán. El que quiere lo que puede, lo alcanza, y el que alcanza lo que quiere, es dichoso. De ese modo la sensatez hace hombres felices y los “altos ideales” hacen hombres rabiosos.

La inteligencia es limitada y sólo una parte de ella es acierto; el resto es utopía, o zoncera. Por la naturaleza de las cosas este medio es pequeño para un objetivo grande y es grande para un objetivo pequeño. Aplicada a vencer sucesivamente muchos obstáculos pequeños, fácilmente puede triunfar de todos y con la misma facilidad puede fracasar contra un obstáculo grande. “Todo puede ser conseguido si se emplea el método del desarrollo y no el método de los siniestros” (Agustín de Vedia).

Más fácil es hacer o componer la parte que no el todo, dice la experiencia; más posibilidad hay de hacer bien lo menos que lo demás; y todos los idealistas, radicales, socialistas, anar-

quistas, etc., contestan con su buen sentido teórico: mejor es componer el todo que la parte; más glorioso es hacer lo más que lo menos. “El emperador, como hombre positivo que es, no se ocupa más que de una sola cosa a la vez”, decía Cavour. El doctor Alem, el Lamadrid de la política, excomulgó una por una todas las regeneraciones parciales porque quería la regeneración nacional: la terquedad en lo imposible en vez de la perseverancia en el esfuerzo posible. *Chi non può quel che vuol, quel che può voglia*, que era la divisa de Leonardo da Vinci; “el que no puede hacer todo lo que quiera, haga al menos lo que pueda” El doctor Lastra no quería aceptar para la provincia de Buenos Aires la combinación Udaondo-Arias porque no podrían realizar todo su programa. —Pero amigo, —le decía yo en Adrogué— con tres cuartos de gobierno se hacen tres cuartos de bien que siempre son mejores que ninguno.

A propósito de un proyecto de enmiendas a una ley, que fue rechazado de plano, decía un senador muy ilustrado: “En tesis general no conviene adicionar o corregir las leyes con procedimientos parciales: mucho menos cuando se trata de una ley nueva” Es decir, si un saco nuevo tiene una rotura, no se le debe remendar sino tirarlo y hacer otro. El complemento natural de no saber hacer las cosas es no saber componerlas, pues, sabiendo componerlas, ya no sería una desgracia el no saber hacerlas y es necesario que esto sea una desgracia para que el saber hacerlas pueda ser una gracia.

El gran Goethe decía: “el que quiere librarse de un mal sabe siempre lo que quiere; el que quiere estar *mejor*, es tan ciego como el que tiene cataratas” En Mendoza reformaron la Constitución de Alberdi y por el prurito de hacer *lo mejor*, no se detuvieron en las deficiencias experimentadas; la rehicieron de nuevo y tan perfecta, quiero decir, tan camisa de once varas, que a los tres años se convocaba una nueva convención para achicarla, porque las rentas de la provincia no alcanzaban para costear tanto rodaje inútil y de puro lujo constitucional.

La división del trabajo es un instrumento de hacerlo bien porque permite hacerlo de a poco, y de hacer mucho porque permite hacerlo por partes pequeñas. Progresar de a mucho y bien es ir contra la naturaleza de las cosas que nos ha dado imaginación para proyectar en grande y fuerza para ejecutar en pequeño: “designios de gigante y hechos de abeja” Para “irse en vicio”, como suele decirse del trigo que da mucha espiga y poco grano, y es también ir contra los designios del tiempo que no hace anticipos y hace pagar demasiado caros los que le toman de fuerza. “El genio, dice Dwigot, es la facultad de perseverar en el esfuerzo” El gran secreto de todo progreso está en no apresurarse nunca y en no divagar jamás” (Lubbock). “No es colocando una lámpara al lado de las frutas como se las hace madurar y es perjudicar su desarrollo y marchitarlas el cogerlas antes de tiempo” (Bismarck).

Ahora, la creencia de que nada hay imposible ha nacido y prosperado entre los anglo-sajones que hacen o componen sus instituciones poco a poco y no de golpe y porrazo, mientras que a los idealistas que hacemos lo más en bloque, reformamos *in totum*, no porque sea posible sino porque teóricamente sea mejor, los porrazos repetidos nos han dado la noción de lo imposible, sin hacernos abandonar por eso las botas de siete leguas. “Los esfuerzos laudables que se hacen para alcanzar lo mejor, dice Bismarck, no son más que locura, si se olvida el bien que existe”, porque casi siempre es imitar al perro que cruzando el río con un trozo de carne, lo suelta para coger su sombra agrandada por refracción.

Las grandes cosas son, de suyo, posibles en detalle e imposibles en masa, y es precisamente el delirio de grandezas el que a los latino-americanos les ha impedido ser grandes. No han querido hacer lo necesario porque no era grande y han querido hacer lo grande aunque fuera innecesario o desastroso, además de imposible. No han querido hacer lo que podían hacer bien,

y han querido hacer lo que sólo podían hacer mal, porque el culto de la gloria es vocación para pasarse de compostura.

Pero, “lo que se hace mal es necesario hacerlo tres veces”. Hay, por ejemplo, colonias que han sido mensuradas hasta cuatro veces, costando las mensuras tres veces el valor del terreno. En esto, la falta de moralidad nos ha costado dos veces el valor de la tierra fértil.

Hacer el progreso sin mirar para atrás es un método frustráneo, pues el contragolpe de los intereses removidos puede fácilmente retrotraer las cosas a peor estado que aquel de que fueron sacadas. Por virtud de la emulación, el latino es naturalmente envidioso, dentro del cuadro reducido en que milita. La podredumbre de los chinos y “la superioridad de los anglosajones” lo tienen sin el menor cuidado, pero la condición de rezagado de *sus iguales* en el barrio, le envenena el alma, sobre todo cuando se ha producido por la acción del “gobierno de todos y para todos”, y le hace nacer un violento deseo de tomar a su turno el mango de la escoba para barrer para los suyos, sustituyendo el nepotismo para otros por el nepotismo para los míos. Si no puede por terraplén, nivelará por desmonte, pero es seguro que, en no teniendo vocación para pasarse de compostura como los reformadores prematuros, se pasará de descompostura como todos los restauradores.

Nuestros antepasados creían que todo es posible y que lo bueno es bueno y lo malo es malo, y todavía se ignora en mayoría que no todo es posible y que todo es bueno o malo, según las circunstancias y la dosis. Como en hacer el bien les guiaba un móvil de gloria personal, “confesable”, pero desastroso, no se preocupaban de que fuese poco para que fuese soportable y durase, sino de que fuese bien grande para que fuera bien ruidoso y sonado y sobreviviera en la historia aunque se perdiese en el terreno. Actuaban sobre la generación presente y no para ella: *la historia me juzgará*.

“En el fondo de este entusiasmo por la división de los poderes se anida un error y una confusión. La separación de los poderes por sí sola no produce ningún buen régimen. ; originada por la necesidad de la división del trabajo, allí donde ha sido producida respondiendo a la necesidad, exterioriza sus benéficas consecuencias. El buen régimen constitucional inglés no necesita ser por tanto, una consecuencia de la separación de poderes; es sencillamente, el resultado de la muy adelantada civilización de Inglaterra” (Gumplowicz). Más que de eso es el resultado de la enorme sensatez individual de los ingleses. El gobernador, los ministros, o los que hacen de tales, y la mayor parte de los diputados y senadores de la provincia de Buenos Aires son doctores en derecho y los demás son cuasi doctores, y sin embargo.

En fin, el hecho es que adoptamos la separación de poderes sin hacer la división del trabajo, y cuando aquella no era necesaria ni posible, porque no se puede compartir la gloria, que era el móvil, el fin y todo, a tal punto que, pareciéndoles poca la que resultaría de gobernar para la actualidad, gobernaron para la posteridad, violando la máxima que hoy se tiene por más aproximada a la cordura por los que tienen cordura: “a cada día le basta su afán”

Y la más urgente división del trabajo está aún por hacerse: la división del gobierno entre el gobernante y los gobernados, de modo que cada uno se encargue de gobernar su persona, encargándose previamente de juntar la capacidad necesaria para ello, a fin de descargar el gobernante de ese enorme trabajo y facilitar así su tarea. Como no es glorioso gobernarse uno mismo y es glorioso gobernar a los otros, el gobierno de los demás está terriblemente disputado y el gobierno de cada uno por sí mismo lamentablemente abandonado, a consecuencia de lo cual, el gobierno de la comuna, que Tocqueville llama la escuela primaria de la libertad, no ha llegado ni a los palotes, pues cada municipal quiere gobernar a los otros, y gobernarlos demasiado, y como el ceder de sus caprichos es deshonroso en tierra de valientes

coronados de gloria, y como donde uno no cede dos pelean, el régimen municipal es un régimen de agramante. Y como, por otra parte, sólo produce gloria de 2da. clase, sólo es diputado por personajes de 2da. clase.

Esa malhadada vocación para la grandeza por la gloria precisamente, y no por la agricultura, las demás industrias y la higiene, “que es salud y libertad”, como dice J. B. Zubiaur, es la madre de nuestros peores destinos, y tan arraigada que, improvisar lo estupendo, no sólo para la localidad sino para *urb et in orbe*, es el programa de todos alentado por las trompetas locales de la fama. A cuarenta y tantos años de la barbarie, nuestros médicos y nuestros jurisconsultos publican sus estudios en francés para llamar la atención en París. Un flamante catedrático de filosofía en la Facultad de Derecho, publica la 2da. edición de un tratado de “Filosofía General”, desbarrando hasta en el título, como le dijo el señor Groussac, quien tuvo el enorme atrevimiento de hacer crítica en una revista que, como era lógico, murió de las consecuencias criollas de la crítica en un país a la española en que los talentos, portentosos de nacimiento, *ratio loci*, y comidos por el afán de notoriedad prematura, se enojan y patalean cuando se les dice lo que les conviene saber para corregirse, y se alegran y dan las gracias cuando se les dice lo que les convenía ignorar para no ponerse importantes y fatuos.

El atrevido director de “La Biblioteca” hizo observar que en Europa los profesores hacen sus textos no al principio, como aquí, sino al final de su enseñanza, después de 30 ó 40 años de aprendizaje en la cátedra. A poco de eso es nombrado catedrático de derecho romano un joven orador de poco más de 30 años, el cual hallando malo todo lo que se ha escrito en el mundo sobre esa asignatura, improvisa un texto, con aplauso de la Facultad, del público y de la prensa, quienes reconocen en seguida que: “ha roto virilmente el antiguo molde de la enseñanza. y penetrado mejor la verdadera índole, la propia alma de aquellas instituciones” (*Tribuna*, agosto 11-98). Como se ve, hasta Rodolfo de

Ihering queda chato. Lo dicho, pues: todo *southamerican* es un animal precoz, nacido para hacer portentos a la edad en que la gente sensata empieza recién “la 2da. educación del pensamiento”. Como dice muy bien Joaquín Nabuco, no podemos poner mano en ninguna ciencia sin irnos a fondo y romper el molde. “Es una obra didáctica y a *la vez* de consulta. En sus páginas consta la labor del ilustrado profesor —(el adjetivo nacional no podía faltar)— del ilustrado profesor, quien ha dado con acierto un carácter especial y nuevo (¡pareció aquello!) a la enseñanza de esta ciencia” (Economía Política). (*La Prensa*, diciembre 1º-98).

“Con acierto” es sinónimo de: con aplauso. Ni en materia de ciencia ni en materia de justicia se entiende aquí que la verdad sea una relación preexistente a encontrar, sino una cosa a hacer. Se *hace* la inocencia de un delincuente con una sentencia absolutoria y se desmiente al *nihil novum* dando novedad prestada a las cosas que no la tienen de suyo. Se hace el acierto de un funcionario con una memoria mamotreto, en formato oficial, de 300 a 1.800 páginas, según su jerarquía. “Tengo horror a la literatura oficial, dice el Dr. Pellegrini, creo que las memorias ministeriales en sus  $\frac{3}{4}$  no tienen más objeto que proteger la imprenta amiga” Esta es la explicación más benigna pero no la más exacta, pues, en realidad, son el complemento de lo que no se ha hecho: a obra flaca, historia grande. Trasunto moderno de las funciones de Lope de Vega en la Invencible Armada, transformación de los cantores de sus hazañas que los guerreros acostumbraban llevar en las expediciones, el funcionario sudamericano es a la par el historiador oficial de sus obras, y tanto más historiador cuanto menos obrero. A imitación de los industriales N.A. que destinan la tercera parte de su capital a *réclame*, dedican estos la mitad por lo menos de su tiempo, de su energía y de su talento, a cacarear por escrito lo que han hecho con la otra mitad, a inventariar las cosas que hubieran podido hacerse, a justificarse de lo que han dejado de hacer y a bonificar con argu-

mentos lo que han hecho mal con las manos. “Es preciso que un hombre honrado se granjee la estimación pública sin haber pensado en ella, y por decirlo así, a pesar suyo. El que la busca, da ya la medida de lo que vale” (Chamfort). Y hay cosas que nos pintan. En 1898, a la provincia de La Rioja, el Poder Ejecutivo le cuesta por año 8.600 pesos. La imprenta oficial 4.200 y la banda de música 10.800.

El espíritu abogadil en este país de doctores, reina en todas las esferas, supliendo el hecho ausente con el argumento brillante. “Pero el efecto más indeleble y seguro de esta logomaquia, la intoxicación procedente del *forense genus*, consiste en el virus sofístico que deposita en la mente, para que allí crezca y se propague hasta dejarla marchita y vacía de substancia. Quien pretenda encontrar la causa profunda de la estéril agitación hispanoamericana, habrá de buscarla, no en el efímero despotismo de los caudillos brutales, sino en la orientación de las clases dirigentes hacia el escolasticismo curial” (Groussac).

Escolasticismo, eso es, en verdad, la literatura oficial, como la judicial y la forense, escolasticismo puro. Y es lástima que los 1.875 kilos de papel impreso oficial que producimos por año, no se utilicen en la única aplicación útil que podrían tener: para condenar a los delincuentes a leer por la fuerza la chicana administrativa que son las memorias oficiales. El que las prohibiese haría un servicio grande, porque a lo menos no se podría entonces cubrir la esterilidad con la literatura, y los individuos, impedidos de recomendarse con el comentario, procurarían hablar un poco más con el texto.

Como nosotros apuntamos siempre a la brillantez, no podemos dejar que los hechos hablen por nosotros porque hablarían poco y entonces hablamos nosotros por los hechos. Las neocracias necesitan reputaciones sietemesinas que para tener mucho brillo necesitan tener poca consistencia. “Los muchachos argentinos empiezan a hablar de política antes de dejar el calzón corto, y casi no hay colegio que no tenga sus bandos políticos, organizán-

dose revoluciones contra los profesores y adiestrándose así los niños en el arte de hacer revoluciones contra los gobiernos, para cuando sean hombres” (F. C. Carpenter).

En la última convención reformadora de la constitución el delirio de las grandezas en primer grado que es nuestro estado normal, hizo fracasar la 3ra. reforma autorizada. Primeramente, la comisión, por el prurito de hacer lo mejor, sólo porque es mejor aunque sea innecesario, mejoró la redacción del inciso 1º del art. 67 en la parte a no reformar, y esta fue su perdición, pues en un país esencialmente igualitario o se tira la cuerda para todos o para ninguno. “Que los hombres sean niños grandes.. es lo que nadie querrá creer; y a mi parecer no hay verdad más palpable” (Goethe). En nuestro parlamento, como entre los niños, lo que se da al que lo necesita descontenta a los que no lo necesitan.

Después, los convencionales convocados para hacer poco vinieron como es de regla con propósitos grandes. La mayoría de los oradores sostuvo que, el punto en debate —los puertos del Sur— debía ser encarado con espíritu levantado, con ideales grandes, con todo el patriotismo. Si con un cañón de a 600 se dispara contra una perdiz, puede suceder que no muera la perdiz, pero, con seguridad, será traspasado un cascrío. Así sucedió; con tanto tren para un reducido objeto lo excedieron sancionando puertos libres a todos los vientos. Si los puntos libres en el Sur son un bien, decía en substancia un joven ex-ministro, con sancionarlos también al N., al E. y al O. habremos hecho más bien del que nos pedían. “Pensamos en lo *más*, decía Bismarck, y ese recuerdo nos persigue cuando estamos en presencia de *lo menos*” Otro convencional más joven y no menos ilustrado se opuso elocuentemente a todas las reformas, porque si no podíamos hacer reformas grandes y trascendentales, *valía más* no hacer nada. Fue, de todos, el más aplaudido, que es decir el más homogéneo con el ambiente popular. En el mismo sentido, otro orador dedujo del hecho de haber sido elegidos para convencionales los generales

Mitre y Roca, los doctores Pellegrini, Irigoyen, etc., que la misión de la convención era grande y no chica, olvidando, sin duda, que los grandes médicos se llaman para curar males grandes en enfermo chico o males chicos en enfermos grandes.

Esto fue lo que no vieron, lo que no han podido ver nunca los hispano-americanos empeñados siempre en hacer *grande y trascendental*: que el país y la constitución del país son tan grandes y trascendentales en sí, que nadie debe poner en ellos la mano si no es, como decía Burke, “con la tierna solicitud y reverencia del hijo que cura las heridas de un padre” Pero aquí, por la infatuación hereditaria, el que es nombrado para un puesto, apenas recibido el nombramiento empieza a creer que el puesto es muy importante, puesto que lo han nombrado a él y no a otro, y como se tiene por un portento, se considera obligado a producir maravillas en seguida, puesto que si no fuesen urgentes las maravillas tampoco se hubiesen acordado de él. “Donde yo me siento, ahí es la cabecera” ¡Qué admirable psicólogo de su raza era Cervantes! (Págs. 259 a 270).

## EDUCACION MORAL \*

### TRES REPIQUES

#### *Los mirlos blancos*

Pues se declara llanamente que en este grande y glorioso país el elemento oficial es inservible; que los ciudadanos son tan buenos, laboriosos, sensatos y veraces como en el mejor de los mejores, sólo que, en cuanto les dan empleo público se ponen desastrosos; y no porque tuvieran en sí, en estado latente, el germen de la depravación, esperando el ambiente propicio para brotar, como la semilla puesta en el surco y que la humedad y el calor hacen germinar; no, señor. En primer lugar, porque esta verdad echaría por tierra el honor del país, que queda en salvo con sólo hacer constar que los que todavía no tienen empleo todavía no se han corrompido. En segundo lugar, porque dejaría sin base cierta, en el espíritu de la gente equivocada, la seguridad grande que tienen todos de regenerar el país, y hacerlo otro de la noche a la mañana, desde el momento en que se les deje empuñar las riendas del gobierno, pues son tales que, si de a uno les dan empleo, de a uno se corrompen, pero, si les dan a todos a la vez, ninguno se descompone. Y esto es así porque “el oficia-

---

\* Véase “Síntesis cronológica”, años 1900 y 1902. Texto de la edición de *La Cultura Argentina*, año 1917, reedición con notas marginales de Maximio S. Victoria. Talleres Gráficos L. J. Rosso y Cía., Buenos Aires.

lismo” es a manera de levadura de depravación que pervierte a cuanto incorruptible quede bajo su influjo o contaminación.

Por eso se procura lo que se llama “cambiar de sistema”, a fin de que los meramente escandalizados de la maldad ajena puedan ejercer la suya bajo un sistema verdaderamente bueno. Entre tiznados no había manera de argumentar con el hollín; y a fin de que los enfermeros políticos puedan siempre llevar adelante su tratamiento, sin que el enfermo sane jamás porque nada se cambia en las fuentes del mal, se ha convenido en que lo malo no sean los individuos de moralidad averiada o ausente, sino el pretendido “sistema” con el cual hayan coexistido las catástrofes más graves. (Págs. 54 a 56).

\* \*

Por encima y por debajo de todos los sistemas de gobierno y de las constituciones escritas, el espíritu sui generis de Sud América impone a la política sus modalidades singulares hasta ser antipolíticas del todo. Las denominaciones de “tajada en el reparto”, “pueblo y oficialismo”, dejan a las mismas denominaciones de partido en la clase de expresiones secundarias; y tan abusivos de naturaleza los unos como los otros, los que están en el poder se toman el gobierno hasta olvidarse a menudo que el gobierno es para el país, y los que están fuera del gobierno monopolizan para sí el pueblo hasta olvidarse que el gobierno es del país y los gobernantes sangre de su sangre, carne de su carne, viciosos de sus vicios y torpes de sus torpezas, no de las extranjeras; y entonces “su tarea es puramente de demolición, dice el doctor Pellegrini, su único propósito sembrar desconfianzas y alarmas, su programa atacar a los gobiernos, infundiendo en las masas la idea absurda y funesta de que gobierno y pueblo son dos entidades distintas y antagónicas, buscando, en una palabra, por todos los medios, crear un malestar general, un estado enfermizo que pueda en cualquier momento provocar un

sacudimiento, un motín de cuartel o de calle, o cualquier otro delito que traiga un cambio de situación, aunque sea sólo para reemplazarla con la anarquía y el desquicio”

Desde que el gobierno es “del pueblo” y el pueblo son los que no gobiernan, todo gobierno es contra derecho y un candidato de los que gobiernan es una subversión; éste es el crimen específico de South America, que no tiene perdón de Dios ni de los hombres sin parte en el gobierno, o sin la parte que les gusta. Estas son verdades que no es necesario demostrar, porque están creídas; se enuncian y basta, pues son principios inconcusos que están en todas las conciencias de oposición, por todo el tiempo en que estén fuera del poder, y que también estarán en la conciencia de los gobernantes actuales cuando les suceda estar en la oposición. (Págs. 66 y 67).

\* \*

Y el deseo de reinar que nos obliga a fingir nos hace Hércules de la mentira, pues los católicos latinos hemos conservado para nuestra ruina el ideal romano, como lo define Tácito: “no hacemos caso ni estimamos otra cosa que la gloria y derecho de mandar” Pero el ideal pagano no es el ideal cristiano. “Para llegar a mandar nosotros conspiramos con la sonrisa en el rostro”, le dice Anás a Jesús. “Yo no comprendo la autoridad del hombre sobre el hombre”, le contesta el Salvador.

Y en estos pobres países, en bancarrota crónica, la necesidad de figurar lleva a nuestros patriotas sonoros a emplear las rentas generales en alquilar prosélitos y darse ruido, haciendo opinión pública con la contribución directa; porque el ideal político no es el bien propio ni el bien común, sino más particularmente el brillo propio; no es tener en el país un buen gobierno desempeñado por los que puedan hacerlo mejor, sino gobernar uno mismo y a salga como saliere para ser alguien, por exigencias de la altivez que es instinto de sobresalir, incompatibilidad para

obedecer y aptitud para alegrarse de los traspies del adversario en el poder, que son desgracias para el país. “Deberíamos aprender algún día la manera de suplir la política con la educación”, dice Emerson. Ese es el ideal. Atenuar, amansar, atemperar la política con la educación, este es el camino. (Págs. 70 y 71).

\* \*

### *Boleadores de levita*

Si dejando crecer en los niños eso que es espíritu de pillería y que llamamos “viveza” para salvar el honor donde se pierde la decencia, —si dejando prosperar la mentira en los niños pretendemos curar el engaño crónico en los hombres hechos, malgastando el patriotismo en destorcer árboles viejos, no sanaremos jamás del fraude universal: “Árbol que crece torcido, nunca su tronco endereza, - pues se hace naturaleza - el vicio con que ha crecido”.— Estos también son males del país que deben ser curados por los pies, a la manera anglo-sajona, y no por las cabezas, al estilo de Tarquino el de las amapolas: en todos los miembros del país, para que desaparezca en los miembros del gobierno. Curarlo en estos solamente es machacar en la abolladura: tiempo perdido. Y no es cultivando el ingenio y la hinchazón como se llega a tener carácter y seriedad.

Porque no son las cárceles, ni las regeneraciones a cañonazos las que pueden salvarnos y regenerar a nuestros hijos, sino el hogar y la escuela. “Todo se prepara, dice Otto August, y es necesaria una larga serie de generaciones para crear un pueblo valiente o cobarde, egoísta o generoso” “La educación sola puede salvarnos de todos los males que nos aplastan”, decía Fichte, al día siguiente de la batalla de Jena; y agrega Chasles: “Para la revancha deseada el primer paso no es el despecho, ni aun la guerra, sino la educación” Cuando a mediados del

siglo anterior Horacio Mann visitó la Europa, encontró que las escuelas de Prusia eran las mejores del mundo, y así lo vienen comprobando Sadowa, el 70, y el “made in Germany” que tanto ha alarmado a los fabricantes ingleses. Que las escuelas alemanas han dado la materia prima para esos triunfos, en la molécula social valorizada por el cultivo simultáneo de todas sus faces nobles, no es dudoso para los que conocen la superioridad del obrero instruido y honesto sobre el ignorante y vicioso, ni para los que sabemos que la instrucción del recluta, por ejemplo, la aprende un bachiller en 15 días, un artesano en 30, un campesino en 50 y un indígena en ciento y tantos.

Sabido es que la proporción de guardias nacionales que faltan a los llamados es mínima allí donde los hombres han sido habituados desde niños a dar la cara y no las espaldas al deber, y que aquí es punto de mucho peso el saber de antemano cada uno si faltaran los más o los menos, para determinar por ello su actitud.

Los niños conocen demasiado sus comodidades y sus conveniencias aparentes, y no pueden conocer sus conveniencias verdaderas, siendo necesario que les sean sugeridas o aun impuestas, en tal manera que la buena dirección ajena supla a la propia en la época en que aún no está formada. Coacción al niño y libertad al adulto. El individuo adquiere sus hábitos en la oportunidad en que no puede distinguir lo recto de lo falso y esto debe entonces ser suplido por el padre al hijo, por el mayor al menor, por la sociedad hecha al socio en formación, en la seguridad de que, “lo que empieza por estímulo artificial se torna por la continuidad en natural y espontáneo” “Acordaos de mi gran recomendación, dice Laurie: cada acto deposita la tendencia a repetirse”, y los primeros pasos falsos, si no encuentran obstáculo, inician la serie interminable, hasta la cárcel, la ruina o la esterilidad.

Y la cuestión es siempre, no de principios sino de costumbres, no de fines sino de medios. La ciencia y el arte de pensar bien

son un mero adorno de la mente cuando no existe como segunda naturaleza el hábito y la voluntad de obrar bien. Nada se ha ganado con enseñar a un niño “a portarse bien” donde lo vean, por temor sólo de las repreciones, si no sabe conducirse del mismo modo por el sentimiento intrínseco de la decencia, donde no se sepa observado. Con simular, con representar más o menos hábilmente la buena conducta, le basta para llenar aquel programa, y si no se le ha enseñado a ser leal y a tener asco por la mentira, en su aparente buena crianza se habrá logrado la pura hipocresía, y todo estará en él perdido para el bien meros las apariencias del bien.

“Sólo la verdad satisface la mudable razón del hombre y sólo ella da la base de la conducta recta”, dice Laurie. “Con el tiempo, lo verdadero y lo justo es lo único que llega a agradar a un alma bien conducida, dice Amiel, y en el niño se ve lo que somos al través de lo que queremos ser. He ahí por qué el primer principio de la educación es: edúcate a ti mismo, y la primera regla que hay que seguir para apoderarse de la voluntad de un niño es: hazte dueño de la tuya”

“El niño, dice Herbart, puede ser realzado por la educación sin apresuramientos indebidos a un grado importante de verdadero conocimiento y autocontrol. Realizar esto es nuestro objetivo, dice Laurie. La voluntad, ya sea dirigida al conocimiento o a la conducta, puede ser fortalecida por el ejercicio hasta que se forme el hábito de auto dominio en obediencia a los fines reconocidos”

“Y cómo se enseñaba (en 1846) en las escuelas aprobadas por la iglesia establecida, la moral, “el arte de reglar y conducir la vida?”

De la manera más miserable. En una de las principales escuelas de Londres, Horacio Mann preguntó en qué consistía la educación moral.

¡La instrucción moral! —le respondió el director,— ¡qué chiste! Enseño la religión, no la moral. —Pero, en fin, ¿inculcáis

bien en vuestros discípulos “el deber de decir la verdad, de huir de la mentira?” —¡Eso sería trabajo perdido! La naturaleza enseña a los niños a mentir y mienten” (J. Gauffrés, trad. Ferreira).

Eso mismo son todavía en ese punto esencial la casi totalidad de las escuelas y colegios argentinos y toda la instrucción que en ellos se da no es regularmente más que una agravación del instinto del engaño que es la primera naturaleza del hombre, que los niños heredan y las familias fomentan, unas consciente y otras inconscientemente, a fin de que sus hijos más débiles de cuerpo por más mimados, y más débiles de espíritu por menos reprendidos, sean, por virtud de su viveza, más diablos que los hijos de otro; altruistas en prosa y sanguijuelas en efectivo; aptos para encontrar su bien en el mal de los otros; imposibles para manejar con decencia intereses ajenos: “Los indolentes son los astutos, y los débiles son peligrosos porque son tiranos” dice el P. Didon; —los que hacen el autopanegírico de su altivez personal como preámbulo de una “pechada”; los que, curándose en salud, viven declamando contra los ladrones para que se les crea honrados. Todo ello porque en los colegios de frailes de sotanas o de levita se enseña todavía la religión, no la moral, y en los colegios laicos se enseña la ciencia, no la moral.

“Nuestro mal, la ignorancia, debe extirparse por la educación de las masas, que es la dignificación del hombre, que afianza sus derechos, que lo hace apto para el gobierno, y que desenvuelve la riqueza y el progreso de las naciones”, decía el Dr. José M. Gutiérrez. La ignorancia que fué nuestro mal se cura con la instrucción sola y por ella hemos sanado del no saber. Pero la ilustración no es moralidad; casi es lo contrario: la ciencia no es moral ni inmoral en sí. Nuestro mal no era sólo la ignorancia, pues de embusteros ignorantes hemos pasado en mucha parte a embusteros ilustrados, sin entrar en el mundo moral. En esa parte, el sofisma y la treta han sustituido al facón, pero en la misma operación: salteo en poblado, con códigos. Nuestra educación ha producido la dignificación de la viveza, la expansión

de la chicana y la universal ineptitud para la administración pública y privada. En el auge de nuestros progresos, más de 400 millones de pesos han sido casi estafados en las administraciones públicas y en las sociedades comerciales, porque en nuestros hogares y en nuestras escuelas se había enseñado la religión o la ciencia, no la moral.

Y mientras las escuelas y los hogares argentinos no enseñan a los niños a cuidarse de no engañar a sus camaradas, a sus hermanos, a sus maestros, a sus padres y a no degradarse echando conscientemente sus culpas al deber de los demás, no se cuidarán de no defraudar a sus compatriotas los ex alumnos del hogar y de la escuela, y la ilustración oficial no producirá seriedad y carácter, que son características del “deseo de valer” sin hacerse valer, sino hinchazón, hipocresía y solemnidad que son características del “deseo de hacerse valer” con o sin valer.

Moralidad administrativa, rectitud judicial, decencia municipal, todo ha fracasado más o menos en los que recibimos hace veinte, treinta o cuarenta años la misma preparación para la vida que están recibiendo hoy los que por turno fatal fracasarán dentro de veinte, treinta o cuarenta años; y todas las pretendidas regeneraciones seguirán saliendo chingadas, mientras no se empiece por dar eficiencia a los niños para que sean eficientes los hombres, mientras no se empiece por reconocer que la deplorable “viveza criolla” es un impedimento nacional para el buen gobierno del país, para la distribución, percepción y empleo de las rentas, para la administración de justicia y para el desenvolvimiento de las sociedades comerciales. “La causa más santa es vana queja ante jueces sin fe ni ley”, dice Mann, y es muy cierto; pero sin materia prima para hacer jueces no se puede reformar la mala justicia, y sin buen sentido y sin sentido moral, todo régimen municipal es, por la naturaleza no enfrenada, un régimen de rapiñas y despilfarros, bajo las apariencias más honestas y legales.

“Seamos libres de esta otra servidumbre: la ignorancia de las masas”, decía Sarmiento. Disciplinemos soldados para la riqueza y la libertad, por la difusión a manos llenas de “la ciencia” “Pero éstos, y todo medio, fallará a menos de ser dominado y regulado en la escuela por el espíritu moral del maestro entendido como el espíritu de autoridad moral en su más rica significación. Solamente así podemos servirnos de las escuelas para crear una población virtuosa. Y si nuestras escuelas no lo consiguen, ¿para qué sirven? No sólo nuestra vida social, nuestro estandarte de intercambio, todas las amenidades de la vida cívica y de familia, como el tráfico, arte, comercio, religión —todo descansa en un fundamento moral, y sin él toda la fábrica pierde su base y se desmorona”—, dice Laurie. Es por lo que éste llama “método a medias con la casualidad” y no por la falta de escuelas prácticas, como decía en el Congreso el diputado Joaquín Castellanos, que “los buenos estudiantes se transforman al dejar la escuela en cazadores de empleos, y los medianos y malos en el compadrito orillero, manipulador de elecciones, maestro de fraudes electorales” (Págs. 122 a 130).

\* \*

*Quien escribe por el aplauso no escribe por la verdad*

“No cuentes con la casualidad; nunca mientas, y en los negocios menos; nunca hagas ver que tienes o eres más de lo cierto”, decía el barón de Rothschild, aconsejando a un joven pobre que por ese camino llegó también a millonario. “Este Alvarez no sabe sacar partido de lo que lee —decía un excelente amigo. Yo vierto a mis expresiones las ideas que encuentro en otros y las doy por mías” Pero es que yo no quiero *sacar partido* para recoger de los demás sacadores de partido lo que Stendhal llamaba certificados de semejanza, sino encontrar la

verdad y no para reacuñarla sino para resembrarla. No quiero acuñar gloria para el país en mi persona; no soy creador sino propagandista de verdades útiles, como el departamento de agricultura es propagador de semillas útiles. No me siento con autoridad para hablar de mi cuenta, ni es mi propósito el brillo; quiero solamente brindar a otros los andamios que me van sirviendo para reeducarme, por si quieren aprovecharlos, y ninguna conspiración de silencio me impone silencio, porque no busco el ruido. Creo, como lo sostiene Ihering, que no se puede llegar al dominio de la verdad sino empezando por ser su esclavo, y que es el abuso de la facultad de emitir reglas y principios y verdades, como se emite moneda de papel, lo que, haciendo más caudal a los que emiten hace más daño a los que admiten, dado que la seguridad es producida para las teorías por la circunstancia misma que debería inducir la desconfianza: “una doctrina no nos gusta porque la creemos verdadera; la creemos verdadera porque nos gusta”, dice Taine, y quien escribe por el aplauso no escribe por la verdad. Por consiguiente, la verdad de que no saquemos partido contra los adversarios tiene las mayores probabilidades de ser cierta, y viceversa. (Págs. 137 y 138).

\* \*

Los hombres sin sentido moral no se acomodan a la lógica de su conducta anterior, —porque ello sería arreglar sus acciones presentes a sus necesidades pasadas—, sino a la lógica de sus pasiones y de sus intereses nuevos que así hacen de un predicador un ratero, como de un ratero un predicador de circunstancias. “Los tiranos de ayer son los revolucionarios de hoy: los tiranos de hoy serán los revolucionarios de mañana. Todos piden libertad y nadie la da: en el poder despotizan y fuera del poder conspiran. Así la anarquía engendra el despotismo y el despotismo engendra la anarquía, y en este círculo se encierra

toda la triste historia argentina: algo más, la triste historia de Sud América. ¿No habrá medio de romper este anillo de vergüenza? ¿O será cierto que no hay más que uno,— cambiar de raza? Va llegando el momento de meditarlo seriamente”, decía *El País* (Marzo, 16-900). Hay otro medio: la educación moral.

“Sin *instrucción* no hay libertad. Tened escuelas, y no tendréis revoluciones”, decía Sarmiento en 1866. En 1900, tenemos escuelas y hemos difundido la instrucción hasta el punto de estar apestados de parásitos diplomados y de eruditos revolucionarios de profesión; tenemos escuelas y revoluciones como sin tales sabios y eruditos: 18 en la década final del siglo; sale a una y ocho décimos por año. Es que la guerra civil es la triaca española para los males del país, porque el absolutismo religioso engendra el absolutismo político bajo cualquier forma de gobierno; la revolución es el absolutismo de las minorías; la regeneración a palos es el absolutismo de los principios, como el Comité de Salud Pública fue el absolutismo del bien público.

En las intenciones más puras y en los propósitos más elevados están como en disolución los apetitos y las pasiones animales del sub-individuo, tan reales y tan invisibles como el sulfato de magnesio en el agua cristalina de Hunyadi Janos, cosa que se ignora mucho aquí, donde es costumbre juzgar a los hombres no por sus hechos sino por sus programas “para engañar tontos”

El hombre es un ser racional tan extraño a la luz de la razón que, por lástima de un perro es capaz de matar a un hombre, y en ocasiones, políticas principalmente, enternecido por un perdulario, es capaz de sacrificarle una docena o más de hombres de bien, y no es posible decir lo que un hombre es capaz de sacrificarse en vidas y bienes ajenos cuando está enternecido de sí mismo. Por cierto que la humanidad ha perdido la cuenta de los hombres, mujeres y niños que los más esclarecidos seres racionales han sacrificado a las doctrinas religiosas.

Y en cuanto al sacrificio de la verdad, es justo reconocer que esto no ha alcanzado a ser nunca ni un décimo de sacrificio,

por estos mundos nuevos y parte meridional de los antiguos. Para el que tiene que estudiar procesos en que se ventilen responsabilidades, los expedientes les saben a ipecacuana por la cantidad de mentiras bajo juramento, más grande y repugnante cuanto es mayor la ilustración de los actores y más considerable el “honor” que necesitan sacar a la orilla en el pantano de la inconducta. Y los jueces no pueden alcanzarla porque están en la imposibilidad práctica del sofisma griego: de cuando el montón de mentiras cesa de ser montón chico y empieza a ser montón grande. (Págs. 141 a 144).

\* \*

Los niños deben aprender de su maestro (no del libro) que es de “buen tono” ser “bueno”, dice Laurie; que es de mejor tono ser decente por la conducta honrosa que ser decente por el honroso traje; que es de mejor tono bastarse a sí mismo que vivir “de arriba”, vivir de su trabajo que vivir de sus trampas. Entretanto, el estilo del país es mirar con indiferencia el caso de que un niño mienta o de otras muestras de maldad incipiente, y molerlo a palos por causas de fractura de muebles o rotura de ropas: severidad para la simple torpeza, impunidad completa para la perversidad naciente. Dos errores en la orientación del niño que lo predisponen para futuro sinvergüenza de levita.

De ahí que abunden tanto las gentes que desnudan el alma para vestir el cuerpo, como dice Ventura de la Vega, porque no saben vivir para sí y encuentran que afuera hay más admiradores para los tiros largos que para la conducta estrecha.

Haciendo que nuestros hijos aprendan a decir siempre la verdad y a no mentir jamás —en un medio social en que el carácter no es considerado— les hacemos naturalmente antipáticos a los políticos de manga ancha, pero estarán en cambio acorazados contra esas faltas a granel en que incurren los embusteros, sólo porque saben que podrán negarlas y quedar libres de res-

ponsabilidad exterior con una humillación interior; y en quienes la aptitud para suplir con apariencias todas las virtudes les ha eliminado la necesidad de tenerla.

Y por cierto que no hay esclavitud más lastimosa que la que es consecuencia de la falta de carácter, ni condición en el hombre público más desgraciada para su país. Aun en los más altos puestos cada indecencia es como un mango que el individuo se pone para que el “chantaje” le arranque nuevas indecencias; la primera debilidad es como el carnero que rompe el cerco y deja hecho el portillo para que pase la majada, desde que las indignidades viejas se acallan con condescendencias nuevas que contenten a los que deseaban explotarlas.

De la ignorancia se triunfa por la instrucción; pero de la incapacidad administrativa, de la corrupción política y social, que es degradación interior con altivez exterior concomitante, sólo se puede triunfar por el cultivo de la moral, por el hábito de la verdad en la conducta, que mantiene limpia la vida como la escoba mantiene limpia la casa, pero no por barrer la basura, sino por impedir que se forme. “Esta es la única educación liberal, dice Laurie. Lo que convencionalmente se llama ‘cultura’ es polvo y ceniza en los dientes.

El arte refinado de la mentira que permite al ratero disfrutar simultáneamente los beneficios de la honestidad aparente, es el hada de las porquerías humanas que preside a la explotación del prójimo por el prójimo. Por lo tanto, las condiciones de la rectitud son saber, poder y querer cada uno bastarse a sí mismo, para que no se sienta como el salvaje en cueros o en levita, irresistiblemente atraído por el bien ajeno, y pueda, sin dificultades mayores, poner en ejecución las buenas intenciones con que en otro caso pretenderá engañar a los demás después de haberse engañado a sí mismo. (Págs. 200 a 202).

## *La honestidad y la cultura*

Y es necesario darse cuenta de que al momento actual le corresponde, como herencia forzosa del pasado, cierta dosis de perversidad inevitable, que nadie podría suprimir de golpe y porrazo, por más genio que fuera, y de que nadie debería ser responsabilizado, pues achacar los efectos al que no ha podido evitar las causas es tan inicuo como saquearlo. Hay que hacer la hijuela de lo actualmente inevitable, la hijuela de lo que es evitable al presente, y la hijuela de lo que será inevitable por culpa nuestra en los hombres de mañana, si no se evita desde luego en los niños de hoy, y en resumen:

La mera *instrucción* nos ha perdido, pero la verdadera *educación* puede salvarnos.

El objeto de la escuela es: en primer lugar, educar; en segundo, instruir.

El maestro debe trabajar ante todo y sobre todo en habituar a los niños a decir siempre la verdad y huir de la mentira.

La disciplina escolar debe recaer en primer lugar sobre las faltas a la rectitud, y en segundo sobre las faltas a las lecciones.

Las escuelas normales deben preparar educadores y no instructores, bajo la base de que el fundamento del aprendizaje es el instinto de imitación, no pudiendo educar el que no está educado, porque la educación no es la enseñanza de reglas muertas por el maestro al alumno, sino la transfusión al alumno de la moral efectiva del maestro.

Todo niño en quien no sea posible hacer nacer o prosperar el respeto de sí, la veracidad, la honestidad, el autodomínio, el espíritu de obediencia, debe ser despedido de las escuelas públicas y quedar sin instrucción costada por el público. La sociedad no debe emplear el dinero de los buenos en aumentar la capacidad de los malos. (Págs. 274 a 275).

## ¿ADONDE VAMOS?\*

### *El ambiente moral*

En una palabra, el hombre hace el mundo de las ideas y los sentimientos cuyos cimientos son sus propias orientaciones morales —como hace la naturaleza el mundo de las cosas, con oasis y desiertos, con campos fértiles y territorios estériles, con buenas y malas yerbas, benigno o inclemente—, según que los sentimientos que lo constituyen sean suaves o duros, tolerantes o intolerantes; demasiado tórrido o frígido, según las variedades de fanatismo o de gazmoñería que prevalezcan en cada localidad; y la región de la tierra más fértil y más rica por el clima físico y las producciones del suelo, puede ser, al mismo tiempo, la más pobre y árida por el clima moral inhabitable que en ella crean la inclemencia de las pasiones y la pobreza del entendimiento humano, pues el mundo de las ideas y los sentimientos sigue siendo páramo inhospitalario en la medida y en el orden en que las creencias políticas, filosóficas o religiosas limitan el progreso universal de las ideas, de que depende el progreso del entendimiento.

El reducido universo de ideas y sentimientos, de misterios, visiones, fantasmas y malos espíritus, de los salvajes, el mundo

---

\* Véase “Síntesis cronológica”, años 1902 y 1915. Texto de la edición *La Cultura Argentina*, año 1915. Reedición precedida por un estudio de Nicolás Besio Moreno. Talleres Gráficos L. J. Rosso y Cía., Buenos Aires.

de lo sobrenatural que surgió de la ignorancia de la naturaleza por el hombre; el mundo de lo natural y de lo sobrenatural mezclado en verdades, errores y mentiras, en visiones, milagros, demonios, duendes y maleficios que hizo tan desgraciados a nuestros antepasados, comidos por terrores imaginarios peor que comidos por gusanos; el mundo de ideas y sentimientos del hombre de hoy a quien las ciencias y las artes le han revelado los secretos y los misterios de la naturaleza, y le han curado de supersticiones, son tres universos distintos. El hombre crea el mundo de las ideas y los sentimientos a su imagen y semejanza, diferente por lo tanto para cada pueblo y cada raza distintos: salvaje, supersticioso y brutal, o culto y benévolo, de la materia mental del hacedor, porque es hecho de sus ideas y sentimientos; y hoy, como en todo tiempo, los hombres son más felices o desgraciados, más fuertes o más débiles por las ideas de su mente y los sentimientos de su corazón, que por las condiciones del suelo en que habitan, o por la fortuna o la miseria en que viven, pues esto mismo es consecuencia de aquello.

Las aptitudes que el hombre tiene para adaptarse a las circunstancias naturales del suelo y del clima, lo habilitan para adaptarse igualmente a las circunstancias morales e intelectuales, que su facultad de pensar le permite crear y modificar indefinidamente; y el animal que por el cambio sucesivo de ideas, sentimientos y costumbres, acrecienta su poder sobre la naturaleza, robustece el cuerpo, ensancha el alma, suaviza y alarga la vida, cambia de naturaleza más aún que si cambiara de especie animal. El asno que se transforma en caballo, v. gr. no haría una transformación tan considerable como la que media entre un caníbal y un filántropo. (Págs. 32 y 33).

\* \*

### *La siembra de las ideas en ambiente moral*

El poseído por las ideas que le han puesto en la mente se siente poseedor de ellas, y las calienta y abriga como las suyas, al igual de la gallina que prodiga sus cuidados maternales a los pollos que salen de los huevos que ella no había puesto, y que fueron agregados a su nido para que los incubase como suyos. Toda enseñanza sectaria es así un incubadero de ideas propias en cabeza ajena, y cada secta mantiene o aumenta de este modo su rebaño de hombres para su sistema de ideas religiosas, que, según sean, lo mejoran poco o mucho, o lo empeoran para la competencia universal, que cada día se inclina más evidentemente al triunfo definitivo de la inteligencia ampliamente cultivada sobre la inteligencia limitada por cualquier grado de fanatismo; al triunfo final del que trabaja más y mejor en el mundo de las ideas, los sentimientos y las costumbres.

Con el tiempo, unas cuantas semillas de una especie de árbol han hecho un bosque de esa especie en un terreno sustraído a las otras especies, como unas cuantas ideas, estableciendo en un grupo de hombres una comunidad de ideales, costumbres, gustos y sentimientos, han hecho en un territorio un pueblo, una raza; el árbol —como el filósofo y el reformador que hacen discípulos y forman secta o escuela—, resiembra continuamente sus frutos en el terreno circunstante y lo ocupa con nuevos individuos que obstan a su ocupación por otras especies, de igual manera que el hombre maduro resiembra sus hábitos, sus ideas, sus sentimientos religiosos, políticos, sociales, en los individuos nacientes, incapacitándolos para las ideas, los usos, y los sentimientos distintos, y la vegetación de las ideas y sentimientos hace la homogeneidad espiritual, el común denominador mental que traza sobre la identidad física de la especie humana las particularidades de cada grupo que lo hacen ser una raza, un pueblo, distinto de otra raza, otro pueblo: como los colores, luces y sombras diferentemente distribuidos sobre placas sensibles en la fotogra-

fía, hacen aparecer sobre cada placa igual a las demás placas la imagen de una persona distinta. Y tal como sobrevienen los naranjos alrededor de un naranjo y los espinos alrededor de un espino, los hombres menores están fatalmente predestinados, en todos los lugares, a las creencias de sus mayores sean las que fuesen, grano o paja, o paja y grano. Los que logran, más tarde, abrir sus espíritus a las luces que repudia el común y hacerse alma nueva, los que consiguen arrancarse el matorral de ideas necias, como yuyos inútiles, que les ha sembrado el ambiente intelectual de la infancia, y repoblarse de ideas verdaderas el espíritu, escapando en parte a esa hilvanación automática del ambiente espiritual que une a los individuos de una comunidad como el hilo a las cuentas de un rosario, no cambian sino muy lenta y parcialmente el alma de una raza.

Y las ideas se disputan el entendimiento humano, que es el terreno en que nacen, crecen, viven y mueren, por los órganos y los medios del hombre que habitan, como las plantas se disputan el suelo, el sol y el aire, por las semillas, las raíces y las ramas; y también, como en las plantas, las ideas menos generosas y más salvajes tienen más fácil arraigo en los entendimientos más pobres, para empobrecerlos más aún. Las ideas más mezquinas prosperan en cualquier miserable espíritu, aun en la pura imbecilidad; y así como las especies vegetales más raquíticas medran de preferencia en los terrenos más flacos, aun en los palos secos o en la piedra viva, los disparates, válidos como verdades completas para el mínimo de discernimiento, prenden en cualquier entendimiento, y de preferencia en los trastornados; y tal como el suelo estéril y seco hace, en las plantas, abortar las hojas en espinas, el espíritu estrecho y árido se trasunta en las ideas y hace abortar los principios humanos en persecuciones inhumanas y las máximas sensatas en necedades y locuras. Y del mismo modo que de las semillas de trigo mezcladas con semillas de yuyos y sembradas en terreno sin roturar sólo brotan los yuyos, del cristianismo sembrado en el espíritu cerrado de los indios de Amé-

rica y los negros de Abisinia sólo brotaron las supersticiones: que son como esas semillas de plantas tenaces que germinan en el polvo que se acumula en las cornisas, filtran sus raíces entre los ladrillos abriendo vías de agua por donde la lluvia, disolviendo la cal, hace caer el revoque y pudre las cabezas de los tirantes, hasta ser necesaria, con el tiempo, la reconstrucción del edificio con humedades. De igual manera se vuelve necesaria la recolonización de los pueblos entecados por las supersticiones.

Como varía en el árbol el crecimiento de la planta y la calidad del fruto, según las condiciones del terreno y del cultivo en que vive, así también las ideas sufren la influencia del espíritu en que están alojadas, se impregnan de sus pasiones, su salvajismo y su orgullo, su necedad o su cordura; y las más humanitarias de sí se muestran brutales en el espíritu del bárbaro, estúpidas en el espíritu estúpido, cuerdas en el espíritu del hombre cuerdo, y los principios políticos del matufiero electoral, como la religiosidad y la devoción de los hipócritas, no son otros sino los mismos principios y las mismas devociones del hombre de bien, creciendo en terreno distinto. Participando de la condición moral y mental del sujeto —como participa la nota musical del timbre del instrumento que la emite— las ideas se vuelven sanguinarias, crueles, fratricidas, torpes, según la mente que las lleva: intolerantes y despóticas en el que no sabe gobernarse, y a quien ellas gobiernan, entonces, con su propio despotismo y brutalidad. Así él las obedece vanagloriándose, como todo lacayo, de ser esclavo de sus principios políticos o religiosos que lo han hecho bestia feroz contra sus prójimos, sus vecinos, sus amigos o sus hermanos, a consecuencia de ser los tales dogmas políticos o religiosos el único bagaje, la sola voz y autoridad de su espíritu sin lastre, en el que faltan “los representantes de la oposición” y no hay la luz para alumbrar el otro lado de las cosas que crea el saludable escepticismo; y el ser racional, y animal peligroso al mismo tiempo, va —principista en el dilema del salteador de caminos: “Catolicismo o la hoguera”; “libertad, fraternidad o la muerte”;

“federación o muerte”— a trabajar en la carne de los otros la unidad política o religiosa, el reinado sin control de sus ideas, que suspenderá el progreso de su país en la parte correspondiente a las ideas que quedan expatriadas, y entecará su raza.

Y si la época es de brutalidad, quedan dueñas del campo las ideas que están en posesión de los hombres más brutos, más fanáticos y valerosos, por ende. Y si la época es de libertad y de civilización, de escuelas, de vapor y electricidad, triunfan las ideas de los hombres que sean más morales, más libres, más instruidos y laboriosos, porque tienen más sensatez y honestidad privada que son riqueza pública, y más riqueza que es poder; y de estas diversas circunstancias resulta, en cada momento del mundo, un diferente acaparamiento de los hombres y de las tierras por las creencias que los gobiernan.

Del mismo modo, las circunstancias ambientes de humedad, sequedad, calor, favorecen la preponderancia de unas especies vegetales en un paraje y de otras especies en otros parajes; interviene el hombre con el abono, el riego y las semillas seleccionadas, y hace prevalecer el pasto blando, el árbol de frutos substanciosos, los cereales y las legumbres en el terreno poseído por los espinos, los abrojos, el cardo y el pasto duro, y la misma tierra queda habilitada para sustentar mejor a una mayor población. De igual manera las ideas que produce un hombre de espíritu más abierto, más universal en las ideas y sentimientos, más eficiente en la acción, —un hombre más autónomo, más humanitario por más independiente, un hombre más apto para aprovechar las fuerzas naturales que las ciencias y las artes han puesto a su servicio y las fuerzas morales que el cristianismo ha creado—, hacen prevalecer al individuo civilizado sobre el salvaje, y al más civilizado sobre el menos civilizado, al hombre verdadero sobre el falso y embustero, a los cristianos que han hecho un santuario en el hogar sobre los cristianos que han hecho un mercado de indulgencia en el templo.

La tierra brinda su capa vegetal humedecida por la lluvia a las semillas que lleva el viento o desparrama el labrador, como el niño brinda su maleable espíritu a las ideas que pasan y a los principios que le inculcan. Brotará lo que le siembren: trigo aquí, cardo allá; regularmente, hechicerismo puro en los niños indígenas de la Oceanía; indochinismo en los del Asia; fanatismo musulmán, crueldad, expoliación y lujuria en los niños del Levante y del Africa; corrupción, intolerancia y sumisión católica en los niños del sud de Europa y de América; espíritu de independencia, honestidad y tolerancia en los del Occidente de Europa y norte de América. Y no porque en Asia, Africa, Oceanía y Sud América, —donde los hombres sufren de ordinario más persecuciones por los errores políticos o religiosos de que son inocentes, que por las malversaciones y crímenes ordinarios de que son culpables—, las poblaciones tengan empeño en cosechar el enflaquecimiento consecutivo y las bancarrotas periódicas que les resultan naturalmente de sus erradas siembras mentales, sino porque no han logrado todavía conocer la naturaleza del entendimiento humano como conocen la del suelo; y mientras en éste, labrando la tierra y eligiendo la semilla según el fruto que produce de hecho, jamás siembran maíz para cosechar trigo, v. gr., siembran en el espíritu del niño mentira y supersticiones para cosechar rectitud y probidad, cultivan la esclavitud del pensamiento hoy para cosechar mañana la libertad de acción civil y política, como antes la cultivaban para cosechar la absoluta sumisión civil y política en la vana esperanza de cambiar la cosecha sin cambiar la siembra. (Págs. 58 a 64).

\* \*

*La coacción religiosa es obstáculo a la libertad política*

Se acostumbraba decir, en excusa de nuestra flacura, que a nosotros nos faltó la educación política, y que ésta sería pronto

adquirida por el mismo uso de la libertad, pues no se pasa del despotismo a la libertad plena sino a la anarquía primero, a la tiranía después, y finalmente a la libertad. Palabras, y nada más que palabras, porque ni esto es cierto, ni nosotros hemos aprendido la cosa en ochenta años de vida independiente, ni la España, ni ninguna astilla de ese palo, ni estamos siquiera en camino de aprenderla; y mientras el Japón está pasando —de golpe y sin porrazo— del más puro despotismo asiático a mayor libertad política que la España y el Portugal, y a diez veces mayor prosperidad nacional que el Portugal y la España, nosotros seguimos siempre empeñados en realizar el milagro —o sea el absurdo de conseguir en la masa lo que en las unidades que la constituyen condena y cohibe la Iglesia, que gobierna la familia y tiene por el mango la sartén en que se fríe el alma de los ciudadanos, para sacarlos dirigibles y sunisos, como ella los necesita—, entecos de pensamiento y voluntad propia cuando la libertad de acción los necesita autodirigentes, autocapaces y autoque- rientes.

Y la libertad política que es capacidad nacional sólo cuando es capacidad individual; la libertad política que tuvo sus primeros balbuceos en las riberas del Mediterráneo, en Grecia y Roma; que debió renacer y prosperar en las naciones católicas latinas, porque ellas fueron durante quince siglos los pueblos más adelantados del mundo —anatematizada por “nuestra Santa Madre Iglesia”, como “enemiga de Dios y de su Iglesia”, como contraria al reinado absoluto de la Corte de Roma, dice Renán—, tuvo que ir a renacer y prosperar allá lejos de su cuna primera, en la vieja Albión, donde con los hugonotes expulsados de Francia se había refugiado también la libertad de conciencia, igualmente nacida en el sur. De la Inglaterra pasó a América, y el Reino Unido y los Estados Unidos vinieron a ser así los primeros pueblos del Norte que hicieron “sangre nueva”, por “el espíritu nuevo”, con los principios fecundados en Atenas, en Roma y en Galilea.

Y la libertad de acción, reimportada dos siglos más tarde de Norte América y de Inglaterra a Francia, y propagada de ella a los demás países católicos, sin libertad de pensamiento, ha brotado y crecido como planta exótica en terreno ingrato, entre luchas permanentes, trastornos crónicos y debilidades orgánicas, que suprimen toda esperanza discreta de que pueda dar en ningún tiempo, a la sombra de la infalibilidad del Papa, los mismos hermosos y robustos frutos que produce a la sombra de la plena libertad de pensamiento. (Págs. 88 a 90).

\* \*

### *Evolución divergente del espíritu cristiano y católico*

La era cristiana es la era de la conciencia humana, porque las predicaciones de Jesús fueron una rebelión contra la ley antigua convertida en precepto seco e invivificable, en corteza muerta para el entendimiento de la humanidad en crecimiento. Fueron la proclamación misma del principio de la libertad del espíritu humano para crecer fuera de la ley escrita, para ir más allá que el sacerdote instituido en sepulcro vivo del pensamiento de los profetas muertos.

Pero en el nombre mismo del maestro que prefirió el suplicio y la muerte a la abdicación de su pensamiento y de su conciencia ante el pensamiento y la conciencia de los sacerdotes de su tiempo, se levantó después el patíbulo en que los sacerdotes posteriores castigaron la independencia del pensamiento en los nuevos rebeldes a la nueva conciencia oficial, también convertida en corteza seca del espíritu humano.

Fue una necesidad absoluta que la doctrina se encarnara en una secta, que la democracia degenerase en aristocracia, que la aristocracia episcopal se diera una cabeza para mantener la unidad de la nueva fe y que la sucesión espiritual de Jesucristo

fuera confinada a la capacidad de un solo hombre cuando la de toda la humanidad no era bastante para recogerla (“La historia de la jerarquía eclesiástica es la historia de una triple abdicación, la comunidad de los fieles depositando desde luego todos sus poderes entre las manos de los antiguos o ‘presbyteri’; el cuerpo presbiterial llegando a reunirse en un solo personaje que es el ‘epíscopi’; después los ‘epíscopi’ de la Iglesia latina llegando a anularse delante de uno de ellos que es el Papa. Este último progreso, si puede llamársele así, no se ha realizado sino en nuestros días”, (Renán, “Les évangiles”, pág. 332); que el nuevo credo tuviera sacerdotes, que los sacerdotes fueran hombres y en consecuencia renunciaran espontáneamente al relevamiento del prójimo para compartir con la reyecía y la nobleza los privilegios del poder; fue una necesidad que la obra prodigiosa del espíritu incomparable que entendía la emancipación del hombre por la superioridad de su entendimiento y su corazón sobre las cosas de la tierra se empequeñeciera en los hombres comunes y estrechos que fueron sus discípulos, hasta no ser más que la sustitución de una nueva tiranía del espíritu a la tiranía antigua, la redención de la iglesia y no la redención del hombre, el reino de los ungidos en vez de la república de los buenos. La emancipación del hombre por el poder del individuo sobre las debilidades morales que lo empobrecen y lo esclavizan a las consecuencias de su propia maldad y torpeza, vino a ser entendida como el poder de la iglesia sobre el individuo ineducado y sometido a su benéfico yugo; y de los dos sentimientos diferentes que constituyen la esencia misma del ser moral, el instinto de libertad despertado en el oprimido hizo la libertad de conciencia, y el instinto del orden a su turno despertado en el vencedor, hizo la nueva esclavitud de la conciencia. De esa manera sobre el sanedrín demolido, sobre el *statu quo* de la ley inmodificable, abrogada por el principio de la libertad, se levantó sobre el principio de autoridad el pontificado omnipotente, con un nuevo *statu quo* inmodificable, y la vieja ley moral absoluta bajo pena

de muerte para los innovadores, —que había hecho morir por delito de novedad a Sócrates y a Jesús en los tiempos antiguos—, volvió a cosechar víctimas modernas en los tiempos nuevos. (Págs. 117 a 119).

### *El fanatismo como fuente de injusticia*

Cuando cada individuo, cada partido o secta, por consecuencia necesaria de su pobreza de entendimiento, se sienten depositarios exclusivos de toda la verdad, la razón y la justicia, el sentimiento de la justicia es en ellos la segunda razón de ser de la injusticia.

Encumbrados por los dogmas o las prácticas religiosas o por los principios o los programas políticos, los pobres de espíritu que se creen, por ende, en las nubes, los beatos y los “principistas”, son siempre las bestias sublimes de la creación, porque desde su altura imaginaria se ven seres superiores al común de los hombres y entonces, como ellos han alcanzado ya la perfección y los otros no, resulta claro que: “los hombres somos nosotros; los demás no son más que chanchos y perros” (“Estos gringos son animales: no están bautizados”, me decía una dama muy inteligente, muy ignorante y muy religiosa.) (Pág. 139).

### *Introducción de la Edad Media en la América española*

De hecho, la superioridad no pertenece a los ignorantes sino a los educados, no a los devotos sino a los sensatos, no a los que no saben sino a los que saben dirigirse solos, pues el progreso no es hijo de la virtud sino del egoísmo inteligente y sensato. No por el bien de los demás sino por el suyo propio el individuo animoso se educa y levanta el nivel de su existencia, aumentando el poder de su entendimiento, con lo que llega a ser diez, ciento o mil veces más útil a los suyos y a los ajenos. El que no se educa

y no aprende a ser dueño de su persona para los fines de su existencia, queda en hombre mostrenco, hasta rayar, a veces, en ser humano menos importante que una mula o un caballo, pues aunque todos puedan ensillarlo gratis, de balde, llega a ser caro por los andrajos y el alimento. (Págs. 235 a 236).

*Pueblos nuevos con ideas nuevas y pueblos nuevos con ideas viejas*

Y el conjunto de las supersticiones de la antigüedad y de la Edad Media —el pensamiento del pasado a que el común de las gentes acomoda su vida en el presente— que pudo debilitar tan profundamente a los pueblos más viejos y más fuertes de la Vieja Europa, hasta convertirlos en los más débiles, impidió también el crecimiento y la prosperidad de los pueblos jóvenes del Nuevo Mundo.

Y he ahí cómo, mientras la América del Norte nacía pueblo nuevo con vida nueva, la del Sud nació pueblo viejo con vida vieja; y mientras ella creó su nueva constitución para habitarla con su nuevo entendimiento, nosotros la copiamos y nos pusimos a habitarla con el entendimiento viejo que nos infundió en la cuna de España medioeval, y que nos siguen elaborando sus mismos frailes con los mismos catecismos. (Pág. 282).

*El espíritu de casta*

Las deplorables consecuencias mentales, morales, sociales, políticas, económicas, de esta aberración católica del cristianismo en España, que dividió la sangre y la sociedad en castas, induciendo a los hombres a considerarse seres inferiores o superiores por la sola circunstancia del nacimiento, de las creencias o de los atavíos, han sido tan grandes y tan extensas que hasta hoy mismo, y aun entre nosotros que fuimos la menos aristocrática de sus colonias, se palpan todavía en esa hambre insaciable

de ventajas y honores oficiales, en esa malhadada tendencia a juzgar a las gentes por los trapos que visten o la profesión que ejercen, o la clase en que militan, la religión que profesan o el partido a que sirven; en la incapacidad “para juzgar a cada hombre en su valer como hombre”, que Roosevelt estima ser la raíz de la sensatez política; en la repugnancia de los ricos a mandar sus hijos a la escuela común para que no se codeen con los hijos del pobre, y en la repugnancia a trabajar de los pobres que se han codeado con hijos de rico. Y aquí, también, como en España, los jesuitas y sus monjas se dedican a servir, fomentar y explotar en sus escuelas aristocráticas ese miserable brote del más necio, fraticida, anticristiano y antipatriótico orgullo de casta, que mata el sentimiento de solidaridad humana entre los ricos y los pobres. (Págs. 318 a 319).

*Adaptación de los hombres al ambiente moral en que viven*

El orden de las cosas en cada sociedad y en cada capa o estrato social, que es una lección de cosas, una educación por el ejemplo, sugiere el orden de las ideas y los sentimientos en el individuo que nace y cree en ella. El conjunto de creencias, verdaderas o falsas, instrumentadas en un conjunto de hábitos correlativos, son el molde obligado en que cada individuo desenvuelve su personalidad, el alimento de su espíritu, y la atmósfera que respira el alma, y consiguientemente lo hacen ser moralmente distinto del que tiene, en otra coordinación de ideas, sentimientos y costumbres, otro molde espiritual.

Las costumbres son los actos coordinados del individuo para la realización de sus instintos, gustos, ideas y sentimientos. Las costumbres ambientes del país son al individuo moral lo que son al individuo físico los trajes, las habitaciones, los caminos: una sugestión máxima irresistible para el común de las gentes. “En la rutina de la vida una masa enorme de hábitos nos mueven

como autómatas —dice Ribot. Son los sentimientos solos quienes conducen al hombre” (“Si se descuenta de la vida lo que debe ser cargado en cuenta al automatismo, al hábito, a las pasiones y sobre todo a la imitación, se verá que el número de los actos puramente voluntarios es bien pequeño. Para la mayoría de los hombres la imitación basta: se contentan con hacer lo que “ha sido” voluntad en otros, y, como piensan con las ideas ambientes, obran con la voluntad ambiente. Entre los hábitos que la hacen inútil y las enfermedades que la mutilan o la destruyen, la voluntad es un accidente feliz” (Ribot, “Maladies de la volonté”). Y quien hace los sentimientos del ambiente hace al hombre, y quien cambia esos sentimientos cambia al hombre.

El individuo incipiente toma las ideas, los sentimientos y las costumbres como las calles: por donde están hechas; y si son incipientes en algún país, hasta los viejos son hombres incipientes en tal país. Insensiblemente, cada uno está pues modelando su conducta por la de los otros, que es sugestión inmediata, reiterada y constante y por esto más eficiente que el ejemplo remoto que fue la conducta de “nuestros gloriosos antepasados” Así, el refrán, sentencia abreviada, que necesita expresar la verdad en cómputo de máxima, prescinde de la mínima, y no dice dime de quién descienes, sino “dime con quién andas y te diré quién eres”, agregando todavía que “más vale solo que mal acompañado”

La descendencia espiritual, la decisiva, es la transmisión del entendimiento, de los ideales y los sentimientos de las generaciones que se van a las generaciones que vienen. “Toda la educación consiste en la formación de hábitos”, dice J. M. Baldwin, y los hábitos corrientes que se adquieren automáticamente, por instinto de imitación, hacen la educación espontánea del individuo, que lo hace semejante al común de los individuos. Por supuesto, “el bucy corneta”, aparece en las mejores familias y “no hay garantía alguna de que los padres sanos y virtuosos transmitan la salud y la virtud a los hijos”, dice Austín, mien-

tras, según los nobles experimentos del doctor Barnardo, de los hijos de los perdidos puede hacerse gente de provecho, educándolos en otro medio, pues todo depende en el hombre del capital de ideas, sentimientos y costumbres que el común de las gentes recibe sin beneficio de inventario de los que llegaron antes y retransmite sin examen a los que vienen después.

Y cuando se dice que la historia es el maestro de los pueblos, se indica el *mínimum* de verdad por el *máximum*. Los hechos del pasado fueron la consecuencia de las ideas y los sentimientos del pasado, como los hechos de hoy son la consecuencia de las ideas y los sentimientos de hoy.

Ahora, en los pueblos estacionarios, como el presente es la continuación del pasado, el descendiente es la reedición del antecesor, como es el caso de los árabes, los persas, los turcos, los chinos, etc. En los pueblos en evolución de ideas, sentimientos y costumbres, como el presente es distinto del pasado, el descendiente es distinto del antepasado en la misma medida y dirección. “La Inglaterra de hoy, tan diferente de la de hace dos siglos, ha salido de ésta por una doble evolución material y moral”, dice Leclerc; y la España de hoy, tan parecida a la de hace dos siglos, ha salido de ésta por una simple continuación de los mismos frailes con las mismas supersticiones medioevales.

Nosotros también nos emancipamos del rey de España, pero no de los frailes y sus alforjas, no del molde espiritual que produce el tipo de hombre español, y seguimos produciendo españoles en América, cien años después, mientras en California y Tejas los descendientes de español salen anglo-sajones, porque los ideales, los sentimientos y las costumbres norteamericanas tramando sobre la urdimbre de los instintos comunes traducen una raza en otra. Y se pretende que esos sentimientos y costumbres son incompatibles con nuestra raza. Bien pronto, Puerto Rico cambiará de orientación mental sin cambiar de sangre; a la devoción mugrienta que acrecienta la mortalidad sucederá la higiene moderna que la disminuye; al desorden administrativo el su-

perávit en las rentas, a la pobreza de espíritu la riqueza de inteligencia, voluntad y moralidad, y consiguientemente a la miseria el bienestar. Y, ello no obstante, seguiremos creyendo que el entendimiento de la vida que produce en la era presente el bienestar de los individuos y la prosperidad de las naciones liberales son incompatibles con “la sangre absolutista, fanática y supersticiosa”, que tenemos en las venas, la cual sangre española tiene la misma composición química y la misma estructura anatómica que la de cualquiera otro animal de dos patas y sin plumas. (Págs. 330 a 334).

*Necesidad, para nuestro progreso, de excluir las ideas y los sentimientos hispano-coloniales*

*El estilo del país* es una escuela de hábitos y aspiraciones, una atmósfera de sentimientos, ideales y tendencias que asedian e infiltran al elemento adventicio por todos los medios de intercambio y contacto, y acaban por refundirlo, haciendo argentino el corazón de un Brown, araucana el alma de un Walker y charrúa el espíritu de un Mac-Eachen. El extranjero se acriolla, pues, y a la segunda o tercera generación es criollo y medio con todas las cualidades y los defectos indígenas, y el decantado “crisol de razas” es una frase de fantasía con muy fugaz substancia.

Una raza de hombres no se mejora durablemente por la cruce con otras ya mejoradas, como los ganados, sino por la mejora de sus propias ideas, sentimientos y costumbres, pues éstas eliminarán fatalmente en los productos argentinos de la cruce la superioridad que las ideas, los sentimientos y las costumbres del lugar de procedencia hubieran consolidado en el entendimiento del progenista extranjero. Una raza de hombres no se mejora por su “transformación étnica”, sino por su transformación mental, porque la capacidad para el progreso no radica en la

piel y el esqueleto, ni el hombre vale, como el buey, por la fuerza de arrastre, el cuero, la carne, la grasa, los huesos y las astas.

Aun en los ganados —dicen los criadores— “la mitad de la mestización entra por la boca”, pero en las razas humanas toda mestización entra por el espíritu. “La opinión de los maestros de la juventud, los más competentes, más tranquilos, más experimentados, es que podemos, en dos o tres generaciones, por medio de nuestras escuelas y sin sacrificios extraordinarios, realizar este bello sueño (la reforma de la humanidad corrompida), cumplir los mejores votos de todos los filántropos”, decía y lo demostró prácticamente H. Mann. (Págs. 342 a 343).

\* \*

Por regla general, el extraño no introducirá en el país permanentemente la inteligencia, la moralidad y la energía que traiga, en más de lo que fuere moneda corriente; el país impondrá, sino a él mismo, a sus descendientes, su propia medida, su *vi-veza* o su intolerancia, su indolencia, su fanatismo y su estrechez de espíritu; le imponemos nuestro entendimiento de la vida como nuestro idioma, y nuestros usos, nuestras supersticiones y nuestra lengua lo traducen a nuestra raza espiritual y a nuestro nivel mental, y en este plan de regresiones que van de suyo es mucha ilusión esperar que los inmigrantes nos cambien la naturaleza española del “gran pueblo argentino”, si no cambiamos también el alma española del ciudadano argentino.

Pues el adelanto que los pueblos han realizado en este continente está en razón directa del entendimiento moderno que han introducido y de la supersticiones que han barrido las líneas de vapores, los ferrocarriles, las escuelas, la prensa y los libros. Los extranjeros nos han mejorado infinitamente menos por la sangre que han mezclado con la nuestra que por las ideas y los sentimientos superiores que han aclimatado en nuestro espíritu, y por la influencia que esto ha ejercido en nuestro entendimiento

de la vida. No por la fuerza muscular que hayan convertido en trigo y por el trigo en dinero y por la vida rica en patrimonio para frailes haraganes y virtuosos, o por el yerno criollo o andaluz en despilfarro, sino por la parte en que sus ideas y sentimientos han ensanchado nuestro entendimiento a nuestro corazón.

Nuestro progreso ha consistido en la amortización de la ignorancia, la pobreza de espíritu, la intransigencia, la belicosidad y las supersticiones católicas coloniales, es decir, españolas y nuestro atraso depende de la supervivencia de tales indigencias morales, atizadas a más y mejor por las congregaciones religiosas, rabiosamente españolas en su espíritu y tendencias.

Cuando el doctor Amán Rawson vino a San Juan, en 1818, el pueblo, habituado a los curanderos, velas a las imágenes milagrosas y misas a las ánimas benditas, —versión medioeval de los himnos a Esculapio, que eran la terapéutica y la farmacopea mágicas vigentes— no quería pagar el auxilio de la ciencia moderna que consideraba inútil para los enfermos; Rawson, poniendo una botica y recetando gratis, creó en el pueblo el hábito moderno de servirse de la ciencia humana para las enfermedades humanas. (Págs. 343 a 345).

### *El espíritu hispano-argentino de la primera mitad del siglo XIX*

En 800 años de guerra, los moros fueron expulsados de España, pero en esa lucha secular de dos fanatismos contrarios y enardecidos se formó el carácter del español, hechura, protegido, instrumento y rebaño de la Iglesia católica militante, inquisidor por educación, discípulo sumiso del clero, vale decir, siervo del siervo, amante apasionado del yugo espiritual, desposado en matrimonio indisoluble con esa inclinación mental que produjo la orden de los jesuitas por la implantación de la obediencia pasiva en las materias del entendimiento, verdadera aberración musulmana de “la doctrina de la libertad de las almas” que predicó el Redentor.

Los españoles fueron, al fin, expulsados de América, pero aquí quedó su espíritu —con sus frailes, sus conventos, sus costumbres, sus ideas, sus tendencias, su adoración de los muertos y su culto de las reliquias—, de que resultaron nuestras desgracias morales, sociales, políticas, económicas. Los hijos rebeldes heredamos, bien involuntariamente, las modalidades espirituales de la madre gloriosa y de largo tiempo enferma de estancamiento moral, y seguimos y seguiremos padeciendo su misma desgraciada constitución mental, dentro de nuestra prestada constitución política. (Págs. 367 a 368).

*La evolución del ambiente moral hispano-americano*

Entonces, pues, no digamos que nuestra invalidez para la prosperidad humana es incurable por ser consuetudinaria, hasta haberse convertido en calidad de la raza española, porque no es cierto lo primero, aun siendo cierto lo segundo. Semi-atrofiado de la capacidad para el *self control* y el *self help*, por la fe en el poder de los muertos, de las reliquias y de las ceremonias rituales para influir en la conducta, en la capacidad y en el destino de los hombres y de las cosas que les conciernen; semi-tullido del entendimiento y la voluntad por la sumisión pasiva y consuetudinaria al entendimiento y la voluntad de los directores espirituales y temporales, nuestro pueblo es curable todavía, como el parálítico de la leyenda cristiana, y el remedio consiste, también, en inducirlos a levantarse y echar a andar. (Págs. 375 a 376).



# LA TRANSFORMACION DE LAS RAZAS EN AMERICA \*

## EVOLUCION DEL ESPIRITU HUMANO

### *La fe y la razón*

A primera vista se sorprende la supervivencia de tan grandes necesidades morales e intelectuales al lado de los grandes ensanches aportados al entendimiento humano por las disciplinas positivas de la civilización moderna.

Pero es que aquellas enormidades representan el ideal de justicia de las épocas que precedieron a la civilización presente.

Y los creyentes de todos los credos, desde los últimos negros de Africa hasta los más encumbrados príncipes cristianos, desde los fanáticos que se hacen aplastar por las ruedas del Jageronaut hasta los bonzos, los derviches, los lamas y los frailes que se aburren, se maltratan y se envician en los conventos con sus tristezas confesionales, porque cada uno entiende que no tenerlas sería mil veces peor, puesto que sería la perdición entera; todos están aclimatados a la religión de su comunidad como al clima de su país, y aun orgullosos de su respectivo lote de mojigangas y tonterías, porque en ningún momento han estado en capacidad

---

\* Véase "Síntesis cronológica", años 1905 y 1908. Texto de la edición *La Cultura Popular*, año 1934, con una introducción de Arturo E. de la Mota. Talleres Gráficos Argentinos, L. J. Rosso, Buenos Aires,

ni en imparcialidad para juzgarlas, porque no hay comparación posible entre lo que se siente y lo que no se siente, entre lo que se cree y lo que no se cree; porque no hay posibilidad de juicio para el entendimiento adulto entre lo que es precierto y lo que es prefalso, desde la infancia.

El caballo que ha crecido comiendo pasto duro en el campo se muere de inanición mordiendo palos o mascando tierra frente a una pila de maíz desgranado, como, en las grandes sequías, el hindú, vegetariano por precepto religioso, se muere de hambre en medio de un rebaño de vacas sagradas o profanas, y en la misma situación se encuentran los noctámbulos del obscurantismo, que, viviendo en el tenebroso ambiente de las verdades reveladas, se sienten enceguecidos por la claridad de las verdades demostradas, como los topos y los murciélagos por la luz del día.

Como los creyentes en la fatalidad de la suerte del viernes o del trece, los creyentes en las supersticiones católicas están aclimatados desde la infancia a la fe en los fetiches y a su régimen de terrores y esperanzas ilusorias perfectamente avenidos a las infelicidades y explotaciones inconexas, por su profunda convicción de hacerse infinitamente más infelices si las dejaran; aclimatados a la perspectiva del fuego eterno, como a los fríos glaciales el groenlandés que sufre en las regiones templadas la nostalgia de sus nieves perpetuas.

Pero una religión desalentadora del esfuerzo personal para el mejoramiento de la condición personal es obstructiva o depresiva de la acción humana como un clima ingrato o enervante, y cuando concurren las dos circunstancias a la vez, su acción general es doble, como es el caso en las poblaciones musulmanas que habitan la zona tórrida en el viejo mundo, y el de las poblaciones católicas de la misma zona en el nuevo.

Por supuesto todos tenemos creencias, —la creencia es la expresión, el resultado, la forma de la razón humana en un asunto y en una época— pero unos tienen creencias voluntarias que pueden cambiar o dejar, como el traje civil del particular,

y otros tienen creencias forzosas, como el uniforme del fraile o del soldado, que no pueden cambiar o abandonar sin incurrir en penalidades; unos tienen creencias antiguas y otros tienen creencias modernas, porque la razón humana tiene hijas mozas y tiene hijas viejas. (Pág. 64).

### *Las últimas auroras*

El siglo XIX es el punto de partida de una nueva era más preñada de beneficios para los hombres que la que se abrió con el sermón de la montaña; es el momento del tiempo en que los hombres más altamente civilizados empiezan a dejar de pedirle a Dios que los haga buenos y sabios y fuertes, para esforzarse en serlo por sí mismos; a desentenderse de los mundos imaginarios para sacar partido del mundo real, saliendo del redil de la revelación para conquistar la naturaleza, cambiando su punto de mira del pasado al porvenir, del fatalismo al determinismo, de la oración a la acción, del desalentado pesimismo al animoso optimismo, sueltas las alas del espíritu para explorar todos los horizontes sin pasaporte de la autoridad eclesiástica; emancipados de esa tonta piedad por los muertos que mantiene a los creyentes llorando estúpidamente sobre las miserias remediables del presente por las desgracias irremediables del remoto pasado, afligidos por los sufrimientos de Jesús, de los mártires y de todos los difuntos y perfectamente insensibles a los sufrimientos de los vivientes; esclavizando al prójimo para explotarlo en vez de apropiarse las fuerzas de la naturaleza para libertar los brazos del hombre, horadar las montañas, surcar los mares, canalizar los ríos, acortar las distancias y penetrar en las entrañas de las cosas para descubrir sus leyes, aislar los microbios, inventar los sueros y los anestésicos y descubrir la pedagogía y la psicología, la asepsia y la antisepsia, que les permitieran llegar a sus propias entrañas físicas y mentales, para

extirparse las infecciones, los tumores, los cálculos y los quistes, los malos humores y las malas pasiones, en la plena seguridad de que haya o no haya Dios, el que haya hecho más bienes y menos males, el que haya sido más útil a los suyos y a los extraños, el que menos haya padecido de la ira del odio y más haya disfrutado del amor y la amistad, en una palabra, el que “haya Dios, el que haya hecho más bienes y menos males, el que haya sido más útil a los suyos y a los extraños, el que menos haya padecido de la ira del odio y más haya disfrutado del amor y la amistad”, en una palabra, el que “haya sido una grande alma en este mundo, tendrá más probabilidades de ser una grande alma en cualquier otro mundo”

En el siglo XIX, en efecto, se ha librado la batalla decisiva entre los nuevos y los viejos ideales, que se baten ya en retirada. Los derechos del hombre están desalojando a los del sacerdote y del rey, la nobleza y el clero han perdido sus privilegios seculares, la dignificante solidaridad está sustituyéndose a la humillante caridad, ha tenido lugar la emancipación de los siervos y la liberación de los esclavos, y detrás de ellos el obrero socialista, no el obrero católico que se empeña en seguir siendo del cura, el obrero ha entrado a ser persona, con derecho de vivir, de pensar y de luchar por la emancipación económica, para el mejoramiento de su condición social por una más justa participación en los frutos de su trabajo.

Y finalmente, la mujer, la hija y esclava espiritual del confesor —el secular intruso en el hogar católico— suegro suplementario en el matrimonio religioso, recuperando su personalidad, se incorpora, ella también, al movimiento emancipador de la raza humana subyugada por la Iglesia divina.

Entretanto, felices nosotros que podemos presenciar en estos momentos el crepúsculo de lo que fue y la aurora de lo que será. Dichosos nosotros que podemos pensar y decir sobre el futuro y el pasado lo que se nos venga a la mente, sin temor de que se nos atormente, nos quemén o nos destierren los ministros de

Dios ofendido y enojado por ello, como lo hacían con nuestros abuelos, casi sin temor de que nos injurien, nos calumnien y nos persigan, como lo hacían con nuestros padres, los representantes oficiales del Dios de bondad.

Los que tienen motivos sobrados para estar quejosos, apenados y tristes no somos, ciertamente, los que tenemos la conciencia libre de terrores fantásticos y a nuestro alcance la ciencia, que es el poder de hacer milagros efectivos, sistema Edison, Röntgen, Marconi, etc., etc., sino los fabricantes de terrores y milagros imaginarios, los sacrificadores de la verdad humana a la verdad divina, los ayer omnipotentes fulminadores de las iras y de las venganzas del Todopoderoso, hoy expulsados como leprosos mentales de la nación más adelantada de la Europa, y sin poder defenderse, porque aquella arma formidable con que gobernaron al mundo hasta el siglo XVIII —la excomunió— está reducida por el progreso de la razón humana al modesto rol de carabina de Ambrosio. (Pág. 84).

### *La sociedad presente y la futura*

En estas sociedades que descansan, todavía, sobre el lujo y la miseria, sobre la ociosidad de los unos y el trabajo de los otros, lo que los padres quieren procurar a sus hijos no es la capacidad para disipar, la posibilidad de disfrutar sin producir, en una palabra: la riqueza. Y lo que hombres y mujeres buscan principal o secundariamente en el matrimonio, es la dote inmediata o la herencia en perspectiva.

Y desde que la riqueza confiere la posibilidad de alcanzar los honores y los privilegios, y la satisfacción de todos los gustos, los apetitos y las vanidades en boga, y aun la de comprar a la Iglesia la salvación eterna, y que ella pueda ser adquirida por medios ilícitos o perversos, con más o menos riesgos, hay un premio eventual para la depravación moral, una seducción

permanente —que en muchos países y en ciertas ocasiones suele hacerse irresistible— para la mentira, el robo, el peculado, el fraude, el asesinato y la guerra.

Sin duda la profesión del bellaco, que es entre los musulmanes y que tantos siglos ha sido en la cristiandad el medio más rápido y eficaz de conquistar honores y privilegios y de alcanzar títulos de nobleza, en el achatamiento universal de los pobres de espíritu que elaboraba la Iglesia, se viene haciendo cada vez más peligrosa y menos lucrativa y honorífica, con el reverdecimiento de la energía al influjo de los ideales modernos, pero, todavía, y particularmente en los países católicos y ortodoxos, el inquilino de la sociedad contemporánea está instalado en un plano fuertemente inclinado hacia la perversidad humana, resultando siempre más o menos ineficaces para contenerlo arriba todos los terrores en uso, civiles o religiosos, y todos los surtidores permanentes u occidentales de energía moral.

Pero, según el rumbo que llevan las ideas avanzadas del presente, en la sociedad del porvenir, lo que los padres querrán dejar a sus hijos, lo que buscarán en el matrimonio los hombres y las mujeres, será “la salud o la plenitud que responden a sus propios fines y tienen para ahorrar, correr e inundar los alrededores y cruzar por las necesidades de los otros hombres”, como dice Emerson; será la aptitud para conducirse y prosperar por sí mismo, la capacidad intelectual, moral y física para la felicidad humana por la fraternidad humana, la sensatez, la dulzura, la belleza del alma; por el trabajo, el amor y la amistad, según aquella exacta definición de la dicha, que la hace consistir en “tener siempre algo que hacer, alguien a quien amar, alguna cosa que esperar”

Transformados así los ideales directrices de la conducta individual, esclarecida y refirmada esa tendencia natural primaria del espíritu a estimar a los individuos según el bien que produzcan para los demás hombres, que no ha suscitado los tiranos y los usureros, pero sí los mártires de las ciencias y las artes, los héroes

de la libertad, de la justicia, de la fraternidad, de la filantropía, los exploradores, los inventores, los educadores, los pensadores, los músicos, los poetas, los conspiradores, los patriotas, el bienestar del individuo, que hasta ahora “depende de lo que se anexa, absorbe o apropia, dependerá de lo que irradie”, como dice Hubbard, y entonces el plano en que se desliza la conducta personal en la sociedad habrá invertido su inclinación de la iniquidad a la rectitud, del egoísmo al altruismo, de la soberbia a la benevolencia, de la insolencia a la cortesía, de la hipocresía a la sinceridad, de la mentira a la verdad, y habrá llegado por el común de las gentes esa situación de las almas superiores en todos los tiempos, desde Sócrates, Platón, Jesús, Epicteto y Marco Aurelio, hasta el filósofo de Massachussets, que la describe así: “Todo hombre tiene cuidado de que no le engañe su vecino. Mas llega un día en que se cuida de no trampear él a su vecino” (Pág. 93).

### *El porvenir*

En el siglo XIX la vida humana ha sido alargada en diez años por la supresión de las epidemias, tanto y tan inútilmente duplicada a Dios, puesto que dependía del adelanto de las ciencias humanas que él no podía crear y difundir, y de las obras de salubridad que él no podía construir; por la disminución de la miseria que dependía de la libertad política, de los métodos económicos y de las máquinas que él no podía inventar; por la disminución de la imbecilidad humana mediante la educación y la instrucción que Dios no puede hacer y que están haciendo las escuelas y las universidades.

“El cuerpo, que es el irreconciliable enemigo del alma en la doctrina cristiana” está recibiendo ahora, hasta de los creyentes en la virtud póstuma, de la mugre y de las llagas, atenciones que el gran Pascal hubiera considerado pecaminosas.

En el último siglo la pena de muerte ha sido gradualmente restringida, y reducidas las prisiones en número y en grado de mortificación a la mitad de lo que fueron en el precedente, y la tendencia está pronunciada en el sentido de transformarlas en reformatorios por el trabajo y la instrucción, mientras una educación más racional acabe por hacerlas innecesarias, pues “las malas pasiones no son, como dice Manuel Ugarte, carne de hombre, sino enfermedad adquirida del ambiente en la niñez”

Cuando la felicidad humana era poca y la infelicidad era mucha, aquélla alcanzaba apenas para unos cuantos acaparadores y ésta sobraba para el resto de los hombres. Por efecto de los trabajos de las ciencias y las artes liberales que suprimen progresivamente la segunda, y de las reivindicaciones del pueblo que extienden periódicamente la primera, la educación de la inteligencia y de los sufrimientos, el bienestar y la dicha, podrán alcanzar para todos los hombres y las mujeres, y aun sobrar algo para los animales inferiores que también lo necesitan.

“El misterio de la justicia, que antes estaba en manos de los dioses, resulta estar en el corazón del hombre, que contiene al mismo tiempo la pregunta y la respuesta, y que quizás algún día se acordará de ésta”, dice Maeterlinck.

“Llegará a ser materia de asombro, dice Spencer, que haya existido gentes que encontraban admirable disfrutar sin trabajar”, y sir Oliver Lodge encuentra ya extraño que un individuo pueda vender un pedazo de la Inglaterra para su beneficio particular.

“La humanidad está creciendo en inteligencia, en paciencia, en benevolencia - en amor”, dice Jubbard. Los hombres de bien empiezan a encontrar en los efectos del hogar y de la amistad alegrías y satisfacciones bastantes para sentirse ampliamente compensados de todas sus virtudes en la tierra. Con el adelanto de la inteligencia, la bondad y la sensatez humana; con la creciente abundancia de producciones en perspectiva

por el desarrollo de las artes y las ciencias; que acabarán por suprimir la ignorancia, el vicio, el crimen, el dolor y la miseria; con la atenuación progresiva de las desigualdades del presente, que son el fruto de las iniquidades del pasado, por el mejoramiento incesante de la capacidad moral del individuo, se perfila en lontananza un tipo de hombre superior, que, sabiendo extraer del lado noble de la naturaleza humana todo el bienestar a que aspire, no sentirá la necesidad de que sus buenas acciones sean premiadas con recompensas desproporcionadas, ni castigadas con penas eternas los que causen males pasajeros.

La materia de la religión, que es la necesidad de castigar en un mundo imaginario los males impunes del mundo real, y de premiar en otra vida las bondades no gratificadas en ésta, está viniendo a menos constantemente por el progreso moral de la especie humana, y se puede prever desde ahora que, cuando todas las acciones malas sean castigadas o perdonadas, y todas las buenas sean premiadas aquí, Dios se quedará sin tener nada que hacer allá, y a menos que se empeñe en ser más malo que los hombres, castigando lo que éstos se olvidan, y dándoles *quand même*, recompensas a que no aspiren, se verá obligado a clausurar definitivamente el purgatorio, el infierno y el cielo, dejando sin empleo a todos sus ministros de la tierra.

Y recién entonces podrán los hombres vivir inexplorados y en paz, y ser dichosos, en este mundo y en los otros. (Pág. 96).



## HISTORIA DE LAS INSTITUCIONES LIBRES \*

Diez años después de publicada la primera edición de “Historia de las instituciones libres”, José Ingenieros reedita esta obra en *La Cultura Argentina*, en 1919, con una Introducción, que firma con el seudónimo Julio Barreda Lynch, y que reproducimos íntegramente a continuación:

“La Historia de las instituciones libres es uno de los libros más leídos de Agustín Alvarez; no porque sea el más original, sino porque es el de mayor aplicación didáctica. Como lo dice en la ‘Advertencia’ preliminar, es un resumen metódico del desarrollo de las instituciones que han encaminado a los pueblos hacia la conquista de la libertad política; su objeto es poner en manos de los estudiantes y del lector no especialista ciertas nociones que sólo pueden adquirirse a través de una vasta bibliografía.

“Verdadero renovador de la moral social y política, entendía Alvarez que era indispensable difundir a manos llenas algunas ideas que reputaba básicas para el desarrollo gradual de la

---

\* Véase “Síntesis cronológica”, año 1919. Texto de la edición de *La Cultura Argentina*, año 1919, con una introducción de Julio Barreda Lynch (José Ingenieros). Talleres Gráficos Argentinos L. J. Rosso y Cía., Buenos Aires.

moderna conciencia democrática; y tan amigo de predicar con la acción como con la palabra, tuvo la generosidad de compilar este interesante volumen en que pasa a segundo plano su personalidad de pensador.

“Las luchas entre el espíritu de opresión y el espíritu de libertad aparecen, en los capítulos de este libro, representadas por una doctrina típica o por un hecho decisivo; el lector puede seguirlas paso a paso, viendo como se conquistó una ley o como se afirmó un derecho legítimo.

“Arrancando de los máximos pensadores griegos, Platón y Aristóteles, examina la vida griega en tiempos de Pericles y pasa luego a definir, en rasgos precisos, la transición del mundo cristiano al mundo pagano. Los griegos hicieron los primeros ensayos de confederación y de gobierno del pueblo por el pueblo; la república romana llegó a realizar en cierta manera, la división de los poderes y el principio de la responsabilidad. Señala la evolución de la sociedad romana, después de su política de expansión y de conquista, mirando el incremento político del cristianismo como un producto de circunstancias propias de la sociedad romana en decadencia.

“La Edad Media, con el crecimiento de la iglesia católica y la afirmación del derecho divino como fundamento de la autoridad política, marca, en su opinión, una época de penumbra en el desenvolvimiento de las instituciones libres. Sólo en los países anglo-sajones, antes del renacimiento, apunta ya, entre el vigente derecho feudal, el principio de la libertad individual como baluarte opuesto al derecho divino de las monarquías. Desde la conquista normanda de Inglaterra, por Guillermo el Conquistador, hasta la promulgación de la Magna Carta y la consolidación de la cámara de los Comunes, fue continuo el proceso institucional en que se afirmaron derechos y libertades, que el tiempo consolidó en lo esencial y desarrolló en sus aspectos más importantes.

“Alvarez reseña luego el movimiento de emancipación en la Edad Media y en la Edad Moderna, mostrando cuales fueron los gérmenes que en cada país fueron minando los cimientos de la teocracia feudal; al derecho de los Papas y de los Reyes fue oponiéndose, poco a poco, el derecho de las diversas clases sociales, ansiosas de participar en el gobierno y de tener representación en sus consejos.

“Así llega el lector a los dos acontecimientos fundamentales para la democracia contemporánea: la Emancipación de Estados Unidos y la Revolución Francesa, fuentes de nuevas y más generosas instituciones políticas, que marcan el punto inicial de las libertades populares.

“Como en todas sus obras, Alvarez pone de relieve el sentido moral que tiene esa conquista progresiva de la libertad política y con palabras firmes muestra las resistencias que siempre le opuso el dogmatismo religioso; llega a la conclusión de que toda la historia de las instituciones libres es un perpetuo conflicto entre el privilegio y la democracia, encontrándose siempre las castas religiosas al servicio de los enemigos de las libertades populares, aunque nunca vaciló la Iglesia Católica en cubrirse del disfraz democrático cuando comprendió que la causa del pueblo estaba en auge contra los señores privilegiados.

“Espíritu amplio y confiado en el porvenir, Alvarez cree que las instituciones libres conquistadas hasta ahora son un primer paso hacia nuevas instituciones políticas, económicas y sociales que ensancharán el área de la libertad y de la justicia. Lejos de mirar esos progresos como un fin, los señala como un camino por el cual deben seguir marchando las sociedades civilizadas, hasta borrar los últimos rastros del privilegio y de la superstición que la Edad Media ha dejado en las instituciones libres de nuestro siglo.”

ADVERTENCIA, por Agustín Alvarez en las ediciones de 1909 y 1919.

“La importancia relativa de los hechos pasados cambia con los nuevos rumbos de los intereses humanos, y la historia necesita ser rehecha constantemente sobre los nuevos puntos de vista para dejar de lado los accidentes que en otro tiempo parecieron importantes, y colocar en la nueva luz aquellos que los coetáneos estimaron como verdaderas maldiciones y que han resultado ser  *blessings in disguise*.

A este fin, la *Historia de las instituciones libres* es, en lo principal, una recopilación y ordenación de los materiales contenidos en obras que por su extensión, su costo o el idioma en que están escritas, son inaccesibles a la generalidad de los estudiantes, y en esto consiste el mérito de la obra y el desmérito del obrero, que sólo se ha propuesto hacer una cosa útil para otros.

Como en el orden político la fantasía, con su cortejo de extravíos, va siempre delante de la realidad, el primer puesto le correspondía naturalmente a la famosa *República* de Platón.

Algunos extractos de la *Política* de Aristóteles eran bastante para mostrar cómo en la antigüedad clásica se conoció el gobierno directo del pueblo por el pueblo, y no se conoció el indirecto o por representación.

El derecho romano forma parte de un curso previo, y no tenía objeto en este estudio.

La historia moderna y la contemporánea, y especialmente la Revolución Francesa y sus proyecciones, son tan conocidas y difundidas, que era mejor dejarlas para las monografías y los trabajos de la clase.

Es más fácil señalar en reducidas síntesis la acción general de los factores cuya operación, en un sentido o en otro, ha sido continua, y por esto más considerable en el conjunto y menos ostensible en el detalle, y éste es el objeto de la última parte.”

## *La República de Platón*

Todo gobierno, dice Platón, en su *República*, debe ser imagen de la justicia. Aun cuando los hombres no puedan alcanzar la perfección, cuanto más se aproximan al modelo que se propongan serán mejores.

La aristocracia, que se dice fundada en la virtud, está expuesta a la ambición y a la intriga; en las oligarquías, el oro lo es todo y la virtud nada; la democracia se funda en la licencia más que en la libertad, y la monarquía despierta la indiferencia y el egoísmo. Es, pues, preciso, prosigue, buscar instituciones tan sabias que inspiren a todos los hombres el deseo de ser virtuosos, y tan fuertes que les impidan ser malvados.

Los elementos de una ciudad perfecta son, según Platón, los labradores, los guerreros, los obreros y los magistrados. De la tranquilidad interior y seguridad exterior se encargarán, dice, los guerreros o guardianes del Estado. Las mujeres recibirán la misma educación que los hombres, y se adiestrarán en la gimnasia y en la guerra. Los labradores y artesanos obedecerán siempre y nunca mandarán. El gobierno será perfecto cuando en él aparezca la virtud de cada individuo, es decir, cuando sea fuerte, prudente y justo. La unidad es la perfección del orden social o moral; para conseguirla es preciso que todos los bienes sean comunes; éste será el único medio de destruir las palabras *tuyo* y *mío*, causa de todos los males. El amor debe ser, antes que una pasión, un deber; así, todas las mujeres deben ser comunes. En las fiestas de himeneo, los guerreros de treinta a cincuenta y cinco años se unirán a las guerreras de veinte a cuarenta. Cuando el tiempo de las uniones pase, los esposos se separarán de sus esposas hasta la nueva fiesta, en que la suerte multiplique con un nuevo enlace los vínculos del cariño. Para evitar las uniones entre padres e hijos, todos los que nazcan antes del décimo mes, a contar desde la fiesta, llamarán padres a todos los que en aquella fiesta se hayan unido; se tomarán pre-

cauciones para que las madres no puedan reconocer a sus hijos en caso alguno. El Estado sólo tendrá mil guerreros escogidos. Cada artesano cultivará sólo un arte. Todos los ciudadanos comerán reunidos. El bien de un Estado es la igualdad; allí donde todos son iguales, la virtud y la felicidad deben resplandecer.

La ciudad central, dice Platón, debe dividirse en doce cuarteles, y el territorio en doce cantones. Cada cantón se subdividirá en 420 porciones, y el número de ciudadanos será de 5.040, número que considera divisible por 12, y que es el de las esferas etéreas. Todo ciudadano tendrá una porción en la ciudad central y otra cerca de la frontera, y así estará interesado en defender el interior de las discordias y el exterior de las invasiones. Todo el que ejerza una profesión no podrá ser ciudadano. Ningún ciudadano podrá poseer una fortuna que exceda del cuádruplo de la primitiva, y todos se agruparán en cuatro tribus; el censo menor será de una mina. Los senadores se elegirán entre las tribus hasta el número de 360, por un sistema combinado entre la monarquía y la democracia. La verdadera república debe ser un justo medio.

La primera magistratura es la de los pontífices nombrados por el oráculo de Apolo, cuyas funciones serán vitalicias. Las mujeres tendrán acceso a todos los empleos. Tres generales se encargarán de la defensa del Estado y de la ejecución de las leyes. Los magistrados supremos pueden ser en pequeño o en gran número. Seis cuestores se encargarán de la hacienda pública, tres ediles de la policía; en fin, la juventud tendrá sus inspectores. El Senado se compondrá de 360 ciudadanos divididos en 30 secciones de 12 miembros. Un comité permanente se encargará de la revisión de las leyes.

Un padre nombrará heredero al hijo que se distinga por su virtud; los demás hijos serán adoptados por el ciudadano que no tenga sucesión; no se dotará a las hijas; y si el número de los ciudadanos aumenta excesivamente, debe recurrirse al aborto. El comercio se prohibirá bajo penas severas.

En opinión de Platón, las revoluciones proceden de que nada en la tierra puede subsistir eternamente, y de que todo debe cambiar al cabo de cierto tiempo. Dice que acaecen cuando el número elemental epiternario, combinado con el número quinario, da dos armonías y se eleva al cubo. Entonces, añade, la Naturaleza produce seres malvados radicalmente incorregibles. (Págs. 13 a 15).

### *Del antiguo al nuevo régimen*

En las viejas naciones de Europa la vida del hombre estaba cohibida y atada por las tradiciones y las costumbres medioevales, a dos estacas seculares, el altar y el trono, que absorbían el remanente del trabajo nacional para convertirlo en pompas y en gloria, en incienso y en plegarias, manteniendo a los pueblos en estado de miseria, ignorancia y desvalimiento crónicos.

La propaganda perseverante de los pensadores profanos, de Rousseau, Diderot y los enciclopedistas, y en primer término la ironía de Voltaire, desvanecieron el miedo y el respeto supersticiosos de la iniquidad y la depravación enmascaradas en la magia sacerdotal y en los títulos nobiliarios, suscitando a la vez el sentimiento de dignidad humana en las capas populares connaturalizadas con el oprobio de una humillación benemérita y consuetudinaria.

La irreverencia creciente por las instituciones divinas en que estaban injertados los despotismos territoriales, consecutiva al crecimiento de la nueva conciencia de las necesidades y de los derechos humanos, y la acumulación paralela y ascendente de los despilfarros de la monarquía y la Iglesia sobre las espaldas de los productores, minaron los dos pilares del antiguo régimen.

Las instituciones libres, casi maduras en Inglaterra y divulgadas por Montesquieu en Francia, y el regreso de América de Lafayette y Thomas Paine con el nuevo evangelio político,

todo concurrió a la formación del espíritu nuevo que apareció en la reunión de los Estados generales, y produjo la insurrección de la clase media, conducida por Mirabeau, y de la que resultó la destrucción de la Bastilla y del viejo régimen el 14 de julio de 1789.

Todos los tronos se sintieron conmovidos en el principio mismo que era el sustentáculo de su poder, cuando Luis XVI y María Antonieta, que invocaban los derechos de sus antepasados, fueron responsabilizados y ejecutados por los hechos de sus antepasados, y todos se coaligaron en defensa del derecho divino y contra el derecho humano.

Pero sólo consiguieron con ello hacer la incomparable grandeza de lo que se proponían anonadar, pues la Francia revolucionaria y arruinada pudo asimismo afrontar a la Europa entera, gracias a la inmensa superioridad de los nuevos sobre los viejos principios.

Como toda forma de superioridad no puede ser eficazmente afrontada sino con otra igual o mayor, los enemigos de la libertad y de la igualdad, vencidos por aquel principio según el cual “cada soldado llevaba en su mochila el bastón de mariscal de Francia”, tuvieron, finalmente, que abrir también sus filas a la inteligencia sin abolengo, y que establecer colegios y universidades para cultivarla, y de este modo los principios democráticos se infiltraron en las monarquías para demoler lenta o violentamente al viejo absolutismo.

El principio fundamental de la Edad Media era que toda superioridad humana proviene de la gracia de Dios y la intercesión de los santos, y su más alta encarnación fue el colosal poder militar de la Santa Rusia, amasado por el sable, el látigo y la superstición mancomunadas; el de la civilización liberal moderna es que toda superioridad terrestre proviene del cultivo de las capacidades humanas, y su más alta expresión ha sido el prodigioso desenvolvimiento moral, político, social y económico de la América del Norte, en el primer siglo de existencia por la

libertad y la instrucción pública gratuita, obligatoria y laica, por simple consecuencia de la diversidad de cultos.

El contagio del constitucionalismo fue llevado a casi todos los viejos países de Europa por los mismos ejércitos de la república y del imperio, y aun atravesó el océano, suscitando la insurrección de las colonias españolas del Nuevo Mundo, a favor de la ocupación francesa en la península ibérica. Y cuando la reacción, triunfante en el continente europeo con la Santa Alianza formada “para proteger las dinastías legítimas y los gobiernos absolutistas contra todo levantamiento revolucionario y contra toda oposición parlamentaria”, restableció la monarquía y pretendió suprimir la libertad naciente en la América española, fue detenida en 1823 a sugestión de Canning por la interposición de la gran república del Norte, con la doctrina de Monroe, reafirmada en 1867, cuando la desgraciada tentativa de Maximiliano en Méjico.

Los sucesivos y reiterados movimientos libertarios que sobrevivieron de las semillas anglosajonas esparcidas por la Revolución Francesa, fueron vencidos por las armas, pero triunfaron más o menos completamente en las conciencias, transformando las ideas, las leyes y las costumbres, en el sentido de la restricción de los privilegios, la disminución de las trabas y el ensanche de las franquicias, de manera que mucho antes de finalizar el siglo XIX el Papa había sido despojado del poder temporal, perdiendo su personalidad internacional el mismo año en que se hizo declarar infalible por el Congreso Vaticano, y sólo quedaron dos países, la Turquía y la Rusia, fuera del régimen constitucional en los dos continentes cubiertos por la civilización europea, que, en cambio, se había extendido al Japón en el extremo Oriente, de donde le vino, particularmente a la autocrática Rusia, una nueva y severa lección de cosas sobre el valor humano de la libertad y la instrucción liberal del pueblo.

Las instituciones libres habían alcanzado su completo desenvolvimiento, en el siglo XVIII, correspondiéndole al XIX la

aplicación y la difusión. Las repúblicas sudamericanas las encontraron ya formadas al llegar a la emancipación, y su tarea consistió en adoptarlas y en levantarse a su altura desde el bajo nivel intelectual y moral en que las había dejado el régimen tutelar. Como principios nuevos en la doctrina, el siglo XIX sólo ha levantado el formulado por Marx y Engels sobre el derecho del obrero al fruto íntegro de su esfuerzo, y el de la emancipación civil y política de la mujer. Y como disposición constitucional, la única que puede considerarse un paso adelante sobre las concepciones del siglo XVIII es, quizás, esa anticipación de la solidaridad humana contenida en el preámbulo de la Constitución argentina, cuando establece que ella es también “para todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino” (Págs. 181 a 184).

## LA CREACION DEL MUNDO MORAL \*

*A manera de sinfonía. Creación del mundo moral*

El hambre y amor en bruto impulsan a robar los alimentos o la mujer; a explotar, a esclavizar o a matar al prójimo, a comerle sus carnes o sus energías; a vender el derecho por un plato de lentejas y la libertad por la protección. Sólo cuando aparece la razón, y en la medida en que ésta suministra al hambre y al amor mejores medios de llegar a mayores resultados, la industria reemplaza a la rapiña, el derecho a la fuerza, la paz a la guerra, la cortesía a la intimidación; es así cómo la experiencia y la ciencia han hecho la gimnasia del intelecto y cómo el intelecto ha hecho la educación del sentimiento, y entrambos la civilización, en la misma manera en que una mano lava a la otra y las dos lavan la cara. Por el desenvolvimiento de la razón humana se llegó al descubrimiento de los derechos del hombre que limitaron la omnipotencia de los dioses, usufructuada por sus pseudo-elegidos contra sus pseudo-preferidos; el Hombre empezó a redimirse de la servidumbre por la libertad y de la ignorancia por la ciencia. Para un espíritu activo no hay nada más cansador que el descanso prolongado. Y como la

---

\* Véase "Síntesis cronológica", año 1913. Texto de la edición de *La Cultura Argentina*, año 1928, 3ra. edición, con una introducción de Joaquín V. González. Talleres Gráficos L. J. Rosso y Cía., Buenos Aires.

ociocidad eterna anonadaría, de suyo, al más omnipotente de los poderes, la fuerza creadora del mundo de las cosas inanimadas y del mundo de los seres animados, se transfirió o se infundió en el último eslabón del mundo animal, para transcribir perennemente del ser al devenir, en la creación del mundo moral: el mundo de la bondad, la belleza y la justicia, el mundo de las ideas y los sentimientos, progenitor de la libertad, el derecho, las ciencias y las artes, las lenguas, las literaturas, las ciudades y las nacionalidades. (Págs. 31 a 37).

*De la diabolidad y la divinidad a la humanidad*

Y sólo centenares de siglos después de haber cesado en los padres el derecho de mortificar y matar a sus hijos, se llega también a negárselo a los dioses, sustrayéndose los fieles mismos a las epidemias con la higiene, a la crueldad con la cultura y a los terremotos con las casas de cemento armado, reservándoles como último resto de un poder en decadencia el derecho de aniquilar a los jóvenes robustos en la guerra, poder que les agradecemos solemnemente cuando lo han empleado en perjuicio de nuestros enemigos, o les agradecen éstos cuando lo han empleado en perjuicio nuestro. La mente humana, reducida a simple cabalgadura del precepto religioso, en el creyente instituido en simple instrumento de la voluntad divina; la razón humana, tornada superflua por la presencia de la razón divina; y el catecismo, empleado, en consecuencia, para injertar la clarividencia de los profetas pasados en la imbecilidad inalterable de las generaciones venideras; esto es lo que podríamos llamar el método musulmán de anular la inteligencia con la seudo inteligencia divina. Y no es apagando la luz de la razón en la mente, y sembrando terrores en el corazón del hombre, según el plan musulmán de la vida, sino elaborando en el ser humano las aptitudes para ver en la luz y para prosperar en el orden,

como se puede pasar de la barbarie a la civilización. Por esto fracasó en ese intento la teología cristiana en la Edad Media, cuando la civilización cristiana consistía en matar musulmanes y herejes, y la musulmana en matar cristianos e infieles, como fracasa en la América, en que los directores espirituales y los caudillos bárbaros están respectiva y subconscientemente interesados en que reinen las tinieblas y el desbarajuste..

Hoy estamos empezando a saber que el arte de ser bueno consiste en el arte de ser dichoso, por el buen humor, que es el perfume moral que fluye de la buena salud y del extenso y variado registro de emociones, y para hacer buenos a los otros nos empeñamos en enseñarles a ser dichosos, para que puedan ser bondadosos; pero cuando se aspiraba principalmente a la dicha imaginaria que es el galardón teológico de la desdicha verdadera, el arte de conseguirla consistía en hacerse pobre de espíritu, triste, ignorante, desaseado, temeroso y crédulo. La tradición religiosa era el único material de enseñanza, y las descripciones del cielo, donde vivían los mansos y los infelices del mundo, y las del purgatorio y del infierno, habitadas por los desobedientes y los felices de la tierra, ocupaban en las escuelas de la Edad Media el sitio que tienen en las de nuestros días la Historia, la Geografía y las Ciencias Naturales. La moral como la música, una vez elaboradas, se conservan y se acrecientan por su propia virtualidad, educando la una el sentido moral como la otra educa el sentido musical de las generaciones subsiguientes, como las artes plásticas educan el sentido estético, o las artes literarias el gusto literario. La cultura de una generación hace la cultura de la generación siguiente, del propio modo que la barbarie hace la barbarie. Y si la estética fuese también policialmente obligatoria, como la ética, también perdería por un lado lo que ganase por el otro, también sería degradada por el despotismo, envilecida por el servilismo, la hipocresía y la simulación.

Cada sociedad es un conservatorio de moralidad y de inmoralidad, de ciencia y de superstición, de racionalismo y de misticismo, de optimismo y de pesimismo, en diferentes proporciones relativas, que constituyen el ambiente en que se modela el espíritu de las generaciones nacientes, ambiente que permanece estacionario o que cambia en un sentido o en otro, cuando el equilibrio precedente se mantiene o se rompe. Así la sociedad medieval fue el producto genuino de la teología, la providencia, el milagro y el director espiritual, como la sociedad moderna es el producto de la filosofía, la libertad de pensamiento, la educación, el jabón, el carbón, el vapor y la electricidad, que son la nueva providencia del hombre civilizado.. (Págs. 39 a 76)

### *Masculinismo y feminismo*

La inteligencia se forma y se deforma por la adaptación al medio, siendo el ambiente social el medio extensivo y la escuela el medio intensivo. La diferencia entre la educación racional y la tradicional, consiste en que la primera hace del intelecto un instrumento de trabajo mental, y la segunda solamente un andarivel de mandamientos y rutinas, que gravitando naturalmente con más eficacia sobre los más achatables, centuplican la prepotencia del cacique, del hombre experimental sobre el hombre común, mayormente despojado de sus aptitudes masculinas, “castrado de la inteligencia”, como dice Sergi, lo mismo en España y en Sudamérica que en Marruecos, salvo la diferencia de grado, por la persistencia en las primeras de un liberalismo que a lo menos ha impedido que el Africa empezase en los Pirineos, si bien haya padecido también de la ausencia de las aptitudes que no se ejercita bajo la tutela del altar y del trono.

Aprovechándose de la pasividad mental natural de la mujer, el salvaje le adjudica las cargas y se reserva los ocios de la vida;

aprovechándose de la resignación cristiana del siervo y del villano de la Edad Media, la nobleza y el clero les adjudicaron todos los trabajos y las penalidades, y se reservaron el reposo y los esparcimientos de la vida social o conventual elaborando la doctrina eclesiástica de la predestinación por el nacimiento, para mandar y disfrutar los unos, para sudar y obedecer los otros, con cargo de resarcimiento en el más allá.

El suelo no vale para la sustentación del hombre por el patriotismo o el fanatismo del ocupante, sino por lo que puede hacerle producir la inteligencia del ocupante; los pueblos que han descuidado esto para cultivar aquello están, por eso mismo, a la cola de la civilización humana. “La Naturaleza ha dado a cada sexo su destino particular, porque las cosas son tanto más perfectas cuanto sirven no para muchos usos, sino para uno solo”, dice Aristóteles; hacer a las mujeres, física o mentalmente, iguales a los hombres, hubiese sido lo mismo que no hacer mujeres, y sin las mujeres el mundo sería una pamplina para los hombres.

Pero usos diferentes y correlativos reclaman perfeccionamientos simultáneos y concordantes. Una mujer inferior no puede ser la otra mitad de un hombre superior; y viceversa, la parte de cada cónyuge que no encuentra correspondencia en el otro, queda célibe y tiene que buscar fuera del hogar la hospitalidad que no encuentra en él.

Prevaleciendo en el hombre la razón —que es la luz que alumbraba sin calentar— y en la mujer el sentimiento —que es fuego que calienta sin alumbrar—, el máximum de posibilidades de la dicha común resulta de la compenetración del hombre por la mujer y de la mujer por el hombre. (Págs. 77 a 84).

### *El renacimiento*

Sucede que las ideas tienen progenitores, como todos los seres y todas las cosas; las ideas son la prole engendrada por el

pensamiento en la mente; las ideas surgen, como los compuestos químicos, de la cópula de dos o más elementos distintos y afines; las ideas nacen, como las gentes, del matrimonio de dos ideas diferentes y precedentes, sólo que ellas son, casi siempre, hijas de padres desconocidos, unidos en connubio secreto en el cuarto oscuro de la subconciencia. En la génesis de las ideas, como en la génesis de los hombres, sin aproximación y fecundación no puede haber nacimiento. Por la propagación de la filosofía griega, favorecida por la invención del papel y de la imprenta, se inicia el concubinato del pensamiento pagano con el pensamiento cristiano que son los progenitores de la civilización moderna. Y reconstituida así la regeneración del pensamiento por fecundación bisexual, los inquilinos de la mente volvieron a proceder del nacimiento, y este período en que el espíritu humano recomienza a engendrar prole espiritual, después de diez siglos de alojar por tradición los mismos huéspedes en la mente, es lo que con toda propiedad se denomina “el renacimiento”

Este es el complemento de la idea de Buckle, que atribuye el progreso al desenvolvimiento de la inteligencia, y de la explicación de Robertson, según la cual el progreso resulta del contacto de civilizaciones diferentes; es también la explicación del adelanto de la América del Norte por la mayor difusión del pensamiento laico; del mayor atraso de España, aun sin libertad de cultos, y de la América española por la mayor continuidad del celibato intelectual; del progreso final de la República Argentina por la libertad de cultos y el desenvolvimiento de la herejía, con la instrucción laica y la inmigración europea. Esto explica cómo las ideas, las invenciones y los descubrimientos no pueden acontecer en las tribus salvajes, en los pueblos atrasados, en las poblaciones fanáticas. Proponiéndose las religiones escamotear los usos de la razón humana con el empleo de los dogmas sacrosantos, y remediar la imbecilidad y la ignorancia con esas píldoras de sabiduría infusa que son los preceptos morales, reduce a la simple conversión de los infieles y de los sal-

vajes (art. 37, inc. 15 de la Constitución Argentina del 53) el problema de la civilización, que consiste en la educación del individuo; el europeo fue bárbaro durante los quince siglos en que estuvo convertido y no estuvo educado, como son bárbaros los musulmanes, como fuimos bárbaros nosotros en la época de Quiroga, Rosas y Aldao: porque ya estábamos convertidos a la religión de nuestros padres, pero no estábamos educados para la higiene del espíritu y del cuerpo, que será la religión de nuestros hijos. (Págs. 85 al 91).

### *La conciencia y la vida*

Un estado de conciencia no existe, sino por la desaparición del instante precedente, del propio modo que un instante del tiempo no existe sino por la desaparición del instante precedente; la cesación de la conciencia de la vida no es más que la desaparición del último estado de conciencia, en una serie de millones que han ido apareciendo, sucesivamente, la mayor parte sin dejar rastro en la memoria, y que de suyo son tan inestables en la mente del niño, verbigracia, como las agrupaciones de las nubes en el firmamento, sobreviniendo a menudo la alegría y la risa en el rostro aún surcado por las lágrimas del disgusto precedente, del propio modo que, en pos de un chaparrón de verano, suele brillar repentinamente el sol por entre un desgarramiento del telón de nubes en dispersión.

¡Y qué enormes diferencias, por ejemplo, entre las conciencias sucesivas de un San Martín adolescente en Yapeyú, capitán de caballería en Bailén, vencedor de los españoles en San Lorenzo, gobernador de Cuyo, aclamado como libertador de Chile y protector del Perú, abdicando el mando para conservar la reputación, y regresando más tarde a Europa de la rada de Buenos Aires, sin desembarcar, por haber encontrado cambiada, a su respecto, la conciencia nacional por los que hacían consistir la

dicha del vivir en la vanidad de mandar, sacrificando la reputación para conservar el poder y acabar obscuramente su gloriosa carrera, achacoso y desvalido, en Boulogne-sur-Mer, estando ya en ruinas el mísero pueblo natal y el colosal imperio en que había nacido, para ser la piedra angular de un porvenir inesperado por los suyos, no predicho por ningún profeta, y condenado por el más alto representante del Dios de los cristianos en el Occidente!

Se ha dicho que el amor embellece la vida, pero que sólo el olvido la hace posible; y, en efecto, la memoria y la conciencia se mueren por fragmentos, como los sentidos o los miembros del cuerpo, y también es necesario amputarlas, para que la desaparición de los grandes pesares haga posible las nuevas alegrías, y si el sentido mismo de la vida cambia con la edad, ¿cuál “yo” vamos a conservar eternamente? ¿El del tiempo en que todo nos parecía brillante, bello y alegre porque éramos jóvenes, sanos y robustos o el del tiempo en que todo nos parece marchito, insulso, descolorido porque somos viejos, débiles y achacosos? ¿El “yo” del tiempo en que fuimos felices, o el “yo” del tiempo en que fuimos desgraciados?

El alma del niño, en efecto, el alma del joven, el alma del anciano no son la misma cosa, y no parece posible que pueda conservarse inmutable después de la muerte lo que cambia tantas veces durante la vida, siendo que ni siquiera es posible conservar la misma composición de espíritu cuando se ha cambiado la composición de lugar, o un juego de ideas ha sido sustituido por el opuesto, o un conglomerado de vinculaciones personales ha sido reemplazado por otro diferente. (Págs. 125 a 128).

### *La oportunidad*

La oportunidad es el presente, que se va estéril al pasado, sin agregar nada a la vida del indolente o del incapaz de mejorar

su ser, su valer o su haber, sin dejar ningún rastro de su paso en las tribus salvajes, sin cambiar nada en las sociedades maniatadas para el hacer de los vivos por la fe en el hacer de los muertos, que encienden velas a los santos para que vean a quienes deben hacer milagros, y no encienden luces en la inteligencia de los niños para alumbrarles el camino de la existencia.

La oportunidad es el ahora que transcurre infecundo para el que ruega y espera, y fecundo para el que piensa y obra, dejando acrecentado el haber, el saber o el sentir del que ha sabido y querido aprovecharlo u ocuparlo con una obra realizada, con una experiencia o con un conocimiento adquiridos, con otras existencias sustraídas a la enfermedad o a la ignorancia, a la iniquidad o a la infelicidad, con el recuerdo vivificante de un goce noble o de una sana alegría, y para quien los momentos desaparecidos están representados siempre por algún aporte que subsiste en el espíritu propio o en el ajeno; la oportunidad es el tiempo que pasa infructuoso para las sociedades retardatarias y fructuoso para las progresistas, marcando su rastro en el terreno con los caminos y construcciones, con puentes, habitaciones, puertos, canales, escuelas, ferrocarriles y túneles, y su trayectoria en el espíritu humano con nuevas ideas y sentimientos, y con instituciones benéficas en la estructura social. (Págs. 107 a 170).

### *Antaño y hogaño*

Dios era un hombre inmensamente más bueno y más malo que todos los hombres y los animales juntos, con tantos millones de ojos y de oídos como había hombres, mujeres y niños en la tierra, puestos uno en cada persona, para ver todos sus actos en la obscuridad, todos sus pensamientos en el interior de la mente, a fin de registrarlos, momento por momento en una cuenta especial abierta a cada persona desde el día de su naci-

miento en pecado original, para premiarlos o castigarlos, cuando ya no fuesen enmendables ni empeorables. Yo he vivido en ese *open door* de insensatez medioeval, que era la herencia intelectual forzosa de los hispano-americanos en la época colonial, el cual, y el terremoto del 61, han sido las dos grandes calamidades que han amargado las que debieron ser horas felices de mi infancia. Y de ahí mi empeño en sustraer a los presentes y venideros de eso que Maeterlinck llama “el solo crimen imperdonable, el que envenena las alegrías y anonada la sonrisa del niño” con el fantasma de la condenación eterna por los usos y los goces saludables de la vida. Pero este mundo, que era “un valle de lágrimas” cuando el pesimismo ejercía la regencia del entendimiento humano, empieza a ser un valle de alegría desde que la ejerce el optimismo, desde que es un campo de acción, en el que las energías ambientales trabajan en nosotros, por nosotros y para nosotros y nuestros descendientes en la elaboración del universo moral.

Pues este mundo no es una ordalía a perpetuidad, como lo concibieron los padres de la iglesia, no es una trampa de cazar almas para el infierno, y nosotros estamos en él como una parte de la energía universal en una función específica, para pensar, sentir, amar, y soñar; para vivir, obrar y morir, y no para pasar por probaciones inequívocas en la diversidad infinita de las condiciones de hecho, a fin de ser los unos obsequiados con la dicha eterna y condenados los otros a la eterna desventura, porque esto sería demasiado necio y demasiado inicuo para una inteligencia decente de las cosas. Porque el cielo, el purgatorio y el infierno son aquí y es sólo por un efecto de espejismo intelectual que los visionarios los vean en el más arriba o en el más allá de la realidad.

Aquí es el cielo del amor y la belleza, el arte y la ciencia; el limbo de la ignorancia; el purgatorio de la superstición y la imbecilidad; el infierno del odio y de la perversidad. Y del individuo que marcha impelido por su egoísmo en pos de su mez-

quina felicidad póstuma, aun de esa fuerza, de la que dice Goethe “que quiere siempre el mal, y concurre, sin embargo, al bien”, la naturaleza, persiguiendo incesantemente su propio ensueño, hace el obrero consciente o inconsciente para la obra del perfeccionamiento indefinido del hombre para el mundo y del mundo para el hombre.

Aquí es el lugar de la dicha y la desdicha eternas para la humanidad eterna, y transitorias para la individualidad transitoria; y ahora es el momento de alcanzar la perfección relativa, de que resulta la dicha propia por reversión concomitante de la dicha ajena, haciendo del mundo el valle de la sonrisa, y aquí es “el valle de la amargura” para los que quieren alcanzar la perfección al revés de como es posible, para ellos solos, y en otro sitio, en otro momento y en otra vida, en que serán de ninguna utilidad para los otros seres.

Aquí es la dicha celestial de las almas refinadas para la vida excelsa por la cultura de la mente y del corazón; de los que piensan y son comprendidos, de los que sienten y son correspondidos, de los amantes que son amados; aquí donde están los que sufren, es el lugar de la benevolencia, de la abnegación y de la ternura, que serían inútiles donde fuesen innecesarias; aquí es la oportunidad de la inteligencia y del sentimiento, aquí donde las cosas y los seres hablan al espíritu del hombre en el lenguaje de las simpatías o de las antipatías que haya depositado o suscitado en ellos, porque el universo es el banco de la felicidad y de la infelicidad, sobre el que cada uno puede girar, en todo momento, contra sus depósitos de amor, de temor o rencor, de sensatez o de insensatez en cuenta corriente. Y si el cielo, el purgatorio y el infierno, concebidos fuera de este mundo, sirven para dirigir de rebote la conducta de los hombres en este mundo, ¿por qué no habrán de servir también, directa o indirectamente mejor, si los concebimos dentro mismo de este mundo? (Páginas 177 a 187).

## *La moral del porvenir*

Sin duda, no es haciendo votos de castidad y declamando contra la disminución de la natalidad como se puede cooperar a la obra de la creación de la vida humana en el mundo, porque no es adorando al sol, padre de la vida en la madre tierra, sino removiendo y preñando de gérmenes de vida vegetal las entrañas del suelo, como se puede conseguir que el sol, que gobierna el viento y la lluvia, haciéndolos germinar, crecer, florecer y fructificar, acreciente en beneficio de la vida del hombre, la de los vegetales y de los animales en la tierra; y tampoco es adorando al Creador, sino poniéndose en estado de servirle de vehículo o de instrumento de creación, sino cultivándose el espíritu y preñándose de propósitos generosos el alma, para hacer fecunda para los otros la propia vida en la oportunidad del tiempo, como puede convertirse el individuo en cooperador activo de la creación del mundo moral en el mundo material.

Tampoco es adorando fervientemente el sol como se llega a conocerlo, sino descomponiendo su luz por un prisma de vidrio en el espectro, y estudiando el espectro; ni es adorando fervientemente al supuesto autor de la Creación, sino refractando la vida y el mundo en el prisma de la razón humana como se llega a conocer el mecanismo de la vida y del mundo.

Después de siglos y más siglos de plegarias y genuflexiones cristianas para que el bien aconteciera en el mundo cristiano por la mano del Dios de los cristianos y para los cristianos exclusivamente, el espíritu humano se preñó de ideales humanitarios en Francia, con la filosofía del siglo XVII, y fecundado por la acción por la creencia repentina de poder mejorar, improvisa la posibilidad de variar para alcanzar la libertad, la igualdad y la fraternidad para todos los hombres del mundo en el mundo, y el empuje de la fuerza moral consecutiva lo hace pasar bruscamente, en el último cuarto del siglo XVIII, de la inercia secular fatalista a la más prodigiosa explosión de energías humanas en

determinación de hacer que registra la historia. Pero esas energías, engendradas por el ideal de la libertad para la felicidad colectiva, desvirtuadas y transferidas por Bonaparte, al ponerlas al servicio de su gloria individual, degeneraron, también, en la más grande calamidad para la Europa arruinada y enlutada; para la misma Francia, desangrada, vencida y reintegrada por mano del extranjero al absolutismo de que había salido por mano propia; para el mismo Bonaparte, que fue a sucumbir cautivo y solitario en una roca perdida en medio del Océano por haber amado a la gloria y no haber amado a los hombres y a la libertad; y para su único descendiente, que sucumbió miserablemente al peso abrumador de su funesta herencia de gloria homicida.

Viceversa, levantando a sus súbditos desde el feudalismo a las instituciones libres, desde la ignorancia del Oriente a los conocimientos del Occidente, con el solo y firme propósito jurado de promover el bienestar de sus compatriotas, por todos los medios más conducentes de suyo a ese fin en el mundo entero, en 45 años Mutsuhito ha hecho de su remoto y estéril país una de las más grandes y gloriosas naciones de la actualidad.

Así la lección más constante y la menos aparente de la historia es que los pueblos se levantan, finalmente, en la medida en que sirven y decaen, en la medida en que defraudan o frustran el tren de la vida en la Naturaleza, que nada sabe del cielo, el purgatorio y el infierno, y que provee las fuerzas materiales, intelectuales y morales de este mundo, para las necesidades materiales, intelectuales y morales de este mundo, y que no teniendo, como los dioses de fantasía, pueblos elegidos y pueblos preferidos, aporta su mayor concurso al que mejor sabe procurárselo por los medios más conducentes a obtenerlo.

Por encima, por debajo y a través del hervidero de teorías metafísicas de la vida, en brega por hegemonía de las conciencias, todos los agentes de la Naturaleza coadyuvan con los que levantan el estandarte de la vida en el mundo. Todas las energías de la Naturaleza, cooperando bajo la dirección de la inteligencia

humana a la exaltación de la vida humana en la indiferencia más absoluta respecto de todas las concepciones imaginadas por el egoísmo de las agrupaciones humanas, para adjudicarse una superioridad de ultratumba sobre las otras agrupaciones, por tal manera excluidas de la gloria y de la felicidad eternas; todas las fuerzas de la Naturaleza domesticada trabajando del lado de la perpetuación de la especie contra la perpetuación de los credos; del lado del progreso contra la tradición; de la libertad contra el despotismo; de la instrucción contra la ignorancia; de la tolerancia contra la intolerancia; de la civilización contra la barbarie; ¿qué mayor indicio de que el progreso es una emanación de la naturaleza del hombre y será tan duradero como el hombre en la Naturaleza? (Págs. 235 a 247).

### *De la obscuridad a la luz*

La vida es una luz que brilla entre dos obscuridades, según la definición de Poincaré, y en esa como carrera cósmica de la materia y de la fuerza, a través de la ignorancia y del egoísmo, la imbecilidad, la maldad, la monstruosidad, la intolerancia y el fanatismo, por la estimación progresiva de lo que es amable, por la abominación progresiva de lo que es detestable, parangonados en la inteligencia creciente del hombre en evolución, se abre camino la evolución ascendente de la materia y de la fuerza, recorriendo los modos sucesivos de existencia, desde el estado de polvo hasta el estado de pensamiento y de sentimiento.

Como la victoria regia, que extrae del lodo, por sus raíces, los materiales de la esplendorosa flor que abre sobre el nivel del agua corrompida en el pantano sus blancos pétalos, la mente humana, refinada por la evolución intelectual y sentimental, extrae de los alimentos vegetales y animales, en el maremágnum de las pasiones malsanas, los materiales para esas esplendorosas flores del espíritu y esos frutos deleitosos, que son las obras maes-

tras de la ciencia y del arte, para que sean las flores y los manjares de la mesa de la vida para las generaciones presentes y venideras. Y el entender que esas excelencias, que no podrían existir si no fuese cultivado el espíritu humano para producirlas, no deben acontecer en este universo, que sólo por ellas puede ser embellecido, sino en otro universo embellecido sin ellas, es sólo un regazo transitorio de la imbecilidad humana originaria.

En esa lucha perpetua entre los componentes nobles y los componentes innobles del mundo y de la mente, en la que éstos son favorecidos por las circunstancias primarias y aquéllos por las circunstancias secundarias de la especie; en esa lucha entre la humanidad y la bestialidad, entre la luz y la obscuridad, entre el amor y el odio, entre la bondad y la maldad, entre la abnegación y la perversidad, entre la lealtad y la felonía, entre la belleza y la fealdad, entre la poesía y la prosa de la existencia, los grandes atributos morales están incipientes desde el origen de la vida, como la luz en los albores del dilatado amanecer de las regiones polares, anunciándose en destellos pasajeros, o mostrándose dispersos, separados y fragmentarios en las diversas especies animales y vegetales.

Como los músicos en aprendizaje sin concierto, que están torturando con sus monótonas ejecuciones, cada uno en diferente barrio, a un grupo diferente de vecinos, para aprender a dominar su distinto instrumento, y poder aportar la nota y el matiz correspondiente al concierto sinfónico, bajo la batuta del director de la orquesta, así todas las excelencias morales están como en ensayo en la Naturaleza, hasta ser finalmente armonizadas por la inteligencia humana, para ser ejecutadas y disfrutadas por ejecutantes y espectadores, cada vez en más altas y más amplias esferas, a medida que los componentes del auditorio aprenden a desempeñar su parte, y se incorporan al concierto, en la pequeña orquesta de la familia, donde acuerdan sus voces los afectos cardinales de la felicidad humana, en las grandes orquestas sucesivas de la sociedad, de la nacionalidad, de la

humanidad, en las que también se aúna la voz de las simpatías recíprocas, y en las que también son notas mudas los sentimientos mezquinos y son notas discordantes los sentimientos perversos.

Cuando el salvaje se detiene para presenciar una pelea de toros, un encuentro de tigres o una riña de gallos, es la Naturaleza que está enseñando al hombre los usos y los abusos de la fuerza; pero también, cuando observa en el nido de un ave la alimentación de los pichones por la madre, es la Naturaleza que está enseñando al hombre la abnegación del fuerte para el débil; y cuando se detiene a escuchar el canto de un pájaro en la enramada, o a contemplar un paisaje de luz en las nubes, o la caída del agua en una cascada, o un árbol engalanado de flores, es también la Naturaleza que está sugiriendo en el hombre sentimientos estéticos.

Si en vez de nacer pequeños, mudos, ignorantes, alegres y traviesos, los hombres nacieran adultos, elocuentes, sabios, formales y juiciosos, el mundo tendría de menos las tres cuartas partes de sus atractivos. Y porque la perfección sólo tiene sentido por referencia a la imperfección, y ésta será la única variación posible de aquello, la única trayectoria posible de la humanidad perfecta en movimiento hubiera sido la retrogradación, en lugar de la evolución. Y siendo preferible siempre hacer algo a no hacer nada, ninguna combinación podía ser más feliz, en definitiva, que esa perpetua tragedia del bien y del mal, en esa carrera universal de impulsos contra obstáculos, en la que éstos son vencidos progresivamente, por la aunación de los esfuerzos y la apropiación sucesiva de los auxiliares naturales, desde entonces protegidos contra sus respectivos rivales en proporción a sus excelencias, interviniendo la inteligencia humana —la obra maestra de la Naturaleza— para asegurar en el mundo vegetal y en el animal la prevalencia de las especies más adecuadas para esa ascensión universal del movimiento, por la bondad, la belleza y el pensamiento, desde el charco hasta el ensueño azul, en la que cada especie lleva ade-

lante, como su razón de ser, un esbozo, un rudimento o una forma acabada de perfección relativa diferente, correspondiendo el mayor fruto de felicidad en el individuo y de éxito en el grupo al que lleva más perfecciones relativas adelante, como razones de prevalecer en la competencia universal, sobre el caudal común de posibilidades naturales para el mayor bien de los más avanzados. (Págs. 249 a 254).

### *En marcha*

Siempre habrá anormales extraviados y rezagados, y aun es natural que sean tanto más notorios cuanto sea más elevado el estandarte de la normalidad; y aun dando de barato que la criminalidad haya aumentado, el aumento de todas las formas del bien ha sido incomparablemente mayor.

“El sentido común, el sentido moral y la ciencia se aúnan para sugerir que haríamos bien en hacer lo más y mejor posible en este mundo, antes de ser arrastradas en el río del tiempo” A la luz de la inteligencia, el fin particular del hombre y la más alta fórmula de la vida humana es la realización de la más alta dicha propia en la más alta dicha ajena, y todas las veces que haya sido dichoso contribuyendo a la felicidad de los otros, habrá realizado un fragmento de su fin, y no puede existir el fin sino en la proporción en que exista el medio, pues sin éste, aquél sería un traje confeccionado para que no lo use nadie. Cesa, por lo tanto, la parte de fin que corresponde a la parte que haya cesado en el medio; la parte de dicha correspondiente al sentido de la visión o de la audición, verbigracia, cuando cesa el funcionamiento de los órganos respectivos, continuando la posibilidad de la dicha para las artes del medio que subsisten, como continúa para los sobrevivientes la posibilidad de la dicha en la especie humana.

Indudablemente, los ojos han sido hechos para ver, como el corazón para sentir, como los oídos para oír y la inteligencia

para inteligir. Y si el que alarga por la ciencia el alcance de la inteligencia contraría la intención del que le dotó de inteligencia, en latencia y no en potencia, el que alarga con un palo el alcance de su brazo para hacer caer la fruta de un árbol contraría igualmente la intención del que le dotó de los brazos sin palo. El que se abstiene de ser dichoso por el temor de llegar a ser desgraciado, podría, también, abstenerse de usar su vista por el temor de quedarse ciego y sería sólo aparentemente más insensato en el segundo caso que en el primero. Por lo demás, esa clausura de la visión natural para alcanzar la visión sobrenatural, la obtienen los fanáticos musulmanes en la Meca, aproximando los ojos abiertos a un ladrillo enrojecido a fuego, hasta quemárselos, para quedar santificados en primera vida para la segunda vida, y a menudo fuera de la Meca, sólo con no lavárselos y no espantarse las moscas que les destruyen los párpados, y les procuran las oftalmías, que aseguran la pérdida de la vista y la salvación del alma.

Por medio de las artes humanas, la madera y el metal pueden ser habilitados para producir sonoridades capaces de enternecer a los hombres, a los dioses y a los reptiles; y por medio de la cultura del entendimiento y del sentimiento de los seres humanos pueden habilitarse a la vez para engendrar y para disfrutar ideas nobles y sentimientos generosos, simultáneamente deleitantes y reconfortantes. El instrumento musical y el instrumento mental y emocional se gastan y se inutilizan, aunque permanezcan mudos, pero la música y la vida, el pensamiento y el sentimiento que han sido, quedan, para dar notas cada vez más bellas, cada vez más altas, en nuevos instrumentos sucesivos y mejor afinados. Y como el ruiseñor afónico por la edad o los achaques, el alma que ha dado todo su juego, no tiene ya nada que hacer, ni para qué ser, en este mundo ni en ningún otro. Lo mejor que hay en el universo no es el yo, sino el contenido espiritual y ascensional del yo, el patrimonio intelectual y sentimental de la humanidad en crescendo, no lo que cada uno

tiene en propio, sino lo que tiene en común con los que se han ido, con los que quedan y con los que vendrán, y que no deja de ser por la desaparición del continente accidental, sino que obra nuevo ser en nuevos continentes sucesivos. El eslabón roto, el organismo en que ya no pueden residir las ideas y los sentimientos, es como la casa en ruinas, en la que ya no pueden residir las personas. No hay en el universo ningún conservatorio de almas gastadas o inutilizadas, como no hay debajo del cielo ningún sitio reservado para la perpetuación de las arpas rotas o de los pianos enmudecidos por el uso o por el tiempo. Y la mejor condición del hombre y del mundo reales es precisamente la que falta en los seres y en los mundos imaginarios: la de no ser eternamente perfectos, sino eternamente perfectibles. Porque es el ejercicio de la vida en pensamiento, en sentimiento y acción lo que levanta la vida, y es la posibilidad del perfeccionamiento indefinido del ambiente lo que hace del hombre un ser excepcional en el universo, y lo que impide que el mundo sea un eterno aburridero proviniendo precisamente de la imperfección del hombre y del mundo, la posibilidad del progreso del hombre en el mundo.

Inclinándose por su parte a la no extinción, Arturo Hill reconoce que “la esperanza de la extinción es un sentimiento moral más elevado que la esperanza de la inmortalidad personal”, como es infinitamente más abnegado el acto del ateo que sacrifica su vida para salvar la de otros, sin ninguna esperanza de compensación póstuma, que no la del mártir de la fe en la reparación futura que afronta el martirio para ser recompensada por ello.

La posibilidad de la vida y de la dicha para los que fueron seres racionales no está en el programa de la Naturaleza, que quiere la vida futura en seres futuros, y está en el programa de las Teologías, que quieren la vida futura en los seres pasados, a costa de las dichas de la vida actual en los seres presentes, en tanto que la posibilidad de la vida y de la dicha para los que

son y para los que serán están en el cartel del universo y en el programa del humanismo. “La Naturaleza, dice Hubbard, es pródiga en las formas de la vida, jamás las duplica. ¿Por qué habría de duplicar la tuya?”

El objetivo manifiesto de la vida actual es la perpetuación indefinida de la cadena de generaciones, para que cada una pueda gozar su momento de luz y de agitación más o menos intensa, más o menos breve, y descansar después eternamente, a fin de que otras vidas puedan recoger su herencia y ocupar su sitio en el espacio y en el tiempo; el de la vida póstuma es la perpetuación indefinida de los eslabones gastados; el del racionalismo es el ensanche progresivo indefinido de los eslabones presentes y venideros, objetivo que es repugnante a los dioses triviales y patriarcales de los teólogos, pero concorde con el espíritu de la vida, que puso en el espíritu humano la luz de la razón y el calor del sentimiento al poner en el organismo los gérmenes de la inteligencia y del amor.

Los que hemos andado desde Caín hasta Abraham Lincoln; desde el canibalismo hasta el mutualismo; desde el asno, el buey y el caballo hasta el ferrocarril, los transatlánticos y los automóviles; desde el hacha de piedra hasta el aeroplano; desde la torre de Babel hasta el Congreso de la Haya, es garantía de que todos los ideales del presente podrán ser realizados en el porvenir, como están excedidos en el presente todos los sueños del pasado. Y también entonces las nuevas idealidades obstruirán la visión de las nuevas realidades, para que la vanguardia de la humanidad no se detenga jamás en la vía ascendente del progreso, y siga persiguiendo eternamente al pájaro azul, a fin de que haya siempre “algo que hacer, alguien a quien amar, alguna cosa que esperar” (Págs. 255 a 261)

# LA HERENCIA MORAL DE LOS PUEBLOS HISPANO-AMERICANOS\*

## EL NUEVO ESPIRITU UNIVERSITARIO \*\*

Entramos al tercer año de la existencia de esta institución establecida en lugar de la Universidad provincial, completada con varios institutos nuevos, y los antiguos del mismo carácter que la provincia de Buenos Aires mantenía en beneficio de todo el país, y que la nación tomó a su cargo para impulsarlos en una vida más amplia y fecunda.

Estamos dando los primeros pasos, que son siempre los más difíciles y, entre tanto, hemos tenido el honor de agasajar debidamente a dos huéspedes ilustres: Rowe y Ferrero, y nos han honrado con su presencia, entre otros, el profesor Shepherd de la Universidad de Columbia, el señor Maurtua, ministro ad-hoc del Perú, el señor Márquez Stirling, ministro de Cuba y el señor Mendizábal, del Congreso mejicano.

Hemos tenido la fortuna de que surgiera aquí la feliz iniciativa del representante de la Universidad de Pensylvania, sobre

---

\* Véase "Síntesis cronológica", año 1919. Texto de la edición de *La Cultura Argentina*, año 1919. Con una introducción de Félix Icasate Larios.

\*\* Discurso en la apertura oficial de los cursos de la Universidad de La Plata, 1º de abril de 1908.

cooperación universitaria, que, a juzgar por la benévola acogida que encontraron nuestros delegados en las de Córdoba y de Santiago de Chile, los materiales en canje, y las manifestaciones de conformidad que estamos recibiendo de las de ambas Américas, está destinada a cambiar el desconocimiento mutuo del pasado en un fecundo intercambio de trabajos y de simpatías.

Es precisamente sobre ese plan que ha transcurrido el Congreso de estudiantes sudamericanos en Montevideo, en el que estuvimos tan correctamente representados, y la visita de los delegados extranjeros a Buenos Aires y La Plata, de todo lo cual ha quedado algo más valioso que los protocolos y las convenciones escritas; el acercamiento recíproco, que es el preliminar indispensable para la inteligencia común de los intereses comunes.

Hemos incorporado al Colegio Nacional, en beneficio mutuo, y fundado, sin recursos especiales, el Liceo de Señoritas.

Hemos tomado participación en un Congreso científico internacional, asociándonos a una empresa de interés universal, con la incorporación del Observatorio de Oncativo, y nuestras principales revistas han sido ya consideradas en centros intelectuales del viejo mundo.

Es cierto que en esta misma ciudad hemos tenido en contra el factor principal de los mayores males que han afligido a nuestro país, en todos los tiempos, por mano de los que no pueden hacer el bien público, pero lo desean patrióticamente, hasta el punto de no poder consentir en que sea hecho por los que pueden; a la inevitable madre falsa de la leyenda, que prefiere ver muerta la criatura amada antes que viva en brazos ajenos; pero también hemos contado con la cordura de los estudiantes y con su benevolencia —que agradecemos cordialmente— de los elementos progresistas de esta ilustrada población, que saben que ninguna institución puede hacer perfecta y cuanto vale, aún con los defectos que requieren tiempo y oportunidad para ser conocidos y remediados, este vasto instrumento de cultura al alcance de todos los hogares.

Y mientras llega el tiempo de poder hablar de sus frutos, todavía lejanos, podemos conversar sobre sus antecedentes generales, en el inmenso campo de experimentación de las concepciones divinas y humanas, que es la humanidad, y en el que solamente la ignorancia, el egoísmo y los prejuicios, impiden aprender en cabeza ajena los medios de preservar la propia.

A la verdad, en todos los tiempos de la civilización se ha conocido que el hombre era mejorable, por agencia extraña o por agencia propia, y a ese fin han sido establecidas, sucesivamente, todas las instituciones políticas, sociales y religiosas del pasado, subentendiéndose que de la mayor perfección de éstas dependía la de aquél. La idea patente o latente en la obra de todos los reformadores, es que de las buenas leyes, de las buenas instituciones, de las buenas creencias, resultarán los buenos hombres, y la historia de la civilización es la de la obra siempre incompleta y siempre fallida de esta media verdad, usada como verdad entera, implicando que la conducta de la multitud de individuos pueda ser íntegramente el subproducto de una capacidad superior, irradiando su clarovidencia a todos los vientos, para suplir, con ella a la insuficiencia de los inferiores, por medio de mandamientos, destinados a operar contra los impulsos malos, la ignorancia, los malos instintos y las malas inclinaciones como los medicamentos contra el raquitismo, la debilidad y los malos humores, y en las dos formas conocidas: para *uso interno*, las creencias; para *uso externo*, las leyes y los reglamentos, con todo lo que se forma ese inmenso atajo de prohibiciones, amenazas y conminaciones cuya aparente eficacia proviene principalmente de la conducta de aquellos para quienes era innecesario.

Particularmente nuestro continente, fue descubierto, conquistado y colonizado sobre el concepto de que buenas leyes y buenas creencias harían infaliblemente buenos habitantes. La Santa Inquisición, que para suprimir el mal llegaba hasta quemar vivos a los malvados, fue enviada a imponer y mantener en su

mayor pureza a las segundas, y la inspiración de “los sabios antiguos” trasegada por los estadistas y los jurisconsultos de la península, fue expedida a los sudamericanos en las copiosas recopilaciones de Indias, con el fin de asegurar por estos resortes externos la buena conducta, y por ésta la felicidad de los nuevos y de los viejos pobladores.

Jamás se realizó un experimento de los métodos tutelares para endilgar acertadamente la conducta del pueblo, en condiciones más perfectas ni con resultados más desastrosos, pues los males que brotaron bajo esos manantiales externos de bienestar común fueron tantos y tan grandes, que los desventurados pueblos acabaron por rebelarse contra sus protectores y expulsarlos para siempre.

Pero algo más que la libertad faltaba, puesto que, después de aventados sus enemigos laicos, los patriotas se atropellaban y chocaban a la luz del día, peor que si anduvieran a oscuras, porque “nadie puede ver sino en proporción a los medios de ver que lleva”, y ellos carecían de luces para transitar por los vericuetos de las nuevas instituciones, y los pocos que las tenían fueron, por esto mismo, fácilmente arrollados por la avalancha de ciegos del entendimiento, lanzados en montoneras, tras el espejismo del bien público, a lograrlo por la fuerza y el coraje consuetudinarios, sembrando vientos para cosechar tempestades, por esa ley natural de reacción, que Hubbard ha expresado en esta fórmula: “Suscitamos siempre en los demás la misma actitud de espíritu con que los tratamos”

Por otra parte, el procedimiento por agencia extraña y el procedimiento por agencia propia, para la vida social, comportan condiciones personales diferentes, puramente negativas en el primer plan: docilidad, pobreza de espíritu, credulidad, resignación, gregarismo, pasividad, en resumen: incapacidad de conducirse por sí mismo para ser más fácilmente conductible por otros; esencialmente positivas en el segundo; discernimiento propio, iniciativa, actividad, individualidad, vale decir: capa-

cidad para conducirse por sí mismo, y, emancipados de la España, con las calidades negativas desarrolladas por siglos del régimen salomónico, cuya última forma fue el sistema colonial, que asemejan al individuo común al cero aritmético, que sólo vale como acompañante, siendo nadie cuando nadie lo acaudilla; los sudamericanos cambiaron de caudillos pero no de aptitudes, y aun empeoraron allí donde los jesuitas, con su sistema de sumisión *perinde ac cadaver*, habían impedido mayormente el desarrollo de las aptitudes para el *self government*, como en el Paraguay, Bolivia, Ecuador, Colombia, Venezuela y Méjico.

La idea de que el libre ejercicio de las aptitudes favorece el desarrollo de las capacidades personales, había inducido a los griegos y a los romanos, que conocieron las ventajas de la *mens sana in corpore sano*, a preferir las formas de gobierno que daban mayor juego a las actividades individuales, pero este concepto, eclipsado por la grandeza consecutiva del imperio, quedó enteramente desvanecido desde que se creyó haber encontrado, en una nueva religión de paz y de amor al prójimo, una guía para los pobres de espíritu, capaz de suplir a la razón humana hasta el punto de hacer innecesario su empleo y perjudicial su desenvolvimiento.

Así sobrevino en la Europa el eclipse de la inteligencia humana bajo el régimen tutelar que hizo obligatorio el uso de la razón divina, prohibiendo el empleo de la razón propia en las cosas humanas, porque se estimaba que la lucidez del entendimiento y la bondad de los sentimientos dependían exclusivamente de las creencias religiosas, siendo, en consecuencia, perseguido como malvado presunto el que no las tuviese, o las tuviese en diferente manera.

Y sobre la huella ahondada por los credos religiosos, corrieron más tarde los credos o los principios políticos, también usados en manera de drogas para el entendimiento, eficaces en razón de sus propiedades intrínsecas y de la fe con que fuesen ingeridos. Bastando creerlos para que produjesen sus prodigiosos resultados

no era necesario, entonces, *educar* a los hombres sino *convertirlos*, de cualquier modo, para que aportasen la única cosa con que podían concurrir a la eficacia del respectivo medicamento espiritual: la fe que no agrega acierto sino fuerza, y sólo vale para dilatar en perjuicio del propio creyente y de su descendencia la caída inevitable del error contenido en todas las verdades políticas y religiosas, divinas y humanas.

Del método de subordinación de la inteligencia individual a un sistema común de sabiduría infusa, derivan las civilizaciones orientales, pues las propias máximas de Confucio no han sido empleadas para disciplina sino para muletas del entendimiento, en la manera de los proverbios y los refranes, que dan una solución uniformemente acertada para los casos semejantes, cosa bien diferente de la aptitud para encontrar una solución particularmente acertada para cada caso particular, y del método de la emancipación de la inteligencia humana por la cultura y la libertad intelectuales, proyiene el lado moderno de la civilización occidental, caracterizada por el prodigioso acrecentamiento de los medios de hacer el bien y el mal, mediante la creación y la difusión del saber para emprender y obrar al lado del saber para suplicar y esperar, de tal modo que el crecimiento y la expansión de las naciones occidentales se han realizado en la medida en que ha surgido frente al púlpito que da reglas de conducta para la vida futura, la escuela que da medios de conducirse en la vida presente; frente a la fe que procura el auxilio de los agentes sobrenaturales, la ciencia que procura el concurso de los agentes naturales; en la proporción en que han empleado los medios derivados del segundo método los que usan simultáneamente los dos o exclusivamente el último.

Es decir, pues, que la educación moderna es un tercer medio para mejorar a los hombres por la cultura intensiva de sus capacidades naturales, y la provisión de motivos, de medios y de posibilidades de “obrar para saber y de saber para obrar”, enteramente distinto e independiente del procedimiento mo-

saico, budhista, cristiano o mahometano, y del procedimiento salomónico, solónico o jacobino; pero, la constitución de este nuevo método sobre un instrumento del antiguo, cuando todos los espíritus estaban profundamente enrolados con su respectiva prole y descendencia en algunas de las formas del precedente, a punto de no poder comprender y estimar ni siquiera las otras variantes del mismo plan, computando todos como derivados de su diferente forma particular del viejo método a los frutos del nuevo, ha sido motivo de que no fueran mayormente notadas sus posibilidades propias, habiéndose atribuido a la raza el excedente de la envidiable prosperidad sobre las naciones de procedencia que los norteamericanos debían a la instrucción pública, hasta que sus efectos específicos se destacaron tan brillantemente, sin la concurrencia de ninguna de las formas del cristianismo sobre una de las razas tenidas por más inferiores, en la más remota región del Asia, que no solamente los chinos, sino hasta los mahometanos, empiezan finalmente a caer en cuenta de la existencia de este nuevo procedimiento de elaborar capacidad humana, que los japoneses habían importado sin el viejo de las universidades europeas y norteamericanas.

Por lo menos en este continente austral, y hasta la segunda mitad del siglo precedente, el procedimiento humano para acrecentar la sensatez humana, que los norteamericanos habían adoptado junto con la constitución política —la instrucción del pueblo para el buen gobierno del pueblo por el pueblo— estuvo totalmente proscrito en la época colonial y fue tan desconsiderado en los comienzos de la era de libertad, que la profesión de educador estuvo confiada a los inútiles fracasados en las otras profesiones y tan miserablemente remunerado el cargo, que alguna vez fue impuesto como pena a los delincuentes distinguidos.

Y si aquellos pudieron asombrar al mundo con sus rápidos progresos, cuando nosotros lo asombrábamos, aun con nuestro espantoso atraso, fue porque habían levantado el nivel del enten-

dimiento humano sobre las dos ruedas del carro del Estado, mientras en la América española apenas si lo fue escasamente en una sola, pues la educación de la mujer estuvo reducida, según el ideal clerical, en las clases superiores, a “saber leer, rezar, coser y bordar, y a no saber escribir, para que no pudieran comunicarse con sus novios”, y a solo saber rezar y cocinar en las restantes.

Implantado al fin por la previsión patriótica de Mitre y la clarovidencia infatigable de Sarmiento, el método moderno de preparación para la vida moderna, viene pasando en nuestro país por las vicisitudes inevitables en el apetito de milagros, que lleva a pedir peras al olmo y que nos ha inducido siempre a esperar de las instituciones políticas más de lo que podían dar, y a cambiarlas si no lo daban, y del cual procede la eterna objeción de falencia, que da origen al caleidoscopio de planes, por el deseo de remediar en la instrucción pública efectos de causas que no residen en ella.

Como es sabido, la educación es el producto de estos tres factores, enumerados por el orden de su importancia relativa: hogar, la vida pública y la escuela, dependiendo, por lo tanto, la acción del tercero, de la extensión en que sea empleado, y de lo que le resten o le agreguen los dos primeros. Una cantidad de dinero o un caudal intelectual equivalente y también desperdicialable o malgastable de suyo, distribuidos en partes iguales a diferentes personas, en manera de herencia común, producirán respectivamente otros tantos resultados desiguales diferentes según la capacidad original de cada uno, modificada por las interferencias del ambiente, unos buenos, otros regulares y otros malos. Y mientras, en el último caso, nadie atribuye al dinero la responsabilidad de haber caído en saco roto, casi todo el mundo atribuye a la instrucción pública la de haber caído en mentes invisiblemente averiadas por el hogar, o averiadas por el ambiente, olvidando, entre tanto, que el mayor bien resultante

en los otros dos casos, proviene del respectivo capital agregado artificialmente a la capacidad natural.

Y si porque “se ven caras y no corazones” lo que cuenta en la sociedad no es la eficiencia adquirida sino la eficiencia documentada, ¿qué culpa tienen las universidades de que los estudiantes trabajen para pasar y no para saber? ¿Y cuántas mil veces peor no sería si no trabajasen ni aun para eso?

Bien pues, con el método medioeval están naturalmente vinculadas las instituciones viejas, y con el nuevo las modernas; pero, mucho antes de que apareciera el segundo, la insuficiencia del primero había sido acreditada por diez siglos de ensayo infructuoso, diez siglos de la más extraordinaria esterilidad en la literatura, el arte, la industria y el comercio, intercalados como un compás de espera entre la prodigiosa fecundidad de la Grecia antigua y la de la Europa moderna, diez siglos del más rudo trabajar y batallar a pura pérdida en las tinieblas del mañana, tanto más espesas y afligentes cuanto más ahondadas, y al final de los cuales se volvió a la idea del mejoramiento de las sociedades humanas por la virtud mejorativa de las formas o sistemas de gobierno político, idea que levantó el espíritu humano a nuevas esperanzas y recibió, finalmente, su más amplia y completa confirmación aparente en el feliz ensayo de las ex-colonias inglesas de Norte América, ejemplo a la vista, que los nuevos emancipados de la España en la del Sur, se apresuraron a copiar, con fe completa en el éxito inmediato.

La admirable combinación de la libertad y la fuerza para producir el orden y el bienestar, en la constitución sudamericana, substituyendo la sensatez de todos a la previsión tutelar de los poderes providenciales, fue posibilitada por la previa educación política del pueblo en la práctica del *self government*, bajo las libertades inglesas, y la subsiguiente educación común, laica, gratuita y obligatoria desde el primer momento, justamente lo que no tenían y lo que no implantaron las repúblicas

del sur, anhelosas de una imposible grandeza inmediata, e ignorantes de los factores que la producen lenta pero seguramente.

Los treinta años de guerra sin cuartel, por las virtudes intrínsecas de los sistemas de gobierno político, que casi nada enseñaron, porque las guerras fratricidas no producen experiencia sino odios y rencores, tanto más dañinos cuanto más justificados, se comprenden bien, si se piensa que todavía de cada cien argentinos noventa creen, más o menos candorosamente, en la posibilidad de disfrutar los beneficios de la sensatez política sin cultivarla, como la fruta del cercado ajeno, sólo con treparse al árbol para operar patrióticamente, desde arriba, la regeneración colectiva instantánea de la sociedad, en manera de milagro por simple decreto.

Dominados por la fe absoluta en las supuestas virtudes maravillosas de los sistemas de gobierno perfectos de suyo, no podíamos parar mientes en las propiedades de los sistemas de enseñanza, hasta que Urquiza, Mitre y Sarmiento, continuando la fracasada iniciativa de Rivadavia, recomenzaron la implantación de lo que Mann consideraba como “la única salvaguardia política, fuera de cuya arca todo es diluvio”, y vinieron a ralear, con la difusión de las luces, las borrascas políticas, y a crecer la población y la riqueza, no destruidas u obstruidas ya tan ferozmente por el patriotismo ineducado y exaltado.

Sobre que la capacidad para distinguir el bien y el mal no puede ser prestada, porque el problema se presenta a cada instante para cada individuo en términos diferentes, el defecto capital de los procedimientos generales —dogmas, principios, leyes, reglamentos— con sus penalidades y terrores complementarios, es que pueden dar orientaciones coactivas, pero no aumentar los medios del individuo para ejecutarlas, y para llenar cuyo vacío han sido imaginados los agentes sobrenaturales y también exteriores, por manera que, resultando aquellos prácticamente inoficiosos en la parte en que excedían la capacidad real, porque no eran entendidos, o enteramente desastrosos

cuando eran mal entendidos, dieron margen a la espantosa diferencia entre los hechos y las doctrinas políticas o religiosas en la Edad Media, en la Revolución francesa y en nuestras contiendas patrióticas, al rosario de barbaridades colosales perpetradas en nombre del amor al prójimo y de la libertad respectivamente, porque nadie puede ejecutar lo que excede a su capacidad de hacer, aunque encienda velas a los muertos.

Baste recordar, al efecto, que todos los despotismos, las desigualdades, los privilegios, están injertados en el sermón de la montaña, asentados sobre las doctrinas del hijo del carpintero, y mantenidos por sus privilegiados discípulos como una lápida de plomo, impidiendo el relevamiento moral y material de los pobres, de los explotados y de los oprimidos, a pretexto de salvarles el alma.

Y el más grande de los descubrimientos del siglo pasado ha sido, precisamente, el del poder de la escuela, para acrecentar los poderes del hombre, en tal manera, que lo que no habían podido jamás adquirir por la guerra, el despojo y la conquista los más grandes imperios del mundo —la doble capacidad para producir directamente el bienestar y la riqueza, y para no sucumbir a la corrupción consecutiva— la han adquirido con la cultura intelectual todos los pueblos que la han ensayado.

Sin duda, en todo tiempo, las exigencias de la vida han aguijoneado las aptitudes naturales del individuo para satisfacerlas con los medios sugeridos por los adivinos y los autodocentes, y este factor espontáneo de progreso, que ha sido la fuente principal de los lentos y penosos adelantos del pasado, habilitado ahora por la instrucción pública, el libro y la prensa, para valerse de todas las creaciones, invenciones y descubrimientos del mundo entero, es también el factor principal de los rápidos y fáciles adelantos del presente.

Por supuesto, el carácter moderno de las universidades no ha sobrevenido de improviso, sino lenta y paulatinamente, desde que Rousseau, Pestalozzi y Froebel iniciaron a la par del viejo

método de simple adopción de máximas sobrenaturales de conducta, la nueva vía para el mejoramiento del individuo por el cultivo de sus propias aptitudes naturales, que Horacio Mann dotó de su instrumento propio con la creación de las escuelas normales, método de ensanchar la capacidad nacional para la vida internacional, por la educación previa en lugar de la censura previa, que hasta ahora sólo el Japón ha logrado emplear sobre calidades positivas y sin los entorpecimientos derivados de la elaboración paralela de las calidades negativas que reclaman los sistemas tutelares, siendo la Francia el primer país europeo que se encamina a ensayarlo en esa misma amplitud.

Las escuelas y las universidades de la Edad Media tuvieron por objeto exclusivo, como las universidades musulmanas de nuestros días, la inculcación de la verdad revelada por la inteligencia divina para la conducta humana, que hacía necesario el empleo de la propia inteligencia humana para buscarla y descubrirla, pues lo que importaba no era “el efecto producido en preparación y disciplina de la mente, como dice Laurie, el poder que dejan detrás de sí”, como los alimentos digeridos y transformados en sustancia propia, sino la calidad misma de los conocimientos adquiridos para ser obedecidos ciegamente, o simplemente repetidos en manera de fonógrafo de carne y hueso, o recitados al pie de la letra, muchas veces para que den mucho resultado suyo, usados, como normas o andariveles, como reliquias, amuletos o talismanes, equivalente a tragar piedras preciosas que pasan de largo, sin dejar nada en el camino y exactamente lo inverso de la escuela y la universidad modernas, que se proponen despertar y fortalecer en las inteligencias nacientes todos los poderes latentes para el pensamiento, el sentimiento y la acción, pues de suyo la escuela puede servir lo mismo para crear amarras que para suscitar vocaciones y levantar aptitudes, para proveer de puntales permanentes al hombre entendido como “un dios en ruinas”, según la frase de Emerson, o como simple invernáculo para el desenvolvimiento inicial del hombre enten-

dido como “un dios en crisálida”, según la expresión de Hubbard.

De los dos términos del problema de la vida —la capacidad para querer el bien y la capacidad para realizarlo— nuestros predecesores mediatos vieron el primero y desconocieron el segundo, hasta el punto de haber sido precisamente los cuerpos, universitarios los antepenúltimos verdugos del pensamiento, quemadores de libros y perseguidores de autores. Entendiendo que el factor moral era el único importante hasta considerar nocivo al factor intelectual, producían el hombre y la mujer saturados de temores y desprovistos de aptitudes, para quienes la vida era un escarpado cuesta arriba sobre un abismo de males imaginarios que inducían a los más intimidados a sepultarse vivos en los claustros, abandonando el mundo a sus miserias.

Como entendían que los bienes eran providenciales y que los males eran humanos, lógicamente establecieron la educación del hombre en un plan negativo de la capacidad y la libertad de pensamiento y de acción, siendo por entonces modelo de la perfección humana el ermitaño, una especie de atorrante piadoso, que no hace ningún mal, pero que tampoco hace ningún bien positivo. Por supuesto, limitando la acción humana se reducía proporcionalmente la posibilidad del error que es el origen del mal, y el programa era completado por el ensanche correlativo de la acción de las instituciones providenciales infalibles —el altar y el trono— llevados a ese máximun de poder irresponsable, que llamamos *absolutismo*, en lo que la característica de la Edad Media fue la anulación sistemática del individuo —“el gusano de polvo de los teólogos”— para mayor gloria de Dios y comodidad de sus representantes.

Y como ahora se entiende que la capacidad de hacer el mal es la misma que la de hacer el bien, no pudiendo ser disminuida para un efecto sin quedar también apocada para el otro, no se procura ya achicar al hombre para que no pueda hacer mucho mal, sino agrandarlo para que pueda hacer mucho bien, y como

también se entiende que “la regla moral debe surgir de adentro y no venir de afuera”, no como una abstención temerosa ante peligros presentes o futuros sino como un impulso positivo, en la misma manera y del mismo origen que las pasiones, como un nuevo instinto adquirido por la educación racional de los naturales, y que la moral es un producto de la inteligencia humana, que evoluciona con ella, creciendo con las posibilidades de aplicación práctica, no hay ya en las universidades modernas autores impuestos, ni libros prohibidos, ni opiniones excomulgadas.

Y la modernización de las universidades viejas se realiza en sentido inverso a la evolución de los ferrocarriles, que pasaron del doble riel dentado al doble riel liso, de la trocha ancha a la trocha angosta, de la que pasarán, posiblemente, al monorriel. Así las universidades empezaron por enseñar una sola cosa, la religión, luego el derecho, después la medicina y sucesivamente las matemáticas, la astronomía, la geografía, la física y la química, para instalar, finalmente, los laboratorios experimentales al lado de las facultades de teología.

Y a medida que en los países de mayor progreso las exigencias de la vida moderna acrecientan el número de los aspirantes al conocimiento de las lenguas vivas y la información positiva, disminuyendo el de los que aspiran a la posesión de las lenguas muertas y la información ancestral, las viejas universidades se rejuvenecen, echando ramas nuevas, y las nuevas surgen ya sin los órganos inútiles para las nuevas necesidades de los nuevos tiempos.

Tal es la filiación de esta Universidad, nueva en una ciudad nueva también, este es por ahora el mérito principal con que la ha dotado su fundador. Los demás dependerán de nosotros, y sobre todo de vosotros, estudiantes, que tenéis la responsabilidad del barquero, que llevaba a César y su fortuna, porque lleváis la responsabilidad del buen nombre de la institución, a la que deberéis el acrecentamiento de vuestro poder de hacer

el bien y el mal, y a la que podréis realzar o deprimir con vuestra buena o vuestra mala conducta.

La divisa, que vosotros mismos habéis adoptado, es como los apellidos de familia numerosa y distinguida por servicios públicos o por virtudes privadas, que siendo una especie de patrimonio indivisible obligan al proceder decente y noble, porque ningún miembro puede rebajarlos sin agraviar a los restantes y atraerse su justo menosprecio.

Nueva digo, porque aquí se ha evitado a la vez el error de Licurgo que entendió, como dice Macaulay, que los hombres son para las leyes y no las leyes para los hombres, y el error de los sectarios de todas las denominaciones que entienden que el hombre ha sido creado expresamente, no para vivir la vida realzada por el pensamiento, sino sólo para morir creyentes en una de las mil formas legendarias de explicación sobrenatural de lo incognoscible.

Por el contrario, esta Universidad ha sido fundada en vista de los últimos adelantos de las sociedades modernas, como un instrumento para ayudar a los jóvenes animosos a perfeccionar su inteligencia, su voluntad y sus sentimientos, de modo a poder desempeñarse más eficazmente en la vida, en orden a la satisfacción de sus más elevadas aspiraciones, y al cumplimiento de sus deberes con la familia, con la sociedad, con la patria y con la humanidad.

Por el contrario, repito, esta ciudad escolar ha sido fundada para los estudiantes, por un estudiante aventajado que, en lugar de guardarse el secreto de su fortuna intelectual o explotarlo en beneficio exclusivo de los suyos, ha preferido consagrarlo con su persona y sus instrumentos de trabajo a su familia nacional.

De la calle siento venir el —“*pero* se ha quedado adentro”

Felizmente, pues, se sabe que nadie es más propio para llevar adelante una idea que el mismo que la ha concebido, porque ningún otro podría tener ni una mejor inteligencia de la cosa, ni mayor interés en que prospere, y así en las instituciones como

en los barcos, la cooperación más eficaz no es, de ordinario, la de los que a plenos pulmones dan rumbos desde la playa, sino la de los que, desde adentro, colaboran en la maniobra con todas sus energías.

Por lo demás, el que hizo la multiplicación de los panes, también se comió uno. Esto seguramente disminuyó su mérito ante los asistentes, que habrían preferido comérselo ellos también; pero la posteridad le ha hecho justicia entera, y el caso se ha repetido y se repetirá siempre.

Señores:

En la pobre y humilde Rioja, surgió una vez un hombre tan excepcionalmente dotado de sagacidad natural sobre la pobreza entonces franciscana del alma argentina, que desequilibró toda la sociedad de su tiempo, rompiendo triunfalmente la telaraña del decálogo, las leyes y las costumbres, y logró erigirse el más discutible pedestal de gloria en nuestra lamentable historia interna.

Cuando me ocurre pensar en el camino que hemos andado, hasta el momento en que, gracias a la sensatez común, el carro del Estado puede seguir marchando con un resorte quebrado, ningún caso me parece más ilustrativo que el de este otro riojano, que descende de las laderas del Famatina, a empaparse del espíritu colonial en la vieja Córdoba y del espíritu moderno en nuestra gran portada sobre la Europa, para venir a organizar en la primera de las provincias argentinas, en la que tuvo el peor lote en esa funesta herencia de caudillos bárbaros que nos legó el régimen colonial, por la incapacidad de contrarrestar con la capacidad artificialmente levantada de todos, la natural o providencialmente excesiva de uno solo, que así podía instituirse en bendición o en maldición de la tierra, esta poderosa máquina de equilibrio social, por la anulación del monopolio natural de los tuertos en tierra de ciegos, mediante la difusión del saber y del poder que lleva consigo, para levantar a los des-

heredados del genio o de la fortuna, hasta la condición de los privilegiados.

Y me complace pensar que a esta obra de cultura y reconstrucción, destinada a rescatar con creces aquella heroica cruzada de barbarie y destrucción del “Tigre de los Llanos”, tenía necesariamente que estar asociado algún representante de la región, que desoló y enlutó el fraile Aldao, ese otro desequilibrado acaparador de cerros humanos de la misma época y de la misma estirpe, que también se llevó todo por delante y que tampoco pudo ser metido en vereda.

Y como aquí todos estudiamos, unos para enseñar y todos para aprender a conducirnos en la vida, declaro inaugurados los cursos del presente año, haciendo votos por la prosperidad de los estudiantes y de los amigos de la Universidad de La Plata. (Págs. 139-157).



## SARMIENTO \*

*La civilización y la barbarie en la  
visión del camino de Damasco.*

La más vieja aspiración del hombre, siempre víctima del hombre y del ambiente, ha sido la de encontrar alguna cosa que lo hiciera, en alguna manera, invulnerable al hombre y al ambiente.

Desde el Velloccino de Oro en el mundo antiguo hasta el Eldorado en el nuevo mundo; desde la insensibilidad artificiosa de los estoicos y de los fakires hasta la imaginación de residencias sin necesidades naturales y sin horrores humanos; desde los cuentos de hadas hasta la Magna Carta; todo sale y todo gira alrededor de esa aspiración universal.

Y en la interminable busca y rebusca de expedientes emancipatorios, que empieza con las invocaciones y prosigue con las varitas y las frases mágicas, la cábala, los amuletos y talismanes, la piedra filosofal, el elixir de larga vida, el disolvente universal y la quintaesencia, aparece, al fin, la cosa buscada en la cosa buscante: “la fuerza capital de nuestro mundo, la que pone en movimiento a todas las otras”, según la definición de Clémenceau.

---

\* Discurso pronunciado en el Teatro Colón de Buenos Aires, el 15 de mayo de 1911.

Como en la fábula de los trabajadores, inopinadamente enriquecidos por los productos agrícolas de la heredad que labraban con perseverancia para encontrar un tesoro oculto, el bienestar que se buscaba por agentes extrínsecos, ha empezado a resultar de los poderes intrínsecos del hombre mismo, de la inteligencia empleada en la persecución de las quimeras, desarrollada por la ejercitación milenaria en esa escala ascendente desde las cavernas primitivas excavadas con las uñas en los barrancos, hasta los rascacielos levantados en las llanuras por el ingenio aguzado y pertrechado con los métodos científicos en las universidades; desde el hacha de piedra hasta los sueros, los submarinos y los aeroplanos.

Y también, al tesoro oculto de la humanidad —a la libertad con pan y manteca— para poder vivir la vida, para pensar y sentir y obrar, amar y soñar, sólo hemos podido acercarnos por el desenvolvimiento de las ciencias y las artes, suscitadoras de ingenio y engendradoras de riqueza y a virtud de las cuales las más viejas naciones de Europa han podido llegar, en menos de tres siglos, desde la esclavitud y la servidumbre a los seguros y las pensiones obreras.

Y el primer argentino que vio netamente la cosa con que se puede bonificar el ambiente social y domesticar el ambiente natural, para hacer hospitalario el país para los nativos y los extraños, nos ha referido los pormenores del feliz encuentro, que tuvo lugar en las circunstancias más desdichadas:

“Era yo comerciante, en 1826, y estaba parado a la puerta de mi tienda frente al cuartel de San Clemente, cuando vi llegar, entre una nube de denso polvo, preñada de rumores, de gritos, de blasfemias y carcajadas, con el alarde triunfal que dan el triunfo y la embriaguez, 600 jinetes desgüeñados y harapientos.

“En la significación inagotable de las cosas, el ojo ve en proporción a los medios de ver que trae”, dice Carlyle, y la capacidad de ver hondo en la significación inagotable de las cosas

que nos pasan delante de los ojos, puede ser considerado como uno de los más grandes privilegios de la humanidad”

Innúmeras personas se habían bañado antes de Arquímedes, sin notar la disminución de su peso en el equivalente de agua desalojada. Millones de seres racionales habían visto oscilar a las arañas de las catedrales, pero sólo Galileo vio en ese hecho, para todos insignificante, el hecho, estupendo para todos, del movimiento de la tierra. Centenares de millones de hombres y mujeres habían visto caer manzanas, pero la ley de gravitación universal, que estaba implicada en ese hecho aparentemente nimio, no se reveló a los hombres hasta que apareció en el mundo el cerebro de Newton.

Más de veinte generaciones habían ensayado inútilmente en nuestra raza el mejoramiento del pueblo, por medio de las doctrinas, las leyes y los reglamentos sin ver que no es posible levantar la vida nacional sin levantar la inteligencia nacional, porque el pensamiento sólo puede traducirse en acción por intermedio de la mente, y que la torpeza del instrumento comporta el fracaso del precepto o de la regla, en política como en moral; sin ver que las doctrinas y las leyes son como los caminos, las carreteras, los canales y las vías férreas, que pueden facilitar o estorbar la circulación de las personas y de las cosas, pero no pueden cambiar la naturaleza o la calidad de las personas y de las cosas circulantes.

Y la intuición genial de Sarmiento consistió precisamente en ver en la escuela que hace patentes los poderes mentales latentes del habitante, el instrumento capital para el más capital de los problemas hispano-americanos, porque las mismas garantías constitucionales son humo de paja cuando no están respaldadas en “esa arca santa, fuera de la cual todo es diluvio”, como dijo Horacio Mann.

Consistió en ver que los cazadores de indulgencias a sablazos en las espaldas del prójimo, que al grito de “religión o muerte” habían aniquilado el gobierno progresista de Del Carril, por

haber establecido en la Constitución del año 25 la libertad de cultos, eran cristianos vírgenes de ciencia y de cultura mental, con 18 siglos de sermón de la montaña a la espalda; porque la recitación y la violación de los diez mandamientos formaban dos rutinas paralelas, desde el Sinaí hasta el infinito.

Consistió en ver, en el fragor de la lucha a muerte entre ciegos políticos, enardecidos por su propia ceguera, para decidir por las armas si el país se gobernaría con el dogma de los unos o con el dogma de los otros, que la civilización es asunto de condiciones mentales y no de preceptos verbales, como lo entendían los españoles y los árabes, que habían guerreado 800 años en la península, sobre esa concepción fetichista y oriental, de la verdad escrita, que hacía desear a Moreno “leyes tales que los hombres no pudieran ser malos, aunque lo quisieran”

Consistió en ver en esa nube de polvo, que era el hecho aparente, el fondo de barbarie natural, emergiendo en montonera, desde las campañas huérfanas de civilidad, para hacer lo que él llamaba tan gráficamente “la nivelación por las patas”

Consistió en ver que “no se gobierna con armas, sino con inteligencia —son sus palabras— y que el abismo que media entre el palacio y el rancho, lo llenan las revoluciones con escombros y sangre, cuando no ha sido allanado por la escuela”, que abrevia y resume para el individuo el proceso evolutivo de la inteligencia en la especie.

Y en esa temprana edad, en que otros hemos tenido solamente la intuición de la cultura individual para el progreso individual, tuvo el incomparable sanjuanino esa intuición de la cultura nacional para el progreso nacional, que tan vigorosamente apresuró la substitución de las escuelas y los ferrocarriles del presente, a la fe y la mula de nuestros antepasados.

La visión del antídoto de la barbarie, en la idea de rehabilitar por la escuela popular el órgano del progreso aletargado por el fanatismo, suscitó en él la vocación para el magisterio, y desde ese día quedó consagrado por inspiración propia, con

su robusta inteligencia, su gran corazón y su escaso saber inicial, a la causa del progreso intelectual, que es el padre y la madre de todos los mejoramientos pasados, presentes y futuros de la especie humana.

“Esa fue, ha dicho él, mi visión del camino de Damasco, de la libertad y de la civilización. Todo el mal de mi país se reveló de improviso entonces, ¡la barbarie!”

La barbarie que era la sustentación de la verdad oficial con el terror oficial, la única lección duradera que habíamos recibido de esa insuperable escuela práctica de la crueldad y fanatismo, que fue la inquisición española; la cultura de la inteligencia por la escuela para suscitar la capacidad de gobernarse cada uno por sí mismo, y el poder de arrancar a las fuerzas de la naturaleza lo que se arrancaba a las fuerzas del prójimo, cuando eran desconocidas las leyes naturales.

Esta fue la visión de las necesidades del presente en los horrores del presente, que hizo del dómine adolescente de San Francisco del Monte, el gran iluminado de la época más oscura de nuestra breve historia, el escritor más fecundo y original, el más ardoroso propagandista de las luces, uno de nuestros más grandes Presidentes.

Los dos millones de ciegos del entendimiento que en Chile han adquirido en su “silabario” la visión del pensamiento ajeno en el papel impreso; los cinco millones que en la Argentina la hemos adquirido también en el mismo instrumento, o en las escuelas por él fundadas o fomentadas; y los centenares de miles de personas, que, por la acción directa o por la resonancia de su apostolado, hemos levantado nuestro estandarte de vida y de eficiencia, en todos los órdenes de los intereses humanos, somos los beneficiarios de ese “experimentum crucis”, en el cual, a la manera en que hace 31 años, al paso de una poderosa corriente eléctrica en el vacío, se volvió luminoso en el laboratorio de Menlo Park, un delgado filamento de carbón, que hoy alumbraba al mundo entero, una poderosa corriente de sentimiento

humano, inducida por un tropel de infelices foragidos, encendió en la mente de un pobre y oscuro vendedor de zaraza, un foco de luz intelectual, que alumbra hoy la vida argentina hasta los más apartados rincones del inmenso territorio que heredamos en tinieblas.

En 1826 florecía en la América del Norte la civilización moderna, formada de libertad, de justicia, de tolerancia, de cultura, de bienestar, y nosotros estábamos en los horrores de la intolerancia, la anarquía, la miseria y la incultura.

Haciendo patria ellos con la escuela y nosotros con las fórmulas políticas sustentadas por los “voluntarios codo con codo”, allá clareaba el día y aquí duraba aún la noche de la Edad Media, resultante de la condición *tabú* de la mente, que la sustrajo a las necesidades del presente para confinarla en las del mañana; con lo que, el hombre que habitaba el reino de la física, creyendo residir en el imperio de la metafísica, sólo podía ver los inquilinos de las tinieblas, en el ambiente en que existían potencialmente, como nuestra América antes de Colón, las maravillas de la ciencia y de la industria esperando a sus descubridores.

Y esa manera de cordón sanitario para la preservación de la parte sobrenatural del individuo, contra la contaminación de la parte y del ambiente natural, no fue ultrapasada hasta el renacimiento en el occidente, y, con la sola interrupción del reinado de Carlos III, fue prolongada por los reyes católicos en los dominios españoles hasta el siglo XIX, siendo éste el antecedente de la pasada inferioridad de nuestra raza en los terrenos en que no había ejercitado la mente, en la política, la ciencia, el comercio y la industria, con la superioridad correlativa en los terrenos que le eran familiares, en la metafísica, la teología y la escolástica.

Y del mismo modo que el carácter *tabú* del cuerpo redujo la pintura y la escultura, entre los musulmanes, a la incurable monotonía del arabesco, el del entendimiento redujo la literatura al solo pensamiento de mano muerta, servido en lenguas muertas,

cuando el ideal del europeo no consistía en “saber para obrar y en obrar para saber”, sino sólo en matar o en morir por su verdad, para salvarse por su fe.

Exactamente lo contrario era el plan de Sarmiento, quien, para remediar la pobreza científica del español, que había hecho decir a Larra: “Lloremos y traduzcamos”, cruzaba el Plata y el estrecho en los últimos años de su vida, para concertar con los países vecinos la traducción y la publicación en común, de “las obras que cada año arrojan, como torrentes de luz, las prensas de los países civilizados, y que permanecen ignoradas para nosotros, como la luz para el ciego y el sonido para el sordo, porque hemos nacido en países del habla castellana, enmudecida para el progreso”, dice su biógrafo chileno, el señor Guerra.

El descubrimiento de la imprenta consistió en substituir la matriz de letra a la matriz de página, y la civilización liberal ha consistido en substituir, o por lo menos en acoplar a la cultura de la inteligencia para la vida, a la cultura de la inteligencia para después de la vida, aniquilando la imbecilidad natural, no por la guerra quijotesca contra el espíritu del mal, que es la infructuosa empresa de Sísifo en que se estancan las civilizaciones ritualistas, sino por la guerra contra la imbecilidad que, si tampoco suprime completamente la maldad, levanta por lo menos el ambiente y el estandarte de la vida.

Porque la inteligencia nacional, como el suelo, es un capital nacional, y a la manera en que el arado acrecienta el rendimiento de la tierra arable, la pedagogía acrecienta el rendimiento de la inteligencia cultivable. “Una inteligencia que se ejercita, agranda el órgano de que se sirve, como se robustece el buey a fuerza de tirar del arado”, decía Sarmiento, volviendo al concepto griego en la prolongación de la “ciudad indiana”, en la que “todo terminaba, dice J. A. García, en misas, novenas y procesiones para agradecer los beneficios recibidos, para pedir

nuevas mercedes”, porque eran desconocidas las posibilidades culturales de la inteligencia humana.

Eran obligatorios el empleo y el cultivo de los poderes sobrenaturales, porque se entendía que solamente de ellos podían emanar los bienes sociales, y porque se entendía que pueden emanar de las fuerzas naturales por vía de la inteligencia humana; es obligatoria hoy la instrucción pública, que tampoco es el primer deber del Estado, sino porque es la más alta conveniencia del Estado, en el orden primario, secundario y superior; pues, el que se limitase a la elemental solamente, haría lo del propietario que se redujese a la sola producción de forrajes para la alimentación del ganado, en el terreno capaz de producir legumbres, cereales, frutas, vino y azúcar para la alimentación del hombre.

Podría decirse que la conquista de territorios y la sujeción de pueblos extraños, era el único medio de engrandecimiento nacional, cuando la visión de las causas primeras obstruía la visión de las causas inmediatas y la España era “la señora del mundo y la reina de los mares”, por el espíritu guerrero forjado en la reconquista y que la instrucción pública es el más poderoso instrumento de engrandecimiento nacional, cuando la fe del musulmán, que es la llave del paraíso, y la instrucción, que es la llave del saber que es poder, bastan para explicar el estancamiento secular de la Turquía y el surgimiento repentino del Japón.

Podría decirse también que, desde Colón hasta nuestros días, la América latina ha sido, o es aún, teatro de tres diferentes procedimientos de cultura, que pueden ser mejor definidos por sus exponentes más caracterizados: el de la eficiencia para el mañana, por la fe del carbonero y la férula del inquisidor, transplantado de la península ibérica por Francisco Pizarro, que sabía rezar y pelear, pero que no sabía firmar; el de la libertad política elaborado por los anglo-sajones y promulgada por la revolución francesa, que tiene en San Martín y Bolívar sus principales re-

presentativos; y el de la eficiencia para el presente por la re aplicación del entendimiento humano al desenvolvimiento de los intereses humanos de que fue campeón principal Sarmiento en la América del Sur y que tiene en la del Norte una legión de representativos, desde el inventor del pararrayos a Fulton, Emerson, Mann, Lincoln, Morse, Bell, Edison y Carnegie, y cuyo diferente grado actual puede inferirse del hecho de que haya habido más invenciones en la América del Norte en la última década del siglo pasado que en la del Sud en todo el siglo, porque las invenciones son de la más alta importancia para el animal cazador de dólares y de ninguna para el animal cazador de indulgencias.

Para el rol de autómatas políticos que nos correspondía en el derecho divino de los reyes absolutos y de sus virreyes, “vicarios de Dios puestos sobre las gentes para mantenerlos en justicia y en verdad”, los sudamericanos estábamos secularmente entrenados en manera de creer y obedecer a los investidos de potestad sobrehumana para enseñarnos la verdad y mandarnos, con lo que vinimos a resultar materia prima para los ilustres americanos con facultades extraordinarias, que son todavía el oprobio de la América española.

Porque el complemento “sine qua non” de la superioridad hereditaria del director a perpetuidad, es la inferioridad permanente del dirigido a perpetuidad, la ineducación del pueblo es el dogma implícito o el Syllabus expreso de los poderes tradicionales, y hasta en las más viejas y enquistadas dinastías asiáticas, la educación del pueblo apareja la representación del pueblo en el gobierno.

Y porque en las agrupaciones como en los individuos, el tutelaje sólo cesa de hecho cuando aparece de hecho la capacidad del tutelado, la libertad conquistada a los protectores de afuera y confiscada luego por los protectores de adentro, no ha sobrevenido, finalmente, de las constituciones escritas y pisoteadas,

sino de las escuelas y de las universidades para los pocos que empezamos a disfrutarla.

“Educar al soberano” era, pues, el complemento indispensable de la emancipación política, y ese fue el programa de Sarmiento, que veía en “los niños de hoy la política de diez años después”, y que empezó suprimiendo la barbarie en la escuela, con la supresión de los castigos corporales, para que cesara más tarde en el hogar y en la vida pública.

Para realizar ese plan, ajeno al régimen colonial, que tenía plétora de directores y carecía de cultivadores de la inteligencia, como un gran barco atestado de pilotos y falto de velas, de calderas y de máquinas, impulsado penosamente aquí, por la fuerza muscular del indio, del negro y del mestizo, bajo el cielo indiferente a sus desdichas, era necesario importar y formar educadores, y esta fue también la obra grande del más grande educador de Sud América.

Porque es el hombre de raza española que ha contribuido en mayor medida a suscitar el mayor poder de la inteligencia para la actualidad, en estas sociedades coloniales, que tenían todos los ideales de la vida en el mañana, sin presente y sin porvenir, estancadas por el pasado, como la Persia o la Turquía.

La política es la conciliación de las opiniones y de los intereses diferentes, y la educación colonial nos había dejado en el extremo opuesto, al excluir de nuestro ambiente social la diversidad de opiniones, y de nuestros hábitos mentales la duda y la tolerancia, que son a la mente lo que son al esqueleto las coyunturas y los cartílagos.

Por ello quedaron latentes los horrores que más tarde se hicieron patentes, al entrar en funciones políticas, ese entendimiento de una sola pieza, sin articulaciones y sin contemplaciones, del musulmán, para el que no hay más alternativa que el entierro o el destierro de los que piensan de otro modo.

“El régimen colonial nos crió odiando a todo lo que no era español y despótico y católico”, decía Sarmiento, emigrado y

tachado por extranjero en Chile, y con la inteligencia así adiestrada como el instinto del perro de caza, no a tolerar al error y al extraño, sino a perseguirlos y darles caza, no cabían en nuestros tres millones de kilómetros cuadrados, dos hombres grandes con ideas políticas opuestas, sin que el uno fuese víctima del otro.

Así se habían formado en la América española esos idealistas extirpadores de ideales y de vidas, que despoblaban el país para purificar el patriotismo; esos implacables cazadores de ideas falsas “in anima nobili”, contra los cuales protestaba con la frase de Fortouil, inscripta al pasar en los baños de Zonda, el joven Sarmiento en camino del destierro: “On ne tue point les ideés”

La relación entre la máxima transeunte y el sujeto es aproximadamente la que existe entre el pasajero y el vehículo. Un principio sublime alojado en la mente de un bárbaro, es como un sabio cabalgando en un potro indómito. Ambos están a merced de su vehículo, como a su vez lo estaría el potro, si fuese pasajero forzoso de un tren de hacienda.

Así, en 1826, el intelecto argentino era todavía el vehículo en bruto de los más grandes preceptos morales y políticos, en el país sin higiene, sin vías de comunicación y sin medios de transporte, sin máquinas agrícolas, sin escuelas y sin bibliotecas, como la Persia o Marruecos.

Porque en la época colonial se entendía que la calidad del pasajero intelectual hacía la calidad de la mente que le servía de vehículo, y se procuraba la sanidad del sujeto sólo por la sanidad del precepto, a menudo incrustado con sangre a manera de tatuaje mental. El problema de la conducta se resolvía por la inculcación de la regla y el castigo al extravío y el preceptor torturador era de ordinario lo inverso del educador de nuestros días.

Sobre ese concepto, los jesuitas edificaron la civilización efímera de las misiones, convirtiendo la inteligencia al estado de adoquín de los indígenas, en almacén de ritos y preceptos mora-

les; los jacobinos guillotinaron a Lavoisier, porque la república no tenía necesidad de sabios; Francia, que era discípulo de los jesuitas de Córdoba, extinguió el pensamiento nacional en el Paraguay, rebajando a sus compatriotas a la condición de autómatas morales; y nuestro ilustre restaurador de las leyes, el antípoda mental de Sarmiento, quiso hacer la felicidad del país por los principios federales, sin contradictores, sin escuelas, sin inmigración, sin prensa libre, con hombres de avería, y sin hombres de pensamiento.

Y de los veinte años de guerra sin cuartel a los compatriotas extraviados, para la exaltación de los principios verdaderos, sólo quedaron ruinas, odios y víctimas, y los vencedores de entonces son ya los vencidos de la historia de la civilización argentina.

Y en sólo medio siglo de poner en acción alguna parte del capital inerte del régimen colonial, para levantar al sujeto por la cultura del entendimiento hasta el nivel de las ideas morales y de los preceptos políticos, bajo el impulso y sobre la inspiración genial de Sarmiento, hemos dejado de ser víctimas del hombre y del ambiente, en la pavorosa extensión en que lo fueron nuestros padres, y llegando a ser proveedores de pan y de manteca para los libres del mundo que saludaron nuestro advenimiento a la libertad.

El prestigio del educador, como el provecho del sembrador, es contemporáneo de la cosecha y no de la siembra, y proporcional a la importancia de los frutos recogidos.

La tarea de arar, desmalezar y sembrar la mente o el suelo, es siempre una obra sin brillo, en que la destrucción es visible y la reconstrucción es invisible, porque la inteligencia en transformación, es también como el campo arado, sembrado y rastreado, un desierto provisorio, en gestación de frutos ulteriores.

Por esto la popularidad del viejo luchador, que era escasa mientras duró el desbrozamiento y la siembra, y que empieza a crecer al empezar la cosecha, está destinada a agrandarse más

que en ninguna otra con el progreso venidero de la inteligencia argentina.

Y si el aumento de la estimación pública pudiera hacer crecer a las estatuas de bronce sobre sus pedestales de granito, llegaría a ser necesario echar la cabeza atrás para contemplar la suya, en el sitio mismo desde el cual su adversario omnipotente por los medios del pasado, hacía temblar de miedo a la generación a que entrambos pertenecieron el uno para grandes bienes, el otro para grandes males. (Págs. 227-41).



## JUICIOS SOBRE AGUSTIN ALVAREZ

Fue Agustín Alvarez un raro ejemplar de hombre sincero, en quien se igualaban la firmeza y la virtud. Sociólogo, moralista y educador, pensó siempre en voz alta, seguro de sí mismo, generoso de su saber, fiel a sus doctrinas, sencillo siempre, agudo, penetrante, bueno. Bueno en primer término; optimista como todos los buenos, y como todos los optimistas, sereno y estoico. *JOSE INGENIEROS.*

...trátase del único moralista que hayamos tenido; y en este género, de uno de los más fuertes escritores americanos. Este género difícilísimo que en su aparente humildad puede llegar a lo sublime con Séneca y con Marco Aurelio, da singular importancia a sus muy escasos cultores, individuos de excepción en las más ricas literaturas: así La Bruyère es único en Francia. *LEOPOLDO LUGONES.*

No fue un pesimista, ni un fatalista, ni un escéptico. Fue, por lo contrario, un creyente en las fuerzas emancipadoras de la razón humana. Confiaba en la redención del hombre de cualquier clima, por la ciencia, el trabajo y la libertad. Predicó su moral y la vivió honradamente, buscando, sin vanidad alguna, que su caso de conciencia individual se convirtiese en un estado de conciencia colectiva. Fue el ciudadano virtuoso de su América ideal. *RICARDO ROJAS.*

Fue un educador público y privado, un "educador" en toda la amplitud del concepto, en la calle y en el lugar, en la cátedra y en la acción; y sus libros, discursos y participaciones en todo el movimiento social de su tiempo, lo muestran de cuerpo entero entregado a su misión, la más noble que pueda adoptar un hombre culto en la sociedad contemporánea. *JOAQUIN V. GONZALEZ.*

Si se estudia su obra, advertiremos en cada página de sus escritos el noble designio de hacer bien, el desinteresado impulso con que entrega el fruto de sus estudios y de su experiencia, generoso idealista, dadivoso filántropo, a sus conciudadanos tan imperfectos. *EVAR MENDEZ.*

Según Alvarez, el fundamento de la moral es la libertad: ningún acto que no sea libremente realizado, sin temor a un castigo o en espera de una recompensa, podía ser moral; y si la libertad venía acompañada de virtud y saber, los actos morales consecuentes serían encaminados hacia el bien general, que constituye la base del bienestar general individual y colectivo. *NICOLAS BESIO MORENO.*

Sencillo, cordial, ameno, sin afectaciones ni reservas en la amistad ni en la pluma; varón austero y probo, justo y abnegado, Agustín Alvarez inspiraba respeto y cariño a un mismo tiempo. Su prédica de moralista cimentábase en su propia conducta; su optimismo social, su fe en el hombre perfectible, alentaba su incisión mordiente al señalar bajezas, trasgresiones y cobardías. *RAFAEL ALBERTO ARRIETA.*

Como Smiles, puso sus miras y esperanzas en la juventud, cuando aconsejaba que era de todo punto necesario dar elevación al carácter individual sin cuyo esencialísimo requisito eran nulos y sin valor el talento y los éxitos que llegaran a obtenerse entre los hombres; como Emerson, sostuvo que los hombres de carácter son la conciencia de la sociedad a que pertenecen. *PEDRO C. CORVETTO.*

Alvarez no fue un escritor terso y sobrio; no bastándole una sola enunciación de su pensamiento, repite sus razones y éstas a veces se entrecruzan en períodos extensos y algo enredados; pero son muchas las páginas cuyas briosamente escritas —se nota que al correr de la pluma del periodista, al modo sarmientesco—, a las que anima la generosa pasión; y entonces su prosa fluye cálida en elocuentes amplificaciones, remansada en felices sentencias, iluminadas por imágenes vigorosas, subrayada por sabrosos dichos, robustecida por comparaciones y antítesis oportunas. *ROBERTO GIUSTI.*

Agustín Alvarez fue un amigo que cautivó con su trato, un militar que se atrajo la simpatía de todo soldado amante del deber, un maestro que supo respetar siempre la personalidad de sus alumnos, un conferencista que atrajo multitudes por su modo de decir fundamental y sencillo, un corifeo del liberalismo con quien estuvieron siempre el libre pensador y el reformador. Fue un poliedro en cuyas múltiples caras los más nobles componentes de la sociedad veían exaltados y mejorados sus ideales. *ERNESTO NELSON.*

Agustín Alvarez: Para muchos, este nombre no traerá recuerdos ni evocará gestas heroicas, porque desgraciadamente nuestra generación desconoce en su mayoría la obra y la acción de este ciudadano admirable, primer presidente de la Universidad de La Plata, y posiblemente el hombre de más limpia trayectoria entre los grandes maestros del pensamiento argentino. La civilidad argentina tiene en él a uno de sus más dignos exponentes. Se entregó a la lucha por sus ideales, desbordante de angustias, viviendo al ritmo del latido universal, defendiendo con altivez y valentía los principios sagrados de la nacionalidad. *SARA DEL C. UGAZZI.*

Agustín Alvarez es el pensador, el recio pensador que, en el instante preciso, asoma en los portales de su patria y también bajo las grandes arcadas de América. Esto es un hecho inconcluso, por histórico, acreditado en su honrosísima y muy clara labor intelectual, legada para la historia de la cultura como para el esclarecimiento histórico de las ideas sociales de su patria. Y que deberán tenerse como ideas monitoras para la juventud idealista de cada generación y como sistema rector de una idealidad, para aquellos que se dejan arrastrar por subterráneas corrientes de ideas nutridas por arcaicas concepciones de la vida y de la sociedad. *NARCISO MARQUEZ*.

*Creación del mundo moral* es considerada su obra básica, síntesis sistemática de sus principios. Explica, basándose en la evolución, las conquistas que el ser humano ha logrado sobre las cosas y sobre sí mismo. La materia o cantidad transfórmase en algo cualitativo, hasta que se distinga y ensalza en razón que se abre a la generosidad, a la justicia y a la bondad, y se beneficia de las ciencias y de las artes. En otras palabras, la razón significa el triunfo de la divinidad, consustancial al hombre, sobre la diabolidad, la parte inferior del ser humano. *LUIS FARRE*.

La impulsión de altura, la fiebre de saber, enfrenta a Agustín Alvarez con las muchas formas de enquistamiento mental adheridas al quehacer intelectual; le granjearon enemigos irreductibles y ataques que, más de una vez, confundieron obras e ideas con la personalidad intachable. Pero, la Historia —maestra de la vida— y el Tiempo —juez inexorable— terminan siempre por hacer justicia a los varones probos, aún a sus errores, aún a su disconformismo. Hoy, a medio siglo de la desaparición de este argentino probo, de este disconforme, sincero hasta en los errores, la Historia, el Tiempo, la posteridad, vuelven hacia él la mirada para recordarle, para transitar de nuevo su ruta áspera, para rendir homenaje a la sinceridad y pasión con que sirvió a un ideario que, desde lo profundo de sus convicciones, creyó el único viable para la renovación moral e intelectual de la Argentina del futuro. *RAUL H. CASTAGNINO*.

La obra de Agustín Alvarez, amasada por el trabajo constante, en la cultura del país, se ha cimentado en la Universidad, como ejemplo de labor proficua, y sus irradiaciones, al símil de las corrientes eléctricas, en la resistencia que las detiene, en la celebración que las recibe, se convertirán y reflejarán en luz, cada día más necesaria donde la relajación moral tiende a la oscuridad y donde la inteligencia y las dotes de carácter requieren la visión clara de los modelos de vidas ejemplares, para despertar de esos adormecimientos que matan al hombre y degradan a los pueblos, apartándolos de su destino, ante el espejismo de los goces materiales de la depravación y el vicio. *SEVERO G. DEL CASTILLO*.

Preconizó el desarrollo espontáneo de todas las facultades y aptitudes del niño, fincando en el amor la educación sentimental. Pero el amor racional, que emana de un alma libre, no el que sea producto del temor o de las falacias religiosas. Nada de hibridismo escolar, del fárrago de cosas inútiles que hoy constituyen el substractum de cualquier sistema educativo. Sino el niño frente a la naturaleza y a la vida, guiado por la mano invisible pero sensible del maestro. El niño frente a la estupenda ordenación del cosmos armado contra las mentiras convencionales actualmente en boga, estado de cosas éste que acabó por engendrar la timidez, el apocamiento antes que las sublimes rebeldías del alma libre. *TOMAS L. GARRONE.*

Hasta llegar al apostolado de la enseñanza, lo encontramos inadaptable a sus profesiones. Militar, presenta a menudo en sus obras los ejemplos de corrupción e inmoralidad que acusaban los jefes y oficiales, como asimismo las injusticias que significaba una disciplina bárbara e inhumana. Abogado y juez, presenta casos elocuentes de inmoralidad leguleya, de bajeza en las acciones y en los procedimientos, juicios y pleitos escandalosos. Político, no deja de traer a la luz pública los manejos sucios de la politiquería, los fraudes al fisco, la venalidad y la coima en la administración de la cosa pública, poniéndose como diputado del lado de la justicia y de la razón, donde quiera ellas se encontraran, dejando todo partidismo para seguir los dictados de su conciencia. *FRANCISCO P. CABREJAS.*

No fue precoz. En su camino se advierte el dolor de aspiraciones postergadas, de ilusiones abandonadas, de ansias muertas. A los 37 años logró imprimir su primer libro; a los 56, cuando ya se aprestaba a morir, el último. A los 40 años, pudo darse tiempo y obtener medios para aprender idiomas y leer febrilmente lo que antes hubiera deseado. Desde el punto de vista de la producción literaria su vida puede dividirse en dos etapas, señalando el ingreso a la Universidad Nacional de La Plata la línea demarcatoria entre ambas. En la primera prepondera el periodista, el polemizador, el ensayista; en la segunda asoma el sociólogo y el filósofo. *GILBERTO SUAREZ LAGO.*

En su exaltado liberalismo, combatió Alvarez, la influencia de la España católica e inquisitorial; sobrio y sincero, dio sin descanso contra la hueca declamación y pedantismo excluyente, con sus pretensiones de depositario único de la virtud y de la verdad; estudió a fondo las enfermedades de la raza y de nuestro país, fuesen vicios ingénitos o debilidades adquiridas; ligó los dos extremos de la política argentina, para condenar por igual la transigencia acomodaticia y la intransigencia desaforada; documentó los extravíos, los cambios de frente inopinados e injustificados y cuanto caso ha caído entre nosotros bajo la sátira del refrán que habla de la paja y de la viga, pero todo ello más como lección que como reproche y a fin de llamar a las gentes a la conciencia del propio error, que no se advierte a fuerza de estar constantemente bajo la preocupación del error ajeno, con lo que se pierde toda esperanza de corrección de ambos lados. *MARIANO DE VEDIA.*

Ha leído mucho. Sabe cernir las ideas. Conoce los clásicos. Frecuenta a los escritores ingleses. Los unos le dan el canon del bien decir —sin el frío academismo que suele enfriar el pensamiento—; y los otros la substancia, ese fervor institucional de larga estirpe que encontramos en Jefferson y Madison replantado en América que conduce a la ciencia política con que se gobiernan los grandes pueblos. Habla en voz alta, para que lo escuche quien quiera, sin eufemismos y sin requiebros, con el derecho que sólo poseen los que disponiendo de un gran carácter pueden invocar una vida austera, labrada en la modestia por la sencillez al resplandor de una virtud ciudadana que nadie puso en duda nunca. Pues si Alvarez escribió como si conversara, vivió lo que escribiera: autenticidad de la sangre y del espíritu, cuando el pensar toma cuerpo y forma parte de nuestra propia osatura. *ALBERTO CASAL CASTEL.*

Alvarez, espíritu curioso por excelencia, inteligencia lúcida, transparente como el éter, liberado de prejuicios por incansable machacar en busca de la verdad por la razón, unifica su saber y es filósofo, pero no se contenta con ello y se hace apóstol... y cumple su apostolado predicando la liberación del hombre, enseñando los medios para hacer la personalidad moral, la investigación de la verdad por el estudio, la disciplina en el trabajo, ser mejor sin pretender que otros sean peores, capacidad volitiva para gobernarse y no ser gobernado, capacidad de autoquerer y hacer con criterio propio capaz de comprender el criterio colectivo, contribuyendo a la exaltación de los mejores, difunde la enseñanza a todos para que lleguen al ideal superior de ser todos iguales en razón y libertad. *CICERON AGUIRRE.*

Agustín Alvarez, filósofo que con sencillas palabras cavó más hondo que muchos mentados filósofos en nuestras malas costumbres y señaló el remedio para curar de la gangrena que circulaba por todo el cuerpo social de nuestra población. Ingenieros, Joaquín V. González y Agustín Alvarez formaron una trinidad que honraría a cualquier país civilizado del mundo. *JUAN FRANCISCO JAUREGUI.*

Ningún mayor elogio puede hacerse de Agustín Alvarez que señalar el hecho de que entre tantas figuras señeras de la intelectualidad argentina de comienzos de este siglo que podían merecer tan alta distinción, entre tantos hombres ilustres de la laboriosa y fecunda generación del ochenta fuera él el elegido por González para hacer efectiva la gran creación de su vida poniéndolo al frente de la nueva institución y designándolo luego su compañero, con iguales derechos y deberes, para la gran empresa civilizadora que iba a ser la culminación de su obra de pensador y de estadista. *ALFREDO CALCAGNO.*

Respetó siempre a sus alumnos y mereció de ellos alta consideración y estima. Se llegaba a su cátedra con la convicción nunca desmentida de que sus enseñanzas tenían altura y jerarquía. Exponía los temas de sus clases propicio a convertir la cátedra en tribuna, nunca expuso como orador;

parecía que sólo conversaba en el seno de la amistad. No sacrificaba una verdad a una frase literaria, aunque sin caer en momento alguno en la simpleza o la vulgaridad. *ENRIQUE GALLI*.

Agustín Alvarez ensayista, sociólogo, moralista. Vivió sus mejores años juveniles en la experiencia de la definitiva consolidación nacional y en el estudio y la reflexión alberdiana y sarmientina para dar normas morales y fijar directrices educacionales en base a la ciencia de la verdad y la justicia que debía imperar en el nuevo mundo en gestación ya sufriente, desordenado, imbuido de ideas y pensamientos nefastos.

“South America”, “Manual de patología política”, “Ensayos sobre educación moral” y “¿Adónde vamos?” suman sus observaciones, sus investigaciones y comprobaciones de la realidad viviente mientras actúa en las campañas del desierto y comprende y siente en carne propia a la miseria, a la ignorancia, a la superstición, a la crisis religiosa como lo sentía el arquetipo de la moral, don Manuel Belgrano, en sus azarosas campañas al Paraguay, Tucumán y Salta. Estudia e investiga hondamente el mal de una costumbre arraigada de la época colonial: “Herencia moral de los pueblos hispano-americanos” y “La transformación de las razas en América”. Penetra profundamente para obtener de las luminarias morales helénicas, de las latinas, francesas y de las virtudes éticas y volitivas anglo-sajonas para bien poblar como lo soñaba Alberdi y para mejor educar e instruir como lo clamaba Sarmiento: “Historia de las Instituciones Libres”. Y así, en definitiva, maestro en la Universidad, en el Ejército y la Marina, y en la cátedra popular, nos lega su “Creación del mundo moral”, su obra más personal, para recordarnos la expresión y ambición milenaria de los más grandes pensadores y moralistas de la humanidad: primero “educar”, después “instruir”. *EDUARDO PETTORUTI*.

Acabo de leer muchos artículos de “La Tribuna” “los últimos números traen preciosos artículos: Uno titulado “Victoria Regia” de Agustín Alvarez es de mano maestra, —me ha hecho acordar de Sarmiento por el corage y la novedad de la forma—. *EDUARDO WILDE*. (En carta desde Washington, al General Julio Roca).

La realidad contemporánea, en nuestro país y fuera de él, sobre todo en Hispanoamérica, dice con sobrada elocuencia que era Alvarez quien tenía razón y no sus críticos. Agustín Alvarez integra lo que podríamos llamar la constelación sarmientina, aunque con caracteres y brillos propios. Más aún, puede afirmarse que completa a Sarmiento, de quien, por lo demás, era ferviente admirador, puesto que señaló la necesidad de completar la pasión sarmientina de expandir la instrucción ahondando en la educación, cuya diferencia con aquella fijó en páginas magistrales. *VALENTIN GUTIERREZ*.

La personalidad moral, austera e independiente se evidencia en sus horas. Su método, la crítica de las costumbres y proceder, era sin duda acertado, ya que nadie puede corregirse o enmendarse si no conoce lo que ha de corregir o enmendar, como él lo sostenía. No obsta a lo expuesto mi personal y absoluta discrepancia en materia religiosa, ni resta ella brillo a la memoria de quien por su amor entrañable a la patria, su ansia de mejoramiento espiritual del pueblo y por los servicios prestados en las instituciones armadas, en el parlamento, en la magistratura y en la docencia mereció el bien de la Patria. *JOSE MARIA DEL C. DE J. PIZARRO.*

Otros podrán brillar por su estilo armonioso, por la elocuencia de su verbo, por la extensión académica de su saber; pocos, acaso ninguno de sus contemporáneos, puede igualársele por su fervor desinteresado en la defensa de ideas e ideales superiores, por su afán sin desmayo en una lucha ardua y con frecuencia ingrata, por su rectitud de hombre y ciudadano. Un hondo sentimiento de justicia, un amor sin miedo a la verdad, un espíritu cívico a prueba de resistencias enconadas y no pocas diatribas, un patriotismo dinámico y constructivo al servicio de una cultura abierta a todos los horizontes de la razón y la reflexión destacaron su recia personalidad. *JUAN ANTONIO SOLARI.*

Tenía la inquietud espiritual del filósofo, que define los hechos por sus causas o caracteriza los hombres por sus pasiones y, bisturí en mano, exhibía la operación limpia y sencilla, que ponía a aquellos y a éstas en descubierto. Entonces, como se refleja en las páginas de sus libros o como él lo decía espontáneamente en sus conversaciones familiares, formulaba, en términos breves y rotundos como un teorema, la ironía punzante destruía de este modo los dogmas cerrados o los credos sin examen, y sobre la tierra aun removida, cultivaba diligente este amor que ponía por encima de todas las cosas: la ciencia. *RICARDO LEVENE.*

Agustín Alvarez ha brillado con luz propia porque poseía un gran talento y la voluntad decidida de recorrer un camino trazado de antemano. Su paso por el mundo se pareció a uno de esos fragmentos de astros que cruzan nuestra atmósfera para inflamar la parte noble de sus componentes y describir una estela luminosa que no solamente señala la línea de su curso, sino que también ilumina a distancia, dejando en la retina una impresión de claridad y en el alma una sensación de grandeza. *JUAN B. GONZALEZ.*

Cerebro lúcido, corazón generoso, voluntad firme, Agustín Alvarez, fue ante todo, un creador. Republicano convencido, demócrata a carta cabal, amante de la libertad que da dignidad al hombre, Agustín Alvarez, tenía una permanente y profunda preocupación por el progreso y perfeccionamiento de las instituciones libres de su propio país y de todos los países de origen indoiberoamericano. *ENRIQUE DICKMANN.*

Agustín Alvarez tenía de la montaña, la altura; era en verdad una cumbre del pensamiento. Tenía, también, del abismo, la profundidad. Había ahondado dentro de sí mismo con paciente serenidad de monje, para volar luego, ávido de horizontes amplios, más allá de los mojones andinos, en el espacio sin límites, y venido hacia Buenos Aires para, empapado el espíritu de agua, de sol, de sal de los mares y vientos de universo, mostrar la rica sazón de sus vendimias interiores. *MANUEL CRESPO GARCIA.*

Agustín Alvarez es intelectualmente el heredero colateral de Sarmiento como escritor de médula y como crítico realista de nuestras costumbres indoeuropeas envasadas por regla general en ideas rancias, supersticiones seculares y resabios ancestrales del salvaje aborigen con injerto de español. Tiene dos grandes virtudes como crítico y moralista: conoce a fondo la psicología de nuestros pueblos criollos y tiene el don de la sinceridad para expresar cual ningún otro escritor argentino, fuera de Sarmiento, en un lenguaje exento de convencionalismos y afeites pero sumamente pintoresco y cástico, la verdad, la verdad desnuda, es decir, la verdad resplandeciente respecto del sinnúmero de chifladuras falsamente románticas mezcladas al tartufismo ingénito de una colectividad santurrona y pícara, atmósfera que envuelve, como la vaina a los granos de la habichuela, la personalidad intelectual y moral del hispano americano. *JULIO R. BARCOS.*

## I N D I C E

	Pág.
Presentación	7
SINTESIS CRONOLOGICA de la vida y obra de Agustín Alvarez	11
SOUTH AMERICA (Ensayo de Psicología Política)	
Improvisación bien intencionada	33
La regeneración del país	34
Sentimiento religioso y sentimiento político	35
El entusiasmo y la indignación	35
La oposición como complemento del oficialismo	40
El monopolio de la razón en política	47
Los políticos improvisados	54
Fanatismo de la razón natural	58
MANUAL DE PATOLOGIA POLITICA	
Por la ventanilla	61
Megalomanía	62
EDUCACION MORAL (Tres repiques)	
Los mirlos blancos	73
Boleadores de levita	76
Quien escribe por el aplauso no escribe por la verdad	81
La honestidad y la cultura	86
¿ADONDE VAMOS?	
El ambiente moral	87
La siembra de las ideas en ambiente moral	89
La coacción religiosa es obstáculo a la libertad política..	93
Evolución divergente del espíritu cristiano y católico	95
El fanatismo como fuente de injusticia	97
Introducción de la Edad Media en la América española	97

	Pág.
Pueblos nuevos con ideas nuevas y pueblos nuevos con ideas viejas	98
El espíritu de casta	98
Adaptación de los hombres al ambiente moral en que viven..	99
Necesidad para nuestro progreso, de excluir las ideas y los sentimientos hispano-coloniales	102
El espíritu hispano-argentino de la primera mitad del siglo XIX	104
Le evolución del ambiente moral hispano-americano	105
<b>LA TRANSFORMACION DE LAS RAZAS EN AMERICA</b>	
<i>Evolución del espíritu humano</i>	
La fe y la razón	107
Las últimas auroras	109
La sociedad presente y la futura	111
El porvenir	113
<b>HISTORIA DE LAS INSTITUCIONES LIBRES</b>	
“La Historia de las Instituciones libres”, por Julio Barreda Lynch (José Ingenieros)	117
“Advertencia”, por Agustín Alvarez en las ediciones de 1909 y 1919	120
La República de Platón	121
Del antiguo al nuevo régimen	123
<b>LA CREACION DEL MUNDO MORAL</b>	
A manera de sinfonía. Creación del mundo moral.	127
De la diabolidad y la divinidad a la humanidad	128
Masculinismo y feminismo	130
El renacimiento	131
La conciencia y la vida	133
La oportunidad	134
Antaño y hogaño	135
La moral del porvenir	138
De la obscuridad a la luz	140
En marcha.....	143
<b>LA HERENCIA MORAL DE LOS PUEBLOS HISPANO-AMERICANOS</b>	
El nuevo espíritu universitario	147
<b>SARMIENTO</b>	
Juicios sobre Agustín Alvarez	179

Se terminó de imprimir el día 10 de diciembre del año mil novecientos sesenta y cinco, en la Imprenta López, Perú 666, Buenos Aires, República Argentina, bajo los cuidados de la secretaría de publicaciones de la Universidad Nacional de La Plata

